
La Bruja de Black Isle
Sanadoras de las Highlands 2
Keira Montclair

LA BRUJA DE BLACK ISLE

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

KEIRA MONTCLAIR

TRADUCIDO POR

L. M. GUTEZ

KEIRA MONTCLAIR

Traductora: L.M. Gutez

Correctora: Cinta PLUMA

Diseño de portada por The Killion Group

http://thekilliongroupinc.com

ÍNDICE

1

F*inales de la primavera de 1292 Black Isle*

Finalmente había ocurrido lo peor.

Jennet Ramsay no hizo nada mientras llegaba el día que había temido toda su vida, sin darse cuenta de la flagrante afrenta que le había sucedido. Por fin había desarrollado un poco de interés por un hombre, solo para descubrir que el sentimiento no era mutuo.

Esta realidad no empezó a percibirse hasta más tarde, cuando se encontraba de pie junto a Ethan Matheson.

El día había empezado inocentemente. Brigid, su prima, recién casada con el hermano de Ethan, entró en su habitación, la que Jennet compartía con Tara.

—¿Irás a cazar?

—¿Qué tenéis planeado? —preguntó Tara, levantándose de la cama y trenzando su largo pelo castaño.

—Marcas quiere cazar jabalí y venado. Van a ir los tres hermanos y quieren invitaros a vosotras dos.

—Pero, ¿por qué iría yo? No soy arquera —dijo Jennet, con su habitual sentido de la razón sofocando todo matiz.

Brigid se acercó a su cama y tiró de ella hasta sentarla.

—Ve, por favor. Marcas ha dicho que nos llevaría a la zona donde viven las hadas. Dijo que hay una gran zona de caza cerca de allí, y Tara desea verla. Creo que a ti también te gustará. No deseo que te quedes sola. Parece un glorioso día de primavera aquí en las Highlands. Llevaré mis leggins y planeo disfrutar del paseo con mi marido.

Jennet consideró su oferta, pero decidió no hacerlo.

—Aquí estaré bien. Hay algunos libros que me gustaría leer, libros que el padre de Marcas compró hace un tiempo. Gisela me los ha enseñado. —Jennet no comprendía el encanto de cazar y matar animales.

Brigid miró a su prima y mejor amiga con el ceño fruncido.

—Jennet, Ethan vendrá con nosotros.

Aunque eso despertó su interés un poco más que la primera oferta, seguía sin estar convencida de hacerlo. Tras una breve vacilación y sin traicionar sus pensamientos, respondió:

—¿Y eso por qué importaría?

Tara se echó a reír y arrojó directamente a Jennet un pañuelo de lino mojado que acababa de usar para lavarse la cara, golpeándola en el hombro.

—Te agradezco que no me hayas enviado el lino con tu suciedad y mugre a la cara.

—Jennet, deberías intentar divertirte un poco hoy. No estarás mucho tiempo aquí sin que tus padres vigilen todos tus movimientos. ¿No te encanta ser libre de hacer lo que te plazca y no preocuparte de que un primo o un hermano juzguen tus actos? A mí sí. —Brigid se acercó a la palangana para mojar un poco sus rizos salvajes y aprovechó el tiempo para trenzar sus largas ondas—. Gracias por recordármelo, Tara. Si no lo hago ahora, se me olvidará. Marcas prefiere mi pelo suelto, pero no quiero que ningún fluido volador se pegue entre mis mechones.

Jennet no podía negar que había disfrutado observando a Ethan sin la interrupción de su hermano Torrian o sus hermanas Lily y Bethia. No creía que un hombre le interesara nunca de esa manera, pero Ethan era diferente.

—Tengo que darte la razón en lo de la libertad. Torrian siempre tiene un comentario sobre lo que hago. Y tu padre, por supuesto. —Aunque amaba mucho al tío Logan, él tenía una forma de husmear, intentando pillarte en tus peores momentos. Sabía que tenía que tener cuidado cuando él lo hacía, ya que no era tímido a la hora de hacérselo saber a toda la casa y al campo.

—Creo que alguien se está enamorando de Ethan —cantó Tara con un tono burlón que irritó a Jennet.

—Nunca me enamoraré de nadie, y mucho menos lo *amaré*. Pero mi curiosidad se ha saciado. Siempre me he preguntado si podría interesarme el matrimonio y sus elementos carnales. Descubrí que tal vez, un poco, pero no mucho.

—¿Carnales? —Tara escupió, casi ahogándose con sus palabras—. Olvido que eres mucho más inteligente que el resto de nosotras. Siempre sabes la palabra correcta para todo en el mundo de los sanadores.

—Tú también deberías —rebatió Jennet—. Tienes ese hermoso libro de tu madre, el que tiene la ubicación de todos los vasos y órganos del cuerpo. —Se quedó mirando la pared un momento, visualizando el pesado tomo que había sido un regalo del padre de Tara—. Ojalá yo tuviera uno igual.

—¿De verdad? ¿Cómo no vas a sentir curiosidad por los hombres? —preguntó Brigid frunciendo el ceño, eludiendo el cambio de tema—. Y si no la tienes, deberías tenerla. Es fabuloso con la persona adecuada.

Tara añadió:

—Cada uno va a un ritmo diferente. Los hermanos Matheson son un buen ejemplo. Shaw es el más joven, pero apostaría a que tiene más experiencia que los otros dos.

Brigid miró a Tara con suficiencia y dijo:

—No, no la tiene. No más que Marcas.

—De cualquier modo, no creo que Ethan esté más preparado que yo —dijo Jennet—. Sé que te gustaría emparejarnos, igual que a Tara y Shaw, pero es muy improbable que eso ocurra. —La alusión de Brigid a su relación física con Marcas la inquietaba. ¿Había algo más que intercambiar saliva?

Recordó su primer y último beso con un chico que había abandonado la tierra Ramsay. Ella había reaccionado con una violenta necesidad de limpiarse la saliva de la boca, mientras el muchacho salía corriendo, con el pecho crecido de orgullo y una amplia sonrisa en la cara.

—Deja de pensar en tu primer beso tonto de hace un par de años. Me doy cuenta por el ceño fruncido que tienes. Te prometo que no volverá a ser lo mismo. Él no tenía experiencia. Vuelve a intentarlo con el hombre adecuado y puede que lo disfrutes —prometió Brigid con una sonrisa pícara.

—Recuerdo eso —dijo Tara—. Crée a Brigid. Esos besos juveniles no son lo mismo que un beso de un hombre con más experiencia. —Movió la ceja en dirección a Jennet—. Un hombre como Ethan.

—Sois muy parecidos, en muchos sentidos —insistió Brigid, poniéndose delante de Jennet y jugueteando con su pelo—. Y no tienes ni idea de lo hermosa que eres.

Tampoco le importaba. Jennet se quedó mirando a su prima. Su rostro brillaba de orgullo, delatando la gran prioridad que había asignado a la belleza en todas las cosas. Pero para Jennet, eso simplemente tenía muy poca relevancia.

—Por favor, Jennet. ¿Por mí?

Jennet dejó escapar un enorme suspiro, su voluntad se ablandó. *Solo por estas dos,* pensó.

—Siempre y cuando reconozcas que *no* somos iguales. Sé que somos primas, y hemos sido las mejores amigas desde que tengo memoria, pero hemos cambiado con la edad. Ahora a menudo pienso que somos opuestas. —Jennet era la mayor de las dos por un año, pero siempre habían sido diferentes en muchos aspectos. Esas diferencias nunca habían sido tan marcadas como cuando las tres fueron capturadas y llevadas a Black Isle para salvar al clan Matheson. Brigid se había enamorado de su captor, mientras que Jennet había deseado que el juez se lo llevara.

Pero por mucho que luchara contra la idea, Jennet se había dado cuenta de lo parecidos que eran Ethan y ella, lo cual le resultaba

difícil de admitir. Jennet siempre había sido diferente a la mayoría de las muchachas. Desde que tenía uso de razón, su interés se había centrado en la curación, nunca en los muchachos.

Era la primera vez que ella y Brigid pasaban mucho tiempo lejos del clan Ramsay, y les había alegrado descubrir que su prima Tara Cameron también había sido secuestrada. Las tres habían sido confundidas con dos de las mejores sanadoras de la tierra —sus madres—, pero todas eran sanadoras por derecho propio y habían conseguido descubrir y eliminar la maldición sobre el clan Matheson. No había habido nuevas muertes desde su llegada al castillo Eddirdale. La «maldición» había resultado ser un hombre con agrios remordimientos que atacaba al clan indirectamente arrojando leche agria al pozo. Muchos habían muerto y muchos más habían enfermado.

Gracias a sus poderes de lógica, el trío descubrió el origen de la enfermedad, y Brigid se enamoró del laird en el proceso. Jennet se había quedado simplemente porque nunca había estado lejos de su querida prima.

Al menos, Jennet se decía a sí misma que se había quedado por eso, *no* por Ethan.

También estaba Tara, quien se había quedado por Shaw.

Brigid la abrazó rápidamente.

—Aceptaré lo que digas siempre que vengas con nosotros. Jennet, quiero que lo pases bien. Sé que mi matrimonio sucedió rápidamente y ha sido un ajuste para ti, pero espero que tú también puedas encontrar a tu compañero de vida.

—Puede que lo haga, pero puede que no esté necesariamente aquí en Black Isle. Mi persona podría estar en la tierra Ramsay. Por favor, no me empujes a una relación solo para hacerte feliz. —Aunque no tenía idea de a quién consideraría, tenía que decir algo.

—Dices la verdad. No puedo discutirlo, pero te veo haciendo pucheros, y no eres tú. Todos los años que pasamos juntas son, en su mayoría, recuerdos felices. Quiero que este también sea feliz.

—No estoy haciendo pucheros —refunfuñó ella, sabiendo que era una falsedad total—. De acuerdo, intentaré estar mejor.

—Mi agradecimiento para ti, querida prima —dijo con una sonrisa, dándole otro rápido abrazo—. ¡Primas juntas para siempre! —Dio media vuelta para marcharse y se detuvo para decir—: Estaremos en los establos dentro de media hora.

Brigid tuvo que utilizar su expresión favorita que habían empleado desde los cinco años más o menos. Juntas para siempre. Habían sido inseparables, pero un hombre había cambiado todo eso.

Un hombre.

Jennet refunfuñó un poco mientras terminaba sus abluciones,

aunque supuso que al menos tendría algo que hacer ahora. No había mucha necesidad de su curación por el momento, y la necesidad no volvería hasta que los Matheson volvieran a construir su clan como el que habían tenido. Confesaría su aburrimiento si a alguien le importara preguntar, y la perspectiva de leer un nuevo libro le resultaba bastante emocionante. *Supongo que habrá tiempo de sobra para eso más tarde,* pensó.

Bajando hacia los establos, vio que Ethan se acercaba, así que se dirigió hacia él. Haría lo posible por ser agradable y feliz por Brigid, lo que significaba ser amable con el hermano de Marcas. Ethan se acercó a ella, aunque no con una sonrisa en la cara, pero se detuvo a hablar con ella.

—¿Irás a cazar con nosotros?

—Sí. —Jennet lo miró cuando él se detuvo, sintiendo que su respuesta era bastante adecuada. Ella no le debía una explicación, y no era él quien tenía que decidir. Pero al notar lo serio que parecía, se dio cuenta de que podían parecerse más de lo que pensaba. Tal vez él tampoco estaba contento con el matrimonio de Brigid con Marcas.

—Pero tú no eres arquera, y no cazas. —La miró con demasiada profundidad para su comodidad. Sus ojos grises parecían tocar su alma, algo que ella no sabía que un hombre pudiera hacer. Su largo cabello oscuro era casi negro y se movía como las olas del mar. La fuerza de voluntad que una vez había tenido para negarse al encanto de su fuerte mandíbula, sus labios firmes e incluso la extraña cicatriz sobre su ojo, le estaba fallando.

Estaba segura de que no era más que la curiosidad de una sanadora lo que la hacía querer tocar esa cicatriz, descubrir sus secretos.

—Cierto, pero mis primas han rogado por mi compañía, así que he pensado en hacerles el favor. No me entusiasma la perspectiva, pero viajar a la tierra de las hadas podría resultar interesante.

—Me alegro de que vayas a participar en el viaje. Disfruto de tu compañía, Jennet. A menudo tenemos conversaciones interesantes. —Se dio la vuelta y salió corriendo hacia los establos.

Ella se dirigió en la misma dirección. Si Ethan deseaba hablar con ella, ¿por qué huyó tan rápido?

No importaba. Ethan también era diferente a la mayoría de los hombres. Era más reflexivo y le gustaba seguir las reglas; al menos en eso tenían algo en común. Era honesto, apuesto y honorable. Siempre se sentía segura con Ethan y le parecía el tipo de noble Highlander que le agradaría a su padre.

Se preguntó si alguna vez había sido besado. Culpó a su prima por haberla hecho pensar en cómo sería besar a Ethan. Si tuviera que adivinar, diría que él sería delicado y no salivoso… sin escupitajos. Sí, sin escupitajos… —si antes no era una palabra, ella acababa de

convertirla en una—. Ese sería su primer requisito para la clasificación de un buen beso: sin escupitajos.

Entró en el establo y recorrió los puestos en busca de un caballo a su medida. Al cabo de unos minutos, condujo al exterior a una dulce yegua castaña. Cogió una manzana de una cesta y se la dio al animal antes de montarlo. Puso a prueba a la yegua para asegurarse de que seguiría bien las órdenes y no la lanzaría al suelo al primer cambio de terreno. Una vez satisfecha, esperó pacientemente a los demás.

Los demás llegaron emocionados y desorganizados. El grupo tardó algún tiempo en prepararse, pero Jennet no tenía prisa. Mirando a su alrededor, encontró rápidamente otra diversión para pasar el tiempo. Una perra loba se acercaba al grupo con una camada de cachorros que la seguían en medio del caos. Observó atentamente sus movimientos. Los patos marchaban en filas ordenadas, pero los cachorros preferían moverse a su antojo. A menudo pensaba que la madre no tenía ni idea de dónde estaban sus crías hasta que les ocurría algo. Sin embargo, con su instinto maternal, estaría allí para rescatarlos en el momento oportuno. Observó, embelesada, cómo la loba acorralaba a sus crías. Asombrada por la inmensidad de la tarea de una madre para proteger a sus pequeños, no podía entender por qué una perra no se alejaba simplemente de su camada. No podía ser agradable tener tantas pequeñas criaturas pegadas a las tetas.

Tara siguió su línea de visión y dijo:

—Aw, Jennet. ¿No quieres tener tus propios hijos algún día?

Jennet la miró sorprendida, frunciendo el ceño.

—No.

Tara frunció el ceño.

—Jennet, te gusta creerte diferente, pero en el fondo somos iguales. A mí no me engañas. —Mirando a su alrededor, vio que Shaw se alejaba y empezó a cabalgar en su dirección.

¿Qué quería decir Tara con eso? Ella *era* diferente, incluso su madre lo había reconocido. Casarse y tener hijos no era para nada lo que ella imaginaba en su futuro. Su tiempo estaría mucho mejor empleado desarrollando sus habilidades curativas.

Había hombres que se pasaban la vida aprendiendo a hacer incisiones en las personas para salvarlas. ¡Qué fascinante! Pero esa oportunidad no era para ella. Por ahora, había prometido quedarse en Black Isle un poco más para asegurarse de que la maldición desapareciera. El bastardo que había envenenado el agua del pozo echando leche de cabra podrida estaba muerto, pero ella y sus primas eran minuciosas. Él había causado muchas muertes y enfermedades innecesarias, y las muchachas no descansarían hasta que se demostrara que su teoría era correcta y se disiparan las preocupaciones del clan.

Hasta el momento, no había habido más enfermedades originadas por la leche, y el pozo original se había cerrado.

Ese avance había servido para aligerar los ánimos, como se reflejó poco después cuando Brigid se casó con Marcas, el líder del clan Matheson. Aunque se alegraba de ver que Brigid había encontrado la felicidad, el matrimonio había dejado a Jennet sintiéndose bastante sola. De hecho, el cambio la había hecho sentir miserable. Habían ocurrido demasiadas cosas en poco tiempo: se había ido de casa, su prima se había casado, un hombre se había interesado en ella… Sus pensamientos eran un revoltijo.

Y echaba mucho de menos a su madre y a su padre. Debería haber vuelto con el tío Logan, pero en vez de eso eligió quedarse con sus primas. Tal vez había cometido un error colosal, uno que era demasiado tarde para arreglar.

—¿Vienes, Jennet? —la llamó Brigid.

—Sí —respondió. Se dio cuenta de que Ethan había llegado para cabalgar a su lado mientras Tara iba al otro. Partieron junto con los diez guardias que Marcas debió haber elegido para custodiar al grupo.

—¿Existe realmente una cañada de hadas, Ethan? —preguntó Tara.

—Sí, eso dicen. ¿Crees en las hadas? —la miró.

Tara respondió:

—Claro que sí. Y también la mayoría de mi familia.

Jennet se lo pensó un momento y luego dijo:

—Aún no me he decidido. Mucha gente en la que confío cree en ellas, pero no estoy segura de haber visto pruebas sólidas que respalden su existencia. Sin embargo, me interesa saber más. —Jennet tenía la mente abierta y le encantaban los descubrimientos únicos, sobre todo si podía leer sobre ellos en los libros. ¿Y quién no sentiría curiosidad por las hadas?

Llevaban un rato avanzando en silencio cuando Marcas levantó la mano para frenar al grupo. Se hizo el silencio mientras escuchaban.

—Se dice que la puerta de las hadas está en esta zona. Estamos casi en Rosemarkie, y hay una cañada donde se rumorea que hay tierra de hadas alrededor de las dos cascadas.

Marcas los condujo a la cañada donde los seis desmontaron, luego envió a los guardias a revisar la zona con instrucciones a su mejor guardia, Torcall.

—Si ves algo que valga la pena derribar, por favor hazlo. No nos esperéis. Queremos un gran festín mañana por la tarde.

Los guardias siguieron cabalgando, alardeando en voz alta de sus habilidades, pero Jennet los ignoró. De pronto sintió que la invadía un extraño presentimiento. Miró a Tara, cuya hermana era vidente, para ver si había tenido algún presentimiento sobre la zona.

Tara corría por la cañada, admirando su belleza.

—Es una zona preciosa, Marcas. Gracias por traernos aquí. Me imagino a las hadas bailando en las rocas sobre las cataratas. —En el lado opuesto de la cañada, no lejos de la cascada, Tara se detuvo y giró lentamente en círculo—. Este es el lugar.

—¿Qué lugar? —preguntó Brigid.

—Aquí —dijo, quedándose inmóvil y mirando por encima del hombro—. Siento algo, un aura. No estoy segura de qué, pero tiene una presencia diferente aquí que fuera de esta zona. Me hace pensar en la prima Elyse. Este sería el lugar perfecto para que la tía Avelina y Elyse se encontraran con un hada. —La tía Avelina tenía una larga historia de encuentros con un hada especial, aunque había sucedido muchos años atrás, cuando había sido nombrada la guardiana de la espada de zafiro. Seguía siendo una de sus historias favoritas.

Marcas y Brigid estaban en el otro extremo, mientras que Jennet se había unido a Tara, Shaw y Ethan.

—Es una cascada preciosa, incluso fuera de la cañada de las hadas —dijo Jennet, con la mirada fija y alerta.

Tara sonrió, pero no dijo nada. Jennet estaba a punto de decir algo cuando Brigid la interrumpió con un grito. Un jabalí apareció e inmediatamente la atacó. Antes de que Marcas pudiera reaccionar, el colmillo del jabalí alcanzó su pierna, haciéndola volar por los aires.

Shaw giró y lanzó su daga, alcanzando a la bestia en su grueso cuello y ralentizándola considerablemente. Marcas se acercó a la bestia, desenvainando su espada. Estaba listo para matar, pero primero tenía que acercarse.

El jabalí recorrió lentamente un camino salvaje, chillando de dolor por la daga, mientras otros tres cerdos salvajes irrumpían en la zona, golpeando todo lo que encontraban a su paso. Las bestias parecían empeñadas en intentar defender a su camarada de los invasores.

Tara gritó cuando vio a Brigid volar por los aires y volvió a gritar cuando los siguientes tres cerdos irrumpieron en el bosque. El trío de bestias se dirigió directamente hacia Brigid en lugar de hacia Marcas, lo que confundió momentáneamente a Jennet. Cuando vio que el más pequeño de los tres se aferraba a la pierna de Brigid y que su ancha boca se llevaba la mayor parte de su delgada pantorrilla entre las fauces, Jennet perdió el control. Su furia contra los malditos animales se apoderó de ella y la llevó a la acción.

Los tres hombres seguían concentrados en el jabalí más grande, dejándola solo a ella y a Tara, quien seguía gritando y girando en círculo ante el caos que las rodeaba.

Brigid intentó golpear al jabalí en el ojo, pero falló, así que Jennet se puso detrás del animal, le cogió las patas traseras y tiró de ellas hacia arriba. La despiadada bestia soltó a Brigid.

—¡Corre, Brigid!

La bestia pesaba menos que Jennet, así que se aferró a sus patas traseras, manteniendo sus mandíbulas lejos de ella o de cualquier otra persona. Brigid salió rodando de debajo del animal moteado con un suave gemido y corrió hacia el caballo, cojeando notablemente. Ethan apareció al lado de Jennet y cortó la garganta de la bestia antes de que pudiera girar la cabeza. La sangre brotó en todas direcciones. Ella soltó los cuartos traseros de la bestia y corrió hacia los arbustos, temiendo estar a punto de vomitar.

Ethan la siguió.

—¿Estás sana? ¿Te ha mordido?

—No —resopló ella, aun jadeando por el esfuerzo de aferrarse a la bestia—. Estoy bien.

—Estás un poco pálida. Mi madre solía decirme que me sentara si tenía ganas de vomitar. —Una mirada peculiar cruzó su rostro—. ¿Por qué te sientes así? Eres una sanadora. Ves sangre todo el tiempo.

Jennet no pudo discutir con él, y su mano involuntariamente se extendió para aferrarse a su antebrazo.

—¿Quizá porque nunca mato nada intencionadamente? Tú lo has hecho.

—Era un jabalí atacándoos a Brigid y a ti. También es carne para mi clan.

Jennet respiró hondo y se apartó, agradecida de que Ethan permaneciera con ella. Le permitió recuperar el control de sus sentidos.

—Ahora estoy bien, y te debo muchas gracias por ayudarme. —Él había sido la fuerza firme que ella necesitaba en medio de esta melé.

Cuando miró por encima de su hombro, vio a los otros guardias entrando en el claro. Celebraban la muerte del jabalí, y ya tenían tres ejemplares. El cuarto había huido.

Al recordar a Brigid, sus ojos se movieron en busca de ella. Marcas la había sentado en su caballo mientras Tara estudiaba su pierna. Jennet se apresuró a reunirse con ellos, preocupada mientras rezaba para que el animal no le hubiera dejado una herida abierta.

—Brigid, ¿estás malherida? —Su mirada recorrió el cuerpo de Brigid en busca de cualquier signo de herida, pérdida de sangre o hinchazón inusual.

Tara miró a Jennet y respondió por ella.

—No, creo que gracias a la pesada lana que su madre usa para sus leggins, sus dientes no llegaron a perforar la piel. Estará magullada y dolorida, pero no debería preocuparse por la fiebre. La lavaremos cuando volvamos.

Marcas miró a Jennet.

—¿Dónde has aprendido esa técnica?

—¿Qué técnica? —preguntó Jennet, perpleja. Ella no había hecho

ninguna curación, así que no estaba segura de lo que él quería decir.

—Levantar las patas traseras. Te vi hacerlo y el jabalí la soltó inmediatamente.

—¡Oh, eso! Torrian me enseñó eso. Él cría loberos escoceses y, cuando se pelean, es lo que hace. Dice que está garantizado que funciona con los perros porque los desequilibra y se sueltan. Pero Ethan llegó y evitó que la bestia se volviera contra mí. No sé cuánto tiempo más podría haberla aguantado. Era muy fuerte.

Brigid dijo:

—Te debo un fuerte abrazo, prima. Lo haré cuando baje, pero ahora me duele demasiado la pierna.

—Y tampoco bajarás todavía —intervino Marcas—. Volverás cabalgando conmigo. Puedes abrazarla después. —Marcas cruzó los brazos en señal de protección. Su postura le dijo a Jennet que Brigid no tenía elección en el asunto.

Jennet se volvió hacia Ethan. Para su propia sorpresa, tal vez estimulada por la oleada de alivio después de toda la acción, dijo:

—Entonces te debo un abrazo por alejar al jabalí de mí.

Los ojos de sus hermanos se detuvieron en él con complicidad. Ethan dio un paso atrás.

—Por favor, no lo hagas.

Jennet, un poco ofendida, preguntó:

—¿Por qué no?

—Prefiero que no me toquen.

Jennet perdió el ánimo. La pequeña esperanza que había dejado crecer en su interior sobre la posibilidad de experimentar su primer beso verdadero con Ethan se convirtió repentinamente en decepción. Si a él no le gustaba que lo tocaran, seguramente no querría que sus bocas intercambiaran saliva. Tal vez retrocedió porque sabía que ella sería más salivosa que él.

Necesitaba irse a casa. Incluso ella tenía que admitir que ya no era necesaria aquí. Al menos en la tierra Ramsay, podría ser útil ayudando a su madre como sanadora del clan.

Esta aventura en Black Isle había resultado maravillosa para Brigid, pero todo lo contrario para ella. Estaba condenada a estar sola.

2

Regresaron al castillo Eddirdale en poco tiempo, y la gente de las aldeas aplaudió cuando se fijaron en los tres jabalíes que llevaban. Marcas le dijo a Torcall, uno de sus mejores guerreros:

—Lleva la carne de vuelta al pozo de fuego. Ofrece tantos hombres como necesite Jinny para que los cocinen o los ahumen. Comeremos uno esta noche, pero podemos ahumar algunos para más tarde.

Torcall se marchó, llevándose consigo a Mundi, otro guerrero y los jabalíes.

Ethan desmontó y le dijo a Shaw:

—¿Puedo hablar contigo?

Shaw quitó la montura de su caballo y la dejó en un gancho antes de responder a su hermano.

—Puedo charlar todo lo que quieras una vez que haya cepillado a mi caballo. ¿Puedes esperar?

—Sí —dijo Ethan, mirando alrededor de los establos en busca de una tarea en la que ocuparse mientras esperaba. Decidió cepillar a su propio caballo. No le importaba el trabajo, siempre y cuando el animal fuera agradable. Algunos animales; y la mayoría de la gente, no entendían a Ethan y sus extrañas costumbres. Pero eso era porque no sabían cuáles eran los puntos fuertes de Ethan. Los números y las monedas, las estrellas, recordar detalles, las direcciones, esas eran las cosas que se le daban bien, no llevarse bien con los animales y las personas. Aunque se arriesgaba a que lo tacharan de frío o inhospitalario, le resultaba más fácil guardárselo que intentar dar explicaciones.

Ethan cepilló a su caballo lo mejor que pudo hasta que empezó a agitarse. Eso le indicó que era hora de marcharse.

—Shaw, estaré fuera cuando estés listo. —Se inclinó hacia su caballo y le susurró—: Mis disculpas si te he incomodado.

Shaw lo siguió hasta un árbol en la distancia donde podían observar la práctica que se realizaba en las lizas. Gavin Ramsay, hermano de Brigid, era ahora el encargado de las prácticas. Mientras miraban, Shaw dijo:

—Es un gran espadachín.

—Y un gran arquero. Me gustaría intentar el tiro con arco. ¿Crees que se me daría bien?

—Creo que lo harías muy bien, Ethan. Ahora, ¿qué es lo que te

preocupa? —Se pasó la mano por sus mechones rojos, siempre intentando enderezar algo que estaba en desorden. Aunque los tres hermanos tenían los mismos ojos grises, su color de pelo difería. Marcas y Ethan eran morenos, mientras que Shaw tenía el pelo pelirrojo de su madre. Gisela tenía pelo castaño y ojos verdes.

—Te gusta Tara. —Era una afirmación, no una pregunta, porque sabía que era cierto.

—Sí, entonces, ¿qué deseas saber? —Shaw se recostó contra el árbol y cruzó los brazos—. ¿Estás interesado en Jennet?

Frunció el ceño, disgustado de que pudieran leerlo con demasiada facilidad.

—Puede que sí. Pero no estoy seguro. ¿Cómo has sabido que te interesaba?

Shaw sonrió, pero no se rio de él, por suerte.

—Es difícil decir exactamente qué es, Ethan. Es algo más que pensar que una muchacha es hermosa.

—¿Cómo qué?

—Como lo brillante que es, lo mucho que te hace reír. Lo mucho que te gustaría besarla, estrecharla entre tus brazos, aunque eso no se aplicaría a ti. Pero si es la muchacha adecuada para ti, desearás tenerla en tus brazos algún día. ¿Te suena alguna de esas otras razones?

Ethan negó con la cabeza.

—Sé que Jennet es inteligente, pero no me hace reír. Pero nadie que tenga más de diez años me hace reír. No pienso en besarla, así que no debo de estar interesado en ella si esos son los criterios que debo utilizar.

Shaw se apartó del árbol y se acercó a él.

—Ethan, como tú eres diferente a mí, puede que signifique algo distinto para ti. Tal vez te gustaría hablar de algo con ella. ¿Te parece más interesante que los demás? ¿Preferirías hablar con Jennet que, digamos, con Gisela o Jinny?

—Desde luego. Valoro sus opiniones y puedo aprender mucho de ella.

—Entonces creo que deberías perseguirla. No tienes prisa, Ethan, así que, si has encontrado a una muchacha que te interesa más que otras, ¿por qué no pasar más tiempo con ella? Tiene sentido.

Su conversación fue interrumpida por una pareja que reía. Eran Marcas y Brigid, quienes reían mientras él la llevaba en brazos a la torre. Marcas la tenía en brazos, pero amenazó con dejarla caer varias veces, recibiendo cada vez un chillido.

—Él siempre la atrapa. Nunca permitiría que Brigid cayera al suelo, así que ¿por qué finge dejarla caer? —Ethan ya se lo había preguntado antes, no con Marcas, sino con otros. Antes de la

maldición, cuando el patio había estado lleno de miembros del clan, los hombres siempre bromeaban con las muchachas hasta que se reían.

—No, él nunca la dejaría caer. Lo hace para burlarse de ella porque disfruta haciéndola reír. Es parte del juego del amor, del cortejo.

—Marcas se ríe todo el tiempo ahora —dijo Ethan, siguiendo con la mirada a la pareja recién casada—. Nunca se reía con Freda. —Freda había sido la primera esposa de Marcas. Murió a causa del agua contaminada, pero ella y Marcas nunca habían tenido una relación sólida. Todo en su relación con Brigid era diferente, sobre todo porque a menudo estaban juntos.

—No, nunca. Es por eso que todos debemos asegurarnos de encontrar la pareja adecuada para nosotros. Todos tenemos una por ahí. Solo tenemos que tener cuidado de encontrar a esa persona.

—¿Y crees que Tara es la tuya? —Ethan cogió el único mechón suelto que ondeaba al viento y lo puso en su sitio. Tenía el pelo largo, pero casi siempre en su sitio.

—No estoy seguro, pero nunca lo sabré si no la persigo.

—¿Perseguirla?

—Intentar pasar más tiempo con ella. Cuanto más tiempo pasamos juntos, más me gusta. Deberías intentarlo con Jennet. Puede que te guste más. Puede que no. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Ethan apartó la mirada de su hermano y encontró un pájaro cantando en un árbol cercano que mantuvo su atención.

—Desearía que esto no fuera verdad, pero ya sabes cómo soy, cómo desearía que los acontecimientos hubieran sucedido de otra manera. Pero no puedo cambiar el pasado. Esas mujerzuelas afectaron a mi mente, y daría cualquier cosa por cambiarlo, pero ¿cómo puedo? ¿Podría esto impedirme tener esposa e hijos algún día?

Shaw le tocó ligeramente el hombro.

—Ethan, no es necesario que te pongas físico con ella de inmediato. Sé que no te gusta que nadie te toque, excepto Marcas, Gisela y yo. Si es la persona adecuada, algún día desearás tocarla, te lo prometo. Puede que descubras que tenéis mucho en común. Y Ethan, no te ofendas por esto.

Ethan lo interrumpió porque podía adivinar lo que iba a decir.

—Soy especial, así que será difícil para mí. No me gusta que me consideren especial. Soy igual que los demás, quizá mi mente sea mejor que la de los demás, pero entreno en las lizas…

—Físicamente, eres igual que cualquiera. De hecho, has desarrollado tus músculos más que la mayoría. Pero eres especial en otros aspectos. No te lo tomes como un insulto. Creo que Jennet también es especial. Y especial para ella significa más inteligente, más

organizada. ¿Te suena familiar?

Ethan asintió, ya decidido. Pasaría más tiempo con Jennet.

—Creía que ibas a hablar más de las muchachas de hace tiempo. Hago lo posible por no pensar en ellas, pero si no fuera por ellas, ahora podría estar casado con Cori.

—Y tal vez te hicieron un favor, de una manera extraña. Jennet es más adecuada para ti que Cori. Creo que ella es la pareja perfecta.

—Te agradeceré que no menciones mi pasado ni a Tara ni a Jennet.

—No, no lo haré. Ese incidente fue hace mucho tiempo, y es hora de que sigas adelante y lo pongas en tu pasado. Creo que estamos de acuerdo, ¿no?

—Sí. —Ciertamente estaba de acuerdo en que debía olvidarlas, pero no podía. Al menos una vez cada siete noches, los pensamientos de esas crueles muchachas riéndose de él aparecían en su sueño, convirtiendo los sueños en pesadillas.

Todo había ocurrido durante un festival en el clan Milton. Había ido con interés de ver a Cori, pero al llegar, se sorprendió al verla con otro muchacho. Dos de sus amigas lo habían rodeado y se burlaban de él.

No por ella, sino porque habían supuesto que era diferente. Supuesto que nunca le habían besado.

Así que cada una de ellas había intentado besarlo. Él las había empujado mientras se le acercaban a la fuerza, burlándose de él y causándole una gran vergüenza. Alva había superado sus defensas y lo había besado de todos modos, pero a Ethan le había resultado bastante desagradable. Dunn había tenido menos éxito, pero ella también lo había molestado.

—Ethan, sé que has vuelto allí en tu mente, pero tienes que recordar que solo lo hicieron para ocultar su propio orgullo herido por no poder excitarte. Este tipo de muchachas viven para burlarse de los muchachos. Estaban más avergonzadas que tú, e hicieron lo que hicieron para intentar salvar las apariencias. Al fin y al cabo, cada una tenía un amigo mirando.

Ethan odiaba ese recuerdo porque le dolía. Era el tipo de situación en la que se encontraba a menudo, en la que no sabía qué decir o hacer. El pensamiento que surgió después le dolió aún más. ¿Y si Jennet era como ellas?

Como si Shaw pudiera leer sus pensamientos, se inclinó hacia él y le susurró:

—Te prometo que Jennet no será como ellas. ¿Me prometes algo a cambio?

—Sí —respondió Ethan con sencillez. Siempre hacía lo que le pedían sus hermanos.

—Prométeme que pasarás más tiempo con Jennet.

—De acuerdo. Lo prometo. —Perseguiría a Jennet Ramsay.

Ahora tenía una promesa que cumplir. Un poco precipitado, pensó, ya que no tenía la menor idea de qué hacer, pero seguiría la sugerencia de su hermano por ahora.

Al día siguiente, Jennet estaba sentada frente a la chimenea junto a Brigid justo antes de la cena.

—Te has hecho daño demasiadas veces, Brigid. Es la misma pierna que la última vez que te atacó un jabalí.

—Sí —dijo ella, frotándose la herida a través de los leggins. Tenía la pierna apoyada en un taburete para frenar la hinchazón—. Juro que no volveré a entrar en el bosque, y menos a cazar jabalíes.

Marcas se acercó y le dio una copa de vino.

—Esto te aliviará el dolor. Y te traeré otra durante la comida.

—Muchas gracias, esposo. Sabes que me encanta este vino especial.

Se inclinó y le besó la mejilla.

—Tenemos mucho en la bodega.

La puerta de la torre se abrió y Timm asomó la cabeza.

—Jefe, hay alguien que quiere verlo en las puertas.

—Enseguida voy. —Marcas se volvió hacia Brigid y le dijo—: Volveré enseguida, estoy seguro.

Jennet observó el rostro de su prima y, cuando Marcas se marchó, dijo:

—Sin duda lo amas. Se te ilumina la cara cada vez que está cerca.

—Sí lo amo. No sabía que esto podía ser tan maravilloso —suspiró, cogió una piel de la cesta que tenía cerca y se la echó sobre el regazo.

—No puedo imaginar cómo se sentiría —dijo Jennet en voz baja, sus ojos se desviaron hacia el fuego. Esperaba que Brigid viera su completa sinceridad en ese momento.

—Jennet, deseo que encuentres a tu pareja, y creo que hay alguien ahí fuera para ti. Tal vez no en la tierra Ramsay, ni siquiera en Black Isle, pero está en alguna parte.

Jennet suspiró y se miró las manos.

—Nunca pensé que me lo estaba perdiendo hasta que te vi con Marcas. Eres muy feliz, más feliz de lo que te he visto jamás.

—¿Y Ethan? Tara se ha encariñado con Shaw. ¿Hay algo de Ethan que te atraiga? De verdad creo que tenéis mucho en común.

Con el orgullo aún herido por lo del día anterior, Jennet contestó:

—¿Qué? No creo que tengamos nada en común, pero su aspecto sí me gusta. —*Y es el primer hombre al que realmente he mirado de esa manera,* pensó. ¿Podría significar algo? Tendría que meditarlo un poco

más—. Él no es un sanador, así que ¿qué podría tener en común conmigo?

—Le gustan los números como a ti, y es muy bueno con ellos. Parece ser organizado, y sé que sabes apreciar una cualidad tan rara, especialmente en la medida en que tú eres organizada. Es casi tan meticuloso como tú con ese tipo de cosas. —Brigid miró a Jennet durante unos instantes, incomodándola

Pero Jennet no podía discutir con su querida prima, reconociendo en cambio que necesitaba escuchar los pensamientos de Brigid sobre Ethan y su posible compatibilidad.

—¿Por qué dudas? Di lo que quieres decir.

—A veces te sientes incómoda con la gente. Estás bien cuando intentas curar a alguien, pero tus comportamientos son serios. Él es igual.

—¿Qué importa lo seria que yo sea?

¿Qué demonios estaba intentando decir? Odiaba admitir que se sentía un poco irritada por las palabras de su prima, pero ella no había dicho nada que no fuera cierto. Quizá por eso se sintió incómoda. Cuando era más joven, su concentración y dedicación habían divertido a muchos. Había sonreído con orgullo cuando sus mayores comentaban que era superior a su edad. Ahora que era mayor de edad, nadie la veía como única o diferente de sus primas.

¿O sí?

Brigid se inclinó hacia adelante y mantuvo un tono bajo.

—Jennet, ¿recuerdas cuando fuimos invitados del rey? Te dio rodajas de naranja en agradecimiento por tus habilidades y por ayudarlo con el dolor de sus articulaciones. Todos nos las comimos y nos reímos cada vez que expulsábamos el dulce zumo de la naranja.

—Sí que me acuerdo. Nos reímos durante mucho tiempo por eso. —No pudo evitar sonreír ante el recuerdo en el castillo real. El rey la había tratado como a una reina, sobre todo cuando su familia había cenado junta.

—Sí, lo hicimos. Es uno de mis mejores recuerdos de todos nosotros, pero hace mucho que no te ríes así. Deseo que seas tan feliz como lo fuiste ese día, pero no estoy segura de qué te haría feliz. Para mí, es Marcas. ¿Podría ser Ethan para ti? ¿O serás más feliz viviendo sola toda tu vida? Solo tú puedes responder a esa pregunta.

Era una gran pregunta, y Jennet no estaba segura de cómo responder. No tuvo mucho tiempo para pensar en ello, ya que un momento después la puerta de la bodega se abrió de golpe e impactó contra la pared.

Era el padre de Brigid.

—Jennet, te vas a casa.

CAPÍTULO 3

Ethan entró detrás de Logan, preocupado por lo que había oído. El padre de Jennet estaba muy enfermo y su tío estaba aquí para llevarla a casa.

Aún no estaba listo para que ella se fuera, pues estaba decidido a cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo. Aún no había comenzado su persecución de Jennet, y eso solo podía significar una cosa: debía ir con ella.

Logan se fijó en Brigid.

—¿Y qué demonios te ha pasado? Matheson, me prometiste proteger a mi pequeña. Tiene el pie hinchado y está bebiendo vino.

—Papá, cálmate. Fuimos a cazar jabalíes y tropecé. Solo tengo un poco lastimado el tobillo.

Ethan dijo:

—Seguramente está hinchado de cuando el jabalí tenía tu pierna en sus fauces.

Marcas bramó:

—¡Ethan!

Sorprendido por la respuesta de su hermano, Ethan se preguntó por qué Marcas le había gritado. Miró al padre de Brigid y no entendió por qué estaba siendo reprendido. Tal vez era simplemente otra de esas situaciones en las que la honestidad no era el mejor plan.

Logan explotó.

—¿Qué demonios? ¡Voy a matarte, Matheson! Brigid, despídete de tu marido. Vas a volver conmigo.

—Papá, no voy a volver contigo. Estoy bien, y te lo explicaremos más tarde, pero primero deberías hablar con Jennet. Mira lo que tus palabras le han hecho. ¿No podías terminar tus pensamientos? ¿Por qué Jennet tiene que volver a casa?

El rostro de Jennet había palidecido mientras se sentaba erguida en su silla, mirando a su tío.

—¿Quién es? ¿Mamá o papá?

Logan se colocó a su lado y la miró.

—Tu padre. Quade lleva un tiempo enfermo. Tu madre pensó que mejoraría después de dormir un poco, pero sigue debilitándose y le cuesta levantarse de la cama. Él me ha pedido que te acompañe a casa, Jennet.

Jennet se dejó caer en la silla, claramente disgustada. Ethan se acercó para colocarse detrás de ella. Quería hacerle saber que estaría a su lado. Esta era una buena manera de hacerlo, ¿no? ¿Simplemente estar cerca de ella? Notó que Brigid lo miraba con extrañeza, pero lo

ignoró.

Jennet lo miró por encima del hombro y luego volvió a mirar a su tío. Ethan recordó cómo su madre siempre deseaba una piel para cubrir su regazo, y Brigid también tenía una. Encontró una bonita y larga en la cesta y se la dio a Jennet.

Logan lo miró, puso las manos en las caderas y preguntó:

—¿Qué demonios haces?

Sus ojos se entrecerraron, pero a Ethan no le molestó.

—Intento que Jennet esté más cómoda. Parece que le has dado una mala noticia, y estoy seguro de que es molesto para ella. —Quiso añadir que estaba cumpliendo una promesa a su hermano, pero se guardó el comentario—. Me gusta tu sobrina, así que pienso pasar más tiempo con ella. —Ahora eso estaba claro; debía entenderlo. O tal vez debería haber explicado que estaba tras Jennet como posible esposa—. Y me gustaría complacerla, ayudarla a sentirse más cómoda.

Jennet lo miró fijamente, perpleja por sus comentarios.

—¿Qué?

A juzgar por la respuesta de Jennet, tal vez lo mejor era no hablar de matrimonio todavía. Pero haría todo lo posible por calmarla. Ya tenía bastantes preocupaciones.

—Jennet, tal vez deberías terminar de hablar con tu tío. Luego te explicaré lo que te he dicho. Pero él está aquí ahora con información sobre tu padre. Es importante que conozcas todos los detalles.

Ethan esperaba que ella olvidara por completo su conversación. Odiaba intentar explicar sus acciones, ya que la mayoría de las veces se confundía incluso a sí mismo. Tendría que entenderse a sí mismo primero antes de esperar que otra persona lo entendiera, especialmente Jennet.

Afortunadamente, ella volvió a centrar su atención en su tío. Ella debió haber encontrado algo de comprensión en sus acciones.

—¿Cuándo ocurrió?

Logan se sentó en la mesa de caballete más cercana a la chimenea, bebió un sorbo de la ale que Marcas le sirvió y cogió un trozo de la oscura barra de pan que había sobre la mesa.

—Hace unas noches, creo.

—¿Así que no has podido hablar con él en absoluto?

—Habla, pero muy poco. Tu madre ha dicho que su estado está empeorando. Empezó con la fiebre, pero sigue empeorando.

—¿Cómo está mamá?

—Tu madre está bien, lidiando con ello como lo hace con todo, como si fuera solo un conejito saltando en su camino. Lo trata como un inconveniente, nada más. Todos los demás están bien. Pero he hablado con él. Me hizo saber que quería que viniera por ti.

—No tuvo uno de esos ataques en los que se queda paralizado o no

encuentra las palabras, ¿verdad? —preguntó Jennet.

—No. Me habló, pero fue un gran esfuerzo para él. Está débil, no paralizado. Me hizo saber a su manera lo que necesitaba. Aunque no alabaré la forma en que me habló. El intercambio se produjo como se hablan los hermanos. —Sonrió y se apartó el cuello de la túnica para mostrarle una marca roja alrededor de la garganta—. Me retuvo unos momentos, pero no mucho.

—Papá, ¿por qué os tratáis así? —preguntó Brigid, con los ojos muy abiertos.

—Es el amor de los hermanos. Quade y yo siempre hemos preferido luchar a hablar. ¿No te pasa lo mismo con tus hermanos, Ethan?

Ethan negó con la cabeza.

—Yo no les haría eso a mis hermanos.

—Es su forma de demostrarme afecto. No intentes pensarlo de otro modo. —Logan dio otro trago a la ale que estaba bebiendo y otro bocado al pan, luego se levantó para caminar—. Te quiere en casa, Jennet. Estoy aquí para llevarte de regreso.

Jennet asintió, con los ojos llenos de lágrimas, algo que rara vez le ocurría, sobre todo con otras personas cerca. Ethan deseó poder ponerle la mano en el hombro, pero no pudo. Aún no la conocía lo suficiente como para tocarla. Sería demasiado íntimo a estas alturas.

—Gracias por venir a buscarme, tío Logan, pero ¿te quedarás esta noche? ¿Me darás una noche menos para dormir en el suelo?

Ethan dijo:

—Nuestra cena será servida en un momento. Eres bienvenido a unirte a nosotros, y espero que pospongas tu regreso hasta mañana para que pueda hablar más con Jennet.

—Hablar con Jennet es todo lo que harás, Ethan, y debe hacerse delante mío. Estoy aquí actuando en lugar de mi hermano. Debo estar al tanto de todo lo que hables con mi sobrina.

Jennet se levantó rápidamente de su asiento.

—No, no tienes que contarle a mi tío todo sobre nosotros, Ethan. Tío Logan, no hay razón para que te preocupes. Puedo cuidarme sola.

—Entonces, ¿por qué me ha enviado tu padre a buscarte? —preguntó, inclinando la cabeza.

—Eres el mensajero y mi escolta de regreso. Eso no te da derecho a saberlo todo sobre mí. Eso es todo.

—Si no haces lo que te digo, puede que tengas que volver a casa sola, muchacha. ¿Es así como deseas que suceda?

—Si te niegas, estoy segura de que Marcas enviará guardias conmigo, o tal vez Gavin esté listo para volver. Y por favor, deja de intentar intimidar a Ethan. No hace falta que actúes tan bravucón, tío.

El tío Logan saltó de su asiento con un resoplido y se dirigió hacia

la puerta.

—Quizá Gavin viaje conmigo. Iré a charlar con mi hijo, ya que lo he visto en el campo de tiro con arco con su dulce esposa Merewen.

—¡Papá! —gritó Brigid—. Cuidado con las flechas. Aquí hay unas cuantas a las que no les importaría darte.

Logan soltó una carcajada y luego arrastró las palabras:

—Mi pequeña, quien solía ser tan amable conmigo, ahora es un bufón. —Se fue, dando un portazo.

—¡Te amo, papá!

Ethan dijo:

—Ya se ha ido, Brigid.

¿Ella no se había dado cuenta?

—Sin embargo, me ha oído, Ethan. Tiene oídos que lo oyen todo en un pueblo. Todo. Nunca subestimes a mi padre. Nunca.

Jennet miró a Ethan.

—¿Podemos hablar en privado? ¿Quizás ir a dar un paseo detrás de la muralla hacia el bosque?

—Sí, siempre que sea lejos de tu tío. —No le preocupaba que el prepotente hombre espiara o intentara interrumpir su interludio—. Yo te protegeré, Jennet.

Jennet cogió su manto de la pared y se volvió hacia Brigid.

—Volveremos pronto, con tiempo suficiente para la cena. Y no le digas a tu padre a dónde he ido.

Brigid sonrió con satisfacción.

—No te preocupes. Sabes que nunca te haría eso.

Ethan acompañó a Jennet a través de las cocinas. Por encima de ellos, Tara gritó:

—¡Disfrutad!

—No la había visto allí. ¿Te habías dado cuenta? —preguntó él. Al parecer, ella había estado escuchando cada palabra.

—No, está callada muchas veces. Especialmente con el tío Logan aquí. A mucha gente le gusta escucharlo, pero no dicen mucho delante de él. Tiene una manera de hacer que la gente se sienta incómoda. ¿Él te hace sentir así?

Ethan negó con la cabeza con seguridad.

—No. Él no me molesta. No tengo nada que ocultar. Sí me preocupa cómo te afecta él. Es obvio que te molesta su prepotencia, así que yo preferiría que no estuviera cerca.

Su conversación se detuvo hasta que salieron de la cortina y siguieron el camino que llevaba al bosque de Gallow Hill.

Una vez que estuvieron claramente solos, Jennet dijo:

—He oído tu comentario antes, pero no estoy segura de entenderlo. ¿Estás interesado en mí?

—Sí. Shaw me ha sugerido que te persiga. —Avanzó lentamente

por el sendero, mirándola con una pequeña sonrisa. Estaba encantadora esta noche, con el pelo trenzado, aunque destacaban los mechones dorados. Llevaba un vestido azul del color del cielo. Sintió un extraño deseo de tocar la suave piel de su cuello.

—¿Por qué sugeriría eso? —preguntó Jennet.

—Porque ha dicho que es la mejor manera de conocerte mejor.

—No puedo estar en desacuerdo con él, pero ¿por qué deseas conocerme mejor?

¿Cómo responder a semejante pregunta? Se lo pensó detenidamente antes de contestar, contento de que no hubiera nadie cerca para escuchar su conversación. Ella esperó pacientemente su respuesta.

—Me intriga tu mente y admiro la forma en que te comportas. Tus habilidades como sanadora superan las de la mayoría. Tu método para buscar la causa de la maldición ha sido bien organizado y cuidadosamente planeado. Todas tus habilidades me han impresionado. Pero la forma en que te comportas es más notable. Algunas damas se ríen todo el tiempo y otras hacen lo que más odio: tocar. Tocan todo el tiempo, y me hacen sentir incómodo. Tú te comportas como me imagino que lo haría un erudito.

—Muchas gracias por tus amables palabras, pero ¿por qué estás interesado en mí? ¿Con qué propósito? —Se detuvo y se giró hacia él, a punto estuvo de cogerle la mano, pero se detuvo—. ¿Te intereso como amiga o tienes un interés romántico? ¿Deseas casarte algún día o nunca? Mis disculpas si estas preguntas son demasiado exploratorias, pero me iré mañana y estoy ansiosa por escuchar tus respuestas.

—Creo que ya somos amigos, así que me gustaría más. Shaw ha dicho que debería perseguirte, igual que él persigue a Tara.

—¿Así que solo estás haciendo algo que tu hermano te ha aconsejado? ¿Es esa la única razón por la que hablas conmigo?

—No. Me acerqué a él porque no tengo mucha experiencia con las muchachas. Estoy interesado en ti, así que acudí a él para asegurarme de que gestiono bien las cosas. No eres de nuestro clan, así que no deseo ofenderte ni a ti ni a tus primas. Después de contarle lo que pensaba, Shaw me dijo que debería perseguirte porque valoro tu opinión y me gusta hablar contigo. Me sugirió que pasara tiempo contigo para ver si hay otras razones por las que me gusta estar cerca de ti.

Jennet se acercó.

—¿Pero te gusto?

A Ethan no le gustaba la dirección que estaban tomando las preguntas.

—Me gustas como amiga, sí.

—No como amiga, ¿sino como alguien con quien podrías casarte?

Ethan intentó detener el ceño fruncido que apareció en su rostro ante la perspectiva de proponer matrimonio, pero no pudo. Ese pensamiento le hizo desear volver a consultar con su hermano. Sería su responsabilidad hacerlo bien. Se apartó un paso de Jennet y dijo:

—No. No estoy preparado para el matrimonio. No en este momento, pero posiblemente en el futuro.

—¿Por qué? O te gusto o no te gusto. Todas esas razones que me has dado sobre admirarme, mis métodos, mi trabajo, todo eso podría decirse de un colega. Parece que hay algo más en tu propuesta, y me gustaría saber exactamente qué.

—Esto me confunde porque no entiendo por qué me preguntas por una propuesta. Es demasiado pronto para eso. —Se frotó la frente con demasiada fuerza porque sentía la piel irritada.

—No, no para un compromiso. No me refería a eso. Se trata de tus intenciones, tu motivación. No las entiendo. ¿Puedes decirme más, por favor?

Él no sabía cómo responderle, así que dijo lo primero que se le ocurrió.

—Me gustaría volver a la torre ahora, por favor. Seguiré persiguiéndote, si no te importa.

—No me importa porque me gustas. Pero me gustaría saber una razón por la que me persigues. Por favor, tómate todo el tiempo que necesites, Ethan, pero me gustaría una respuesta.

—No necesito tiempo para pensar en eso. La respuesta es muy sencilla. —Sonrió aliviado porque las cosas volvían a ser sencillas.

—¿Cuál es tu razón?

—Shaw me dijo que lo hiciera.

3

Jennet quería gritarle, pero decidió que eso no la llevaría a ninguna parte. Y, sinceramente, no le importaba que Ethan la persiguiera.

Después de todo, solo iba a estar aquí un día más antes de irse con el tío Logan.

De regreso a la torre, solo hablaron del clima y poco más. Ethan era educado y atento, y su largo cabello oscuro ondeaba hacia atrás mientras caminaban en dirección al viento. Jennet no dejaba de sorprenderlo mirándola, y de alguna manera se sentía… diferente. La miraba como si estuviera realmente interesado en ella. La mayoría de los hombres la miraban fugazmente antes de dirigirse directamente a Brigid.

Brigid solía decirle a Jennet que era la más hermosa de las dos, pero Jennet sabía cuál era la diferencia: la sonrisa de su prima. Brigid tenía una sonrisa que eclipsaba la de los demás, y la cadencia de su risa era algo que incluso Jennet admiraba.

A Jennet siempre le pareció extraño que Brigid y su hermana, Sorcha, pasaran tanto tiempo preocupándose por su ropa y su pelo antes de cualquier tipo de acto social. Ninguna de las dos podía ver la verdad. Su belleza provenía de su interior, de su risa, de sus corazones cálidos y de sus sonrisas.

Esa era una belleza que Jennet no tenía.

Bethia, su hermana mayor, se lo había dicho una vez. Bethia siempre había sido más corpulenta que la mayoría de sus primas, pero su belleza procedía de su confianza, su inteligencia y algo que sí compartía con sus primas. Bethia tenía una sonrisa hermosa y brillante. Su hermana decía que debería sonreír más porque era, con diferencia, la más hermosa de las primas. Jennet había resoplado, pero Bethia la había sorprendido con su respuesta.

—Jennet, tú eres la más hermosa. Tienes mechones dorados en el pelo, la piel clara y sin imperfecciones y las pestañas más largas. Los pómulos altos también te aportan un aspecto despampanante. Eres delgada y tienes las curvas que les gustan a los hombres. Si tuvieras una cosa más, tendrías muchos pretendientes.

—¿Qué? —Había mirado a Bethia, esperando que le revelara sus secretos.

—Una sonrisa. Eres demasiado seria. Cuando erais más jóvenes, Brigid y tú podíais ser serias, pero luego os reíais de muchas cosas

juntas. Con los años, has perdido la risa en tu vida.

Jennet no sonreía por naturaleza. Era un esfuerzo, y tenía que pensar en ello para sonreír a los demás. Brigid sonreía todo el tiempo; incluso cuando habían traído al mundo al pequeño bebé de Edda, había sonreído a pesar del sudor y la adversidad con la que todos habían tenido que lidiar.

Brigid seguía sonriendo.

¿Ethan esperaba que ella sonriera? Levantó la mirada hacia él e hizo todo lo posible por dedicarle una sonrisa sincera, pero era difícil hacerlo sin sentirse falsa.

Hizo una rápida reverencia y dijo:

—Hablaré con mi jefe y mi hermano antes de la cena, a ver si puedo hacer algo para ayudar. ¿Gavin y Merewen regresarán contigo?

—No estoy segura. Gracias por el paseo. Te veré en la cena.

Le hizo un gesto con la cabeza y entró en el salón, alegrándose de ver a Brigid, Tara y Gisela cerca de la chimenea con los dos hijos de Marcas, Kara y Tiernay.

Tara preguntó:

—¿Te lo has pasado bien con Ethan?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —dijo Tara, apartándose de ella para volver a poner en pie a Tiernay, quien se había caído—. Solo me lo preguntaba. Estoy segura de que estás preocupada por tu padre y no ves la hora de irte.

Jennet tenía sentimientos encontrados.

—Sí, nos iremos mañana. Bastante pronto.

—Y deseas ir, ¿verdad? —preguntó Brigid—. Debes estar ansiosa por ver a tus padres.

—Sí. Pero también me gusta mi vida aquí. Espero volver, si me aceptáis. —Miró a Brigid, a Tara y finalmente a Gisela.

Gisela dijo:

—Sabéis que os adoro a todas, pero a quien debéis preguntar es a la señora del clan, Brigid.

Brigid estalló en carcajadas con tal fuerza que la pequeña Kara se rio con ella. Tara y Gisela no tardaron en unirse a las risas, y Jennet se encontró sonriéndoles a todas. No había considerado que su prima, ahora casada con el jefe del clan, era la nueva señora.

Cuatro mujeres entraron por la puerta trasera de la torre: Nonie, Jinny y dos que habían regresado al clan, Agnes y Thebe.

Thebe entró con los ojos muy abiertos y se apresuró a acercarse a ellas.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos hemos perdido algo? ¿De qué estáis hablando, señoras?

Gisela le hizo un gesto con la mano a Thebe y dijo:

—Nada. Ha sido entre primas.

Nonie subió las escaleras y dijo:

—Ven, Thebe. Tenemos sábanas que lavar.

Thebe era bajita y curvilínea, y muy hermosa, mientras que Agnes era mucho mayor y le costaba subir las escaleras. Después de que Brigid y Marcas se casaran, los miembros del clan fueron regresando poco a poco al castillo, hasta el punto de que las cabañas interiores estaban casi llenas y la mitad de las chozas de la aldea estaban ocupadas. Las cosechas habían sobrevivido, y todos en la aldea esperaban tener un verano maravilloso y fructífero en el que la comida sería abundante.

Marcas había asignado a Agnes a su anterior puesto en las cocinas con Jinny. Cuando perdieron a una de las sirvientas, él le había dado el puesto a Thebe, y ella lo había aceptado encantada. Las cuatro desaparecieron, así que Jennet se acercó a una silla cerca de la chimenea y se quedó mirando las llamas.

Gisela susurró:

—Debes tener cuidado con lo que dices cerca de Thebe. Le gusta repetir todo lo que oye y exagerar todo lo que puede. Tiene parientes en el clan Milton, y los visita a menudo.

Tara dijo:

—Es muy hermosa.

—Lo es —respondió Gisela—, y siempre está buscando cumplidos.

—¿No está casada? —preguntó Brigid.

—No. Dice que el hombre al que ama no la quiso, así que nunca tendrá otro. —Gisela puso los ojos en blanco—. No creas todo lo que dice.

—¿Y Agnes? Parece simpática.

—Agnes es encantadora, pero no se lleva bien con Thebe, así que Marcas se ha asegurado de que sus tareas estén separadas.

Jennet se quedó mirando las llamas, perdiendo interés en la conversación. Después de todo, pronto las dejaría. Se preguntó cómo cambiarían las cosas. ¿Cómo se sentiría al dejar atrás a sus queridas primas?

¿Cómo se sentiría al dejar atrás a Ethan?

Se obligó a olvidarse de ello. Su padre era su principal preocupación ahora.

Tenía que volver a casa y salvarlo.

El grupo se preparó para el viaje a primera hora de la mañana. Jennet se había despedido de Brigid, Tara y Gisela. El tío Logan había insistido en que Gavin y Merewen volvieran con ellos, y habían estado

de acuerdo.

Todo salió según lo previsto, la fila de guerreros Ramsay lista para partir. El tío Logan le encontró un buen caballo a Jennet, y luego habló con Gavin y Merewen. Cuando se reunieron frente a la muralla del castillo, más allá de las puertas, y estaban a punto de partir, Marcas y Shaw salieron para dar las gracias a todos. Pero fue la última persona en cruzar las puertas, acompañando a sus hermanos, quien los sorprendió a todos.

Ethan salió montado y listo para partir, con la alforja ya atada. El grupo se detuvo a mirarlo. La mente de Jennet se quedó en blanco mientras su corazón daba un vuelco. Ese hombre la había dejado atónita. ¿De verdad estaba pensando en acompañarla?

Ella abrió la boca, queriendo hablar antes de saber lo que diría mientras Ethan acercaba su caballo a ella. Su tío habló por ella.

—¿Qué demonios haces aquí, Ethan? ¿Vas de camino a Inverness?

Ethan miró a Jennet y luego al tío Logan.

—No, voy con vosotros. O debería decir, voy con Jennet.

—¿Por qué? —dijo el tío Logan, bajando para colocarse frente a Ethan, con las manos ahora en las caderas.

—Como he dicho, estoy siguiendo a Jennet.

—¿Y así es como lo haces? ¿Tienes intenciones que desconozco?

—No, solo deseo conocerla mejor. Le he prometido a mi hermano que lo haría, y no puedo cumplir mi promesa si ella se marcha. Por lo tanto, la única solución es que me vaya con ella. Yo la protegeré para que tú puedas proteger al resto del grupo.

Jennet no supo qué decir más que lo más simple:

—Mi agradecimiento, Ethan. —Sus ojos se detuvieron en él. Sentado sobre su propio caballo de guerra, tenía un aspecto intimidante; sus anchos hombros y poderosos brazos bastarían para ahuyentar a muchos. Si frunciera el ceño, nadie se atrevería a acercársele, aunque Jennet dudaba de que eso estuviera en la naturaleza de Ethan.

Logan dijo:

—No vendrás con nosotros. Matheson, dile a tu hermano que no es bienvenido en este viaje.

Jennet sintió que le ocurría algo muy extraño, algo que ella nunca había hecho pero que había presenciado en otros. Siempre se preguntó cómo se sentiría, y ahora…

Se sonrojó. Mirando de Marcas al tío Logan, sinceramente no sabía cuál de los dos ganaría. Si apostaba, lo haría por su tío.

—Matheson, mi hermano está a punto de morir. Este viaje será rápido, solo una noche antes de llegar a casa. No podemos esperar. No tengo tiempo para jugar con alguien que no está acostumbrado a estar en la naturaleza. No deseo que viaje con nosotros.

Gavin le dijo a su padre:

—Déjalo, pa. Es bienvenido.

Marcas arqueó una ceja en dirección a Ethan, quien permanecía sentado en su caballo, con la mirada fija al frente, como si no hubiera oído nada.

—Yo diría que Ethan se ha decidido, y aunque no quieras que os acompañe, os seguirá a distancia. No se interpondrá en tu camino. Conoce las direcciones mejor que nadie y puede matar conejos con solo lanzar su daga. ¿Por qué no permitirle que os acompañe?

El tío Logan miró fijamente a Gavin, pero no dijo nada. Merewen asintió y sonrió. Jennet contuvo la respiración para ver quién hablaba a continuación.

Para su sorpresa, fue Ethan.

Sin mirar a su tío, con la mirada fija en nadie en particular, Ethan tomó una decisión.

—Iré con vosotros y no me detendrás.

El tío Logan refunfuñó y subió a su caballo.

—No voy a discutir porque no tengo tiempo. Pero si nos retrasas lo más mínimo, te ataré a un árbol y te dejaré atrás.

Jennet miró a Ethan, quien inclinó la cabeza hacia ella y le dedicó la más pequeña de las sonrisas.

Ella le devolvió la sonrisa, su primera sonrisa genuina en mucho tiempo.

4

A última hora de la tarde siguiente, llegaron a la tierra Ramsay. Torrian y Kyle los recibieron. Torrian se dirigió directamente hacia Jennet, moviendo su caballo junto a su yegua.

Ethan lo interceptó.

—¿Su nombre? Lady Jennet, ¿te es familiar?

—Sí, Ethan. Es nuestro jefe y mi hermanastro, Torrian. —Ella y Torrian nacieron del mismo padre. Al igual que su hermanastra Lily, a quien adoraba. Kyle, el marido de Lily, era el segundo al mando de Torrian.

Torrian miró inquisitivamente a Ethan y luego le habló a Jennet en voz baja.

—¿Has conocido a alguien?

—No —suspiró ella—. O sí. Es complicado. Háblame de pa.

—Pa está esperando tu llegada. Sigue debilitándose, pero es un luchador. Se niega a rendirse. Le cuesta moverse.

—¿Pero sigue alerta? ¿Conversa contigo? —Si pensara que nunca más tendría la oportunidad de hablar con su padre, estaría devastada.

—Sí. Tu madre ha estado con él todo el tiempo. La tía Jennie también estuvo aquí un tiempo, pero ha vuelto a casa. No saben exactamente cuál es la dolencia. Todos esperamos que puedas pensar en algo que ellas no sepan.

Cómo rezó para que ella también pudiera.

—Llévame con él. No quiero retrasarme. —Llegaron a las puertas del castillo Ramsay, el lago visible en la distancia. Sin mirar a nadie, siguió a Torrian a la torre. Cruzó el gran salón y le dio un fuerte abrazo a su madre, luego dijo—: Por favor, mamá. Debo verlo ahora.

Todo estaba en silencio en el salón, como si todos contuvieran la respiración. La enfermedad de Quade mantenía a todos a su alrededor en un estado de tensión, y ahora que Jennet había llegado, se atrevían a tener un poco de esperanza. Incluso Lily le dedicó una pequeña sonrisa, estrujándole el hombro al pasar, y le susurró:

—Ayudarás a papá, lo sé.

Su habitación al final del pasillo era lo suficientemente grande para más de una cama porque originalmente había sido la recámara de curación de su madre, donde los guerreros heridos acudían después de la batalla. Desde que su padre empezó a tener problemas con su cadera, la habían convertido en su habitación para que pudiera evitar

la escalera.

Se detuvo y miró a su madre por encima del hombro. Una parte de ella tenía miedo de entrar.

—Adelante —le dijo su madre—. Te está esperando.

Jennet cogió aire y abrió la puerta. Metió la cabeza y dejó que la luz iluminara la habitación. Su padre estaba tumbado de lado en la cama, inmóvil, y un ligero ronquido la recibió.

Su madre dio un pequeño empujón a Jennet, adentrándola en la habitación.

—Te ha echado de menos, Jennet.

Cuando era más joven, Jennet se había sentido más lista y con más talento que nadie porque había resuelto algunos casos que su madre no había podido solucionar. También había sido más astuta que algunos villanos. Pero hacía mucho tiempo que no conseguía nuevas curas.

Sentía el peso de las esperanzas de su familia y empezaba a cuestionarse sus habilidades como sanadora. Brigid había resuelto la cuestión de la maldición de Black Isle, aunque Jennet y Tara habían participado en la investigación. Pero parecía que todos a su alrededor habían seguido adelante con sus vidas: se habían casado, habían tenido hijos, se habían mudado a otros clanes.

Jennet no había progresado en absoluto. En muchos sentidos, seguía siendo esa niña capaz de engañar a las mentes más retorcidas. Era capaz de pensar con rapidez, una habilidad que la había beneficiado muchas veces, pero que no le había dado ninguna habilidad para tratar con la gente en una situación de cortejo.

De eso no tenía ninguna experiencia. Brigid había flirteado, Sorcha había bailado toda la noche, mientras que Jennet pasaba el tiempo leyendo libros. Con suerte, todo ese tiempo estudiando la ayudaría a curar a su querido padre.

Se sentó en el taburete junto a la cama y evaluó a su padre con detenimiento. Su madre le había enseñado que la mejor habilidad de una sanadora era observar a los enfermos y considerar sus síntomas.

Su buen entrenamiento estuvo a punto de fallarle, haciendo que sus ojos se empañaran como pocas veces había sentido. Se limpió los párpados para poder ver a su padre con más claridad. Estaba tumbado frente a ella, su cuerpo alto y larguirucho llenaba la cama. Su largo cabello castaño tenía muchas canas, pero seguía siendo en su mayor parte de un hermoso tono castaño, igual que el suyo sin los matices dorados. Tenía los ojos cerrados, y deseó que estuvieran abiertos para poder ver el verde bosque de sus iris. Era un color tan hermoso que su madre solía decir que fueron los ojos de Quade los que la cautivaron primero.

Estaba delgado, pálido, pero parecía estar descansando bien.

—Mamá, dime qué crees que ha causado esto. Debes tener alguna idea.

—Se hizo una herida en la pierna por una caída al bajar de su caballo en medio del bosque. Le falló la cadera y cayó al suelo, aterrizando en un montón de piedras que le dejaron moratones durante bastante tiempo. Lo lavé bien, lo cubrí con la cataplasma, le di la pócima, cambié el vendaje con regularidad. Todo lo que hacemos normalmente. No puedo determinar qué pudo haber salido mal o en qué pude haberme equivocado.

Jennet giró la cabeza para mirar a su madre, cuyo rostro delataba los estragos que le había causado la enfermedad de su padre. Su piel, también pálida, había perdido su brillo, y también parecía más delgada.

—Mamá, ¿has estado comiendo?

—Sí, sabes que lo haría, pero estoy preocupada.

Jennet se recostó en el taburete y miró a su madre.

—Podemos resolver juntas este rompecabezas.

Su madre le cogió la mejilla.

—Esperaba que se te ocurriera algo que a mí no. Voy a despertarlo. —Se levantó de la silla, se acercó a la ventana y apartó la piel para que entrara luz en la habitación.

Jennet habría apostado a que la luz y la temperatura lo despertarían enseguida, pero él no se movió.

—Despiértalo —le dijo su madre mientras correteaba por la habitación organizando y arreglando lo del día anterior—. Voy a por agua fresca y gachas. A ver si consigo que coma. —Su madre se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Papá? —Jennet observó sus largas pestañas en busca de algún movimiento, pero ni siquiera se inmutó—. ¿Papá? —repitió, poniéndole la mano en el hombro antes de darle una pequeña sacudida.

Sus párpados se abrieron, buscando algo en la recámara, hasta que finalmente se posaron en ella. La sonrisa que cruzó el rostro de su querido padre hizo que el viaje a casa valiera la pena.

—Jennet. Estoy tan… contento de que estés… aquí, pequeña —terminó la frase y empezó a toser.

—Ten, papá. Bebe esto. Humedece tu garganta. —Ella le ofreció la copa de agua que había encontrado en el cofre junto a su cama—. Papá, me gustaría poder ayudarte. ¿Puedes sentarte y charlar conmigo? —Siempre esperanzada, no estaba segura de que él pudiera. Este hombre, al que había admirado toda su vida, se había reducido a alguien a quien apenas reconocía.

—Lo intentaré, solo por ti, pero necesitaré tu ayuda.

Ella se levantó y le pasó el brazo por debajo de la espalda. Usó su

fuerza para ayudarlo a sentarse, luego él apoyó la espalda contra la cabecera de la cama grande.

—Lo he conseguido —dijo él, sonriéndole, su mirada iba de los dedos de sus pies a su cara—. Me alegro mucho de que estés aquí. Tu madre te necesita.

—Necesitamos que mejores.

—Tienes que hacer que tu madre coma y descanse. No lo está haciendo lo suficiente. Espero que lo haga ahora —se detuvo para toser—, que estás aquí.

—¿Te duele algo? ¿Te has hecho tanto daño con la caída?

—Sí —dijo, levantando las mantas para mostrar la rodilla y la herida que tenía debajo. Todavía estaba ligeramente descolorida, después de todo este tiempo.

Se cubrió el torso y ella se alegró. Como sanadora, lo veía todo. Pero esto era diferente porque era su padre.

—¿Todavía te duele?

—Sí —dijo él, tocando la zona alrededor de la herida—. Sí, pero mejora.

Vio una zona irritada y presionó sobre ella. Jennet se sobresaltó al ver cómo le gritaba.

—¡No toques eso! —Rápidamente volvió a cubrir la zona y le apartó la mano.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta —le dirigió una mirada seria, entrecerrando los ojos para ver si ella lo desafiaría—. Déjame en paz. Me temo que ha llegado mi hora y debes aceptarlo. Me alegro de que estés aquí para ayudar a tu madre con todo.

Luego se recostó en la cama, cerró los ojos y se quedó dormido.

La puerta se abrió y su madre entró, Bethia la seguía.

—Jennet, me alegro mucho de que estés aquí. —Bethia le dio un rápido abrazo y luego buscó asiento mientras su madre se marchaba de nuevo.

Su padre había tenido a Torrian y Lily con su primera esposa antes de conocer a su madre, Brenna Ramsay. El tío Logan la había robado de las tierras Grant porque necesitaba una sanadora para curar la herida de Quade. Había sido corneado por el colmillo de un jabalí, y le abrió el vientre lo suficiente como para que hubiera muerto lejos de casa de no ser por Brenna Grant. Pero, al igual que su prima Brigid, quien se enamoró de su captor, Brenna se había encariñado con Quade y los había seguido voluntariamente hasta la tierra Ramsay. También curó a Torrian y Lily de una enfermedad debilitante que los había mantenido postrados en cama desde su primer año de vida.

No los curó exactamente, pero descubrió que la extraña raíz de su enfermedad era el trigo.

Brenna se casó con Quade Ramsay y se convirtió en la esposa del jefe. Pronto trajeron al mundo a Bethia, Gregor y Jennet. También habían adoptado a dos niñas, Geva y Emma, quienes habían perdido a sus padres. Geva tenía ahora quince veranos, mientras que Emma era un año más joven. Su familia estaba llena, sobre todo con Torrian, Lily y los hijos de Bethia, quienes los mantenían ocupados. La esposa de Gregor daría a luz a su primer hijo en unos meses.

Bethia se inclinó hacia ella y le susurró:

—¿No se ha despertado para verte?

Jennet asintió, mirando a su querida hermana.

—Sí, pero solo unos instantes, y luego se quedó profundamente dormido.

La puerta se abrió y su madre entró con un tazón de gachas y caldo humeante, Lily iba detrás de ella con otra copa y un tazón.

—Uno para ti, uno para papá —dijo Lily con una risita—. ¡Oh, papá! Te has vuelto a quedar dormido. Te ha esperado y esperado y ahora que estás aquí él sigue durmiendo. —Sus ojos se empañaron cuando dejó la comida, luego giró sobre sus talones y se fue.

Bethia la siguió.

—Lily, es solo porque ya no está preocupado por ella. Por eso también duerme tan profundamente.

Lily volvió a entrar y dijo:

—Espero que tengas razón, Bethia. Voy a cerrar la puerta para que las tres podáis hablar de su enfermedad y curarlo. Tampoco permitiré que nadie entre.

Lily se marchó, cerrando la puerta tras de sí como había prometido.

Jennet miró de un rostro agotado al otro.

—No parece que tengáis muchas esperanzas. Papá cree que se está muriendo. ¿Lo está, mamá?

Su madre se sentó en el borde de la cama, con lágrimas derramándose por sus mejillas. Bethia respondió:

—No lo sé. Todos los días repaso mi cuaderno, el cuaderno de mamá, pienso en todas las enfermedades que he visto, pero no se me ocurre ninguna que me parezca correcta. Nada encaja.

—Seguramente debe haber similitudes con algunas enfermedades. Por favor, contadme las dos todo lo que habéis visto. Todos los cambios en él desde que ocurrió esto.

Parecía que su madre se había puesto en acción con esta tarea. Se irguió, se quitó las lágrimas de la cara y sonrió.

—Sí, buena idea, Jennet. Lo primero que le pasó después de caerse del caballo, además del dolor de la caída, fue la fiebre. A pesar de que yo le había dado la cataplasma y diferentes pócimas, seguía con fiebre alta.

—Sí, mamá —dijo Bethia—. Estaba ardiendo con la primera. Pareció durar unos dos días y luego mejoró. Me preocupaba que nunca saliera de la cama después de la primera fiebre, pero lo hizo.

—Sí, y salió al gran salón, comió, charló con la gente, pero luego volvió a enfermar. ¿Cuántos días después, Bethia?

—Creo que tres. Estaba bien y luego volvió a decaer. Y esta vez fue peor. No quería despertarse.

—¿Y cómo estaba su herida entonces?

Su madre suspiró, amasando constantemente sus manos.

—Estaba llena de líquido verde, así que se la limpié toda y se la volví a cubrir con cataplasma. Me gritó, pero lo conseguimos. Fue más o menos cuando envié al tío Logan a por ti. No sabía qué más hacer, pero él seguía preguntando por ti.

—Y después de que el tío Logan se fue, mejoró de nuevo. Luego se enfermó por un día, luego mejoró de nuevo. Su salud sube y baja, Jennet.

—La tía Jennie vino por un día, pero tuvo que regresar. Pensé que ella podría ver algo que yo pasé por alto, pero estuvo de acuerdo conmigo. No sabía qué más podíamos hacer, así que me dio un ungüento nuevo para probar. Parece que no ha funcionado.

La puerta se abrió de golpe e impactó contra la pared.

—Jennet, tienes que salir al gran salón. —La figura del tío Logan llenaba la puerta, con las manos cerradas en puños a los costados.

—Logan, estamos hablando de la enfermedad de Quade —dijo su madre, haciéndole señas para que volviera a salir.

—Podéis hablar de la enfermedad más tarde. Ven aquí o lo mato con mis propias manos.

Bethia miró a Jennet con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es esa persona? ¿Por qué no has dicho nada?

Jennet miró a su madre con resignación, preguntándose cómo explicar exactamente su presencia. Bethia la miró con una sonrisa.

—¿Quién es, Logan? —preguntó su madre.

Jennet sabía la respuesta.

—Ethan.

5

Ethan estaba de pie frente a la puerta de la recámara de curación. A todo el que se le acercaba, lo echaba. El único que se le había acercado después de llegar era Logan, pero, como era hermano de Quade, Ethan le había permitido entrar.

Por supuesto, Logan le habría dado una paliza si Ethan le hubiera negado la entrada.

Haciéndose pasar por portero, Ethan explicó a todos los demás que Jennet ya tenía bastante con lo que lidiar mientras su padre estaba enfermo y que no necesitaba que nadie la molestara.

Torrian dijo:

—Voy a entrar.

—Déjala en paz, si tienes alguna consideración por ella. Tiene una mente brillante que puede hacer frente a esta enfermedad, pero si la interrumpes, podrías arruinar su proceso —insistió Ethan.

—No voy a discutir contigo porque tienes sentido común, pero ¿quién eres tú? —dijo Torrian, cruzando los brazos frente a él—. Soy el laird aquí, así que me gustaría una explicación completa.

—Soy Ethan, el hermano de Marcas Matheson, y he venido para proteger a lady Jennet.

—¿*Lady* Jennet?

—Sí, ella es de sangre noble, así que te dirigirás a ella apropiadamente. —Ethan no se dejaría disuadir de su propósito.

—Es mi hermana. Le hablaré como quiera, pero no me dirigiré a ella como lady de nada. —Luego giró sobre sus talones y salió del gran salón, sacudiendo la cabeza todo el camino.

Ethan frunció el ceño, preguntándose cómo manejar esa situación. Reflexionó sobre el hecho de que seguía llamando a menudo jefe a su hermano, aunque ni Shaw ni Gisela lo hacían. Lo seguían llamando Marcas.

Tal vez tendría que cambiar de opinión al respecto.

Jennet salió de la recámara, con su tío justo detrás. Se detuvo frente a Ethan y murmuró a su tío:

—Hablaré con él a solas, por favor.

Su tío asintió y volvió a entrar. Dos mujeres salieron de la recámara.

Jennet dijo:

—Mamá, Bethia, este es Ethan Matheson, hermano menor de

Marcas. Ethan, esta es mi madre, Lady Brenna, y mi hermana, Lady Bethia.

—Saludos a ustedes, ladies. —Hizo una pequeña reverencia.

—¿Y por qué estás aquí, Ethan? —preguntó Bethia.

Las manos de Jennet se amasaron delante de ella, y él tuvo que preguntarse por qué estaba tan nerviosa. Afortunadamente, la única otra persona que les prestaba atención era Lily, y se acercó enseguida. Sin ninguna timidez, dio un paso al frente con impaciencia.

—Y yo me llamo Lily, su otra hermana. No hace falta que me llames lady. Mi marido sigue esperando que algún día empiece a comportarme como tal. —Soltó una risita, pero se detuvo rápidamente y se llevó las manos a la espalda.

Ethan se aclaró la garganta y dio un paso atrás, ya que Lily estaba demasiado cerca.

—Estoy aquí para proteger a Jennet. La acompañé en el viaje para asegurarme de que llegara sana y salva. La ayudaré en todo lo que pueda. —Asintió fuertemente con la cabeza.

Lily dijo:

—Es una causa admirable, pero creo que hay algo más. ¿Por qué ahora, y por qué Jennet?

Ethan explicó:

—Porque le he prometido a mi hermano, Shaw, que la seguiría.

—¿Por qué? —preguntó Lily, con los ojos brillantes de picardía.

—Lily —suplicó Jennet, pero su hermana solo le hizo un gesto despectivo con la mano.

—Estoy interesado en Jennet.

—¿Por qué? —insistió Lily.

—Porque Jennet es única. Es inteligente, reflexiva, compasiva, y la admiro por su mente.

Lily y Bethia se volvieron para mirar a Jennet mientras Lady Brenna apoyaba ambas manos sobre el hombro de Jennet. Miró a sus otras dos hijas, aunque Ethan no sabía por qué. Luego dijo:

—Bienvenido al castillo Ramsay, Ethan. Pareces entender bien a mi hija, y te diré que eres muy certero. Ella es realmente única. ¿Te gustaría comer algo? Tenemos pasteles de carne disponibles, y estoy segura de que Lily estará encantada de traerte uno. Si la sigues, te dará dos si quieres.

Ethan asintió a Lily y dijo:

—Se lo agradecería. Tengo hambre.

Lily le hizo un gesto, pero él se negó a marcharse.

—Debo quedarme cerca de Jennet.

Lily se rio y dijo:

—¡Claro que debes! Volveré enseguida.

Luego se volvió para hacer la pregunta apropiada.

—¿Cómo está tu padre, Jennet? ¿Has determinado ya lo que le aqueja?

—Apenas lo he examinado, Ethan. Habló conmigo y luego volvió a dormirse. Necesito hablar con todos para determinar cuál es su problema. Lleva tiempo, y acabamos de llegar.

—¿Sabe tu madre que tú, Brigid y Tara habéis encontrado el origen de nuestra enfermedad? Habéis salvado a nuestro clan.

Jennet parecía avergonzada por sus cumplidos, así que decidió no decir nada más. Cómo deseaba que uno de sus hermanos estuviera aquí para decirle qué hacer. Ethan se sentía como un pez tirado en la orilla del estuario intentando encontrar el camino de vuelta al agua, pero lo único que quería era ayudarla. Si Jennet podía resolver el problema de la enfermedad de su padre, entonces él podría acompañarla de vuelta a Black Isle.

¿Podría ella trabajar tan rápido como lo habían hecho en la tierra Matheson? Pero cuando pensó en lo que había pasado en Black Isle, se dio cuenta de que había tardado al menos siete días. Sin duda, él tendría que ser paciente.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte a descubrir el problema con prontitud?

—¿Sinceramente, Ethan? Tienes que dejarme en paz.

Devastado por su comentario, Ethan hizo lo único que se le ocurrió. Giró sobre sus talones y se marchó.

—No, Ethan —le dijo ella—. Mis disculpas.

Oyó su voz a sus espaldas, pero supuso que estaba molesta con él. Esa era una habilidad que había aprendido de más joven. En lugar de quedarse hasta que alguien perdía la paciencia y le gritaba, descubrió que era mejor marcharse. Podría hablar con ella mañana.

Afortunadamente, la tía de Jennet llegó a hablar con él, la tía con la que estaba más familiarizado. Ella se había quedado en Black Isle con Brigid durante bastante tiempo. Gwyneth se dirigió a él, deteniéndose a una cómoda distancia.

—Ethan, ¿te gustaría aprender a disparar un arco y una flecha? Sé que el objetivo de Marcas era que más de vosotros os formarais como arqueros. Tenemos un hermoso campo de tiro con arco aquí, si estás interesado. Tenemos cerca de una hora de luz, así que podría enseñarte lo básico. Luego podrás practicar cuando quieras.

Logan se acercó a él y le dijo:

—Tienes una oferta de la mejor arquera de toda la tierra. ¿Necesitas pensarlo? ¡Ve a aprender de ella! Te mantendrá alejado de Jennet.

Ethan miró a Logan y estuvo de acuerdo en que parecía una buena manera de pasar el tiempo. Lo había intentado un poco con Gavin y Merewen en la tierra Matheson, pero aún no había aprendido lo

suficiente.

Logan continuó:

—Seguro que recuerdas que las tres muchachas tardaron un rato en deshacer tu maldición, ¿verdad? No es un trabajo que se haga rápido. Requiere mucho pensamiento y consideración. Si sabes algo de Jennet, necesita pensar por su cuenta.

Gwyneth añadió:

—Como tú, Ethan. Algunas personas piensan mejor cuando están solas y en silencio, mientras que otras prefieren el ruido.

Logan añadió:

—Ella necesita toda la mañana y el día siguiente para trabajar en esto, así que necesitarás algo que te mantenga ocupado. Aprende el tiro con arco. Supongo que se te dará bastante bien. —Estuvo a punto de estrujar el hombro de Ethan, pero una mirada de Gwyneth detuvo su mano a tiempo. Ellos lo entendían.

—¿Por qué crees que seré bueno en eso?

—Porque el tiro con arco requiere mucha concentración. Tú tienes la habilidad para hacerlo. Yo seguramente no puedo. La experta aquí te enseñará.

Miró a Jennet, quien dio unos pasos hacia él y asintió.

—Él tiene razón, Ethan. Serás un buen arquero.

Pensó un momento, luego se volvió hacia Jennet y dijo:

—Como siempre, estoy a tu servicio, Jennet. Haré lo que sugieren tus tíos e iré al campo de tiro con arco con tu tía, pero si me necesitas, volveré enseguida.

Lily salió de la cocina y se acercó corriendo con dos pasteles de carne envueltos en lino.

—Ten. Llévatelos. Seguro que la tía Gwyneth te enseñará lo que necesitas saber.

Le dio las gracias a Lily y siguió a Gwyneth hasta la puerta. Ignoró las miradas que recibió, pero no pasó por alto el último comentario.

Logan gritó:

—¡Te amo, Gwynie! Muchas gracias.

Gwyneth miró hacia atrás por encima del hombro y dijo:

—Me lo debes.

Logan soltó una risita y dijo:

—Estoy impaciente. Ya estoy planeando algo para tu dulce culo.

Gwyneth resopló.

Ethan no tenía ni idea de lo que querían decir.

Bethia apoyó la mano en el hombro de Jennet y dijo:

—Creo que necesitas descansar. Ya casi es de noche, así que no te

preocupes por Ethan. La tía Gwyneth le echará un ojo. Podemos charlar un poco más, pero tienes que acostarte pronto. Tendrás todo el día de mañana para hablar con mamá. Cuando las dos tengáis la oportunidad de volver a hablar con pa, empezaréis a pensar en posibilidades.

Jennet sabía que Bethia tenía razón.

—Pero, ¿te gusta Ethan? —preguntó su hermana, con los ojos de su madre observándola.

—Sí me gusta. No esperaba que me siguiera, así que eso ha sido todo un reto. Y solo como advertencia, a Ethan no le gusta que lo toquen, así que debemos advertir a Lily. Pero el interés entre nosotros no ha hecho más que empezar. Yo no habría querido que me acompañara, pero él no se habría dejado disuadir. Tengo demasiadas tareas importantes aquí como para preocuparme de que Ethan se lleve bien con todos.

Bethia dijo:

—Me gusta para ti. Creo que su mente es tan rápida como la tuya. Brigid y tú siempre habéis estado muy unidas, así que debe de haber sido duro perderla por Marcas. Apuesto a que Ethan también lucha con todos los cambios en su clan. Perder a sus padres y a tantos otros debió haber sido difícil.

—Tienes razón, Bethia. Seré más considerada. —Ella había olvidado que él había perdido no solo a su hermano con Brigid, sino a tantos otros en su clan además de sus padres.

Su madre dijo:

—A veces no puedes pensar con claridad si no han descansado bien.

—Y mamá, tienes que seguir tu propio consejo —dijo Bethia, estrujando el hombro de su madre—. Ven, le he dicho a Donnan que me quedaría aquí esta noche cuando supe que Jennet había llegado. Él cuidará de los niños mientras yo no esté. —Se volvió hacia Jennet y le dijo—: Dormiré en la cama de Brigid y podremos charlar como en los viejos tiempos.

—Eso me gustaría, Bethia. —Jennet adoraba a Bethia. Tenía la sabiduría de muchos hombres, pero su naturaleza compasiva era inusual. Era una de las pocas que podía ayudar a Jennet a relajarse de verdad. Estar cerca de Bethia toda la noche sería maravilloso.

Y tenía toda la razón. Perder a Brigid por causa de Marcas había enviado a Jennet a una cueva oscura sin una salida clara, algo que no había reconocido durante unos días. Había sido Tara, aproximadamente siete días después de su boda, quien le había dicho:

—¿Sientes que ella te ha abandonado?

Ese comentario había sido como una dura bofetada, pero también había aclarado muchos de sus sentimientos. En efecto, se sentía

abandonada. Descuidada, abandonada, sin amor. Habían sido inseparables desde que tenía memoria.

—Mamá, a la cama —le dijo Bethia, girando a su madre hacia la habitación de su padre.

—Me iré. Estoy agotada. Si sé que cuidas de Jennet, dormiré mejor. —Le dio un abrazo rápido a Jennet y le dijo—: Te agradezco que estés aquí. Curaremos a papá. Ahora estoy segura. —Luego entró, se asomó a la puerta y les lanzó un beso.

Bethia dijo:

—Prometo cuidarla muy bien.

—Lo sé. Tengo la suerte de tener unas hijas maravillosas —dijo mamá, cerrando por fin la puerta.

—Está agotada —explicó Bethia—. Solo necesita dormir bien. Ven, buscaremos una buena botella de vino y subiremos a nuestra habitación. Seguro que tienes cosas que te gustaría acomodar. ¿Dónde has dejado tu bolsa?

Jennet hizo memoria de su llegada y notó que no había pensado en sus pertenencias, incluido su burjaca de sanadora. Había traído dos bolsas, como siempre, pero tenía tanta prisa por ver a su padre que lo había olvidado.

Lily estaba sentada junto a la chimenea con las gemelas, Lise y Liliana, quienes ahora tenían nueve veranos.

—Ethan ha traído tus cosas y las ha dejado cerca de la escalera.

Las gemelas se precipitaron hacia Jennet y hablaron apresuradamente, terminando los pensamientos de la otra de una manera muy inusual.

Lise empezó:

—Tía Jennet, ¿podrás…?

Liliana añadió:

—¿…curar al abuelo? Sin duda, lo…

Lise terminó:

—…echamos de menos.

Las dos cabezas doradas se balanceaban a menudo al unísono. Eran exactamente iguales y nunca se separaban. Jennet comparaba a menudo sus primeros años de vida con los de ellas porque Brigid y ella habían tenido una sincronía parecida. Habían seguido a su madre a todas partes en sus años de infancia y, cuando estaba ocupada, se dedicaban a curar a todo el que encontraban.

Y el evento favorito de ambas era cuando Tara venía de visita y jugaba a curarlas.

Ahora todo era diferente, y sentía que había sucedido sin que ella se diera cuenta. Y era algo más que la boda de Brigid. Ahora ellas eran las sanadoras, de quienes todos dependían para arreglar las cosas.

Incluso su padre. ¿Estaba preparada para la responsabilidad que

eso conllevaba?

Jennet se arrodilló ante sus dos queridas sobrinas y les dijo:

—Lo curaremos. Puede llevar un tiempo, pero el abuelo estará de nuevo en el gran salón. —ella tenía que… él tenía que estar aquí para su boda.

¿De dónde había salido ese pensamiento? ¿Qué boda?

Jennet se puso de pie y dijo:

—Hablaremos mañana, pequeñas. Estoy muy cansada, así que me voy a la cama.

Lise dijo:

—Dulces sueños, tía…

Liliana añadió:

—…Jennet. Estaremos esperando.

Cogió sus bolsas, agradecida por la consideración de Ethan, y subió las escaleras. Bethia la seguía con la botella de vino y dos copas.

Una vez dentro, dejó las bolsas en el suelo y vació una en el cofre, el que había usado durante años, pero dejó la bolsa de sanadora preparada. La tenía siempre a la mano, e incluso guardaba un atuendo extra en su interior.

Cuando terminó, se dejó caer en la cama con un suspiro antes de volver a levantarse para ponerse el camisón.

—Estoy cansada, Bethia. Voy a sentarme en la cama para tomar una copa de vino y luego me voy a dormir.

—Creo que es una buena idea. Pero antes de dormir, me gustaría que me hablaras de Ethan. Nunca te habías interesado por un hombre. ¿Qué ha cambiado? ¿Es por Brigid? ¿O Black Isle? ¿O tal vez no estás interesada en él y deseas librarte de su presencia? ¿Es demasiado persistente?

Dios mío, ¿por dónde iba a empezar? Jennet levantó la palma de la mano para detener a su hermana.

—Demasiadas preguntas. Haré lo posible por explicarte, pero también tengo muchas preguntas para ti.

—Responderé si puedo.

Jennet ordenó sus pensamientos y sus muchas preguntas antes de empezar. Ya fuera por su experiencia de vida o por simple intuición, Jennet consideraba a Bethia una experta a la hora de dar consejos sobre temas femeninos, por lo que necesitaba aprovechar el hecho de tener a Bethia para ella sola.

—Nunca me había interesado por ningún hombre antes de Ethan. No estoy segura de si lo estoy ahora, pero creo que sí. Esto es demasiado nuevo para mí. Echo de menos a Brigid, y supongo que estoy un poco celosa de su felicidad. Podría haber sido el misticismo que sentíamos en Black Isle, pero creo que era sobre todo porque todas estábamos lejos de casa.

—¿Porque no teníais padres cerca? —preguntó, tendiéndole una copa a Jennet antes de acomodarse encima de la otra cama donde solía dormir Brigid.

—Sí, seguramente es parte de ello. O hermanos y hermanas que nos cuidaran. Era bastante liberador. Debido a la enfermedad, éramos un grupo reducido de personas, por lo que creo que nos hicimos más amigos. Me agrada Ethan porque es único y porque me mira como si yo fuera especial. Ve las cosas como yo. Es organizado, le gustan los números, cree en los hechos, no en historias o cuentos.

—¿Crees que es apuesto?

Suspiró antes de poder contenerse y Bethia soltó una risita.

—Lo crees.

—Supongo que sí. Es extraño porque sé que siempre me protegerá, estará a mi lado, me ayudará si lo necesito. A solas, tenemos buenas conversaciones. Vino porque su hermano le sugirió que me persiguiera, y para él eso significaba que tenía que empezar a seguirme, creo. A veces se toma todo demasiado en serio, pero no se dejó disuadir una vez que tomó la decisión.

—Suena como alguien que conozco…

—Cierto, pero hay un grave problema. A Ethan no le gusta que lo toquen. —Jennet dio un trago rápido a su vino y luego estudió a su hermana para ver cómo reaccionaba. Por extraño que pareciera, no reaccionó visiblemente.

—¿Le has preguntado al respecto?

—No. ¿Qué le diría? Creo que sería muy incómodo hablar de algo así. —Jennet tomó otro trago de vino.

—Puede ser que no le guste ser tocado por extraños, o cuando otros están mirando. Puede que quiera tocarte. ¿Alguna vez lo has visto tocar a alguien?

Jennet se lo pensó un momento porque era un buen argumento. Había notado que tocaba a algunas personas. ¿A quién?

—Tienes razón. Toca a su familia. A los pequeños, Kara y Tiernay, a menudo. Y a Gisela. Y a menudo he visto a Marcas estrujar su hombro, y nunca se ha apartado.

—Eso es bueno, pero también me dice algo. Es cercano a su familia y se siente lo bastante cómodo como para confiar en ellos. Pero eso también me dice otra cosa.

Jennet frunció el ceño.

—¿Qué? —Se llevó la mano a la boca en un intento de ahogar un bostezo.

—Que algo ocurrió en el pasado de Ethan. Algo que lo hizo desconfiar de la gente que toca.

—¿Qué significa eso?

—Significa que debes tener cuidado al hablar de ello con él, pero

también son buenas noticias. Si le interesas, si confía en ti, puede aprender a disfrutar de tus caricias, pero debes hacerlo con cuidado y despacio.

Podía hacerlo con cuidado. La lentitud, sin embargo, no solía formar parte de su manera de hacer las cosas. Le gustaba trabajar con rapidez y eficacia. Lento, para ella, sugería ineptitud. Pero tal vez podía entender que el cuidado y la lentitud debían ir de la mano.

—Jennet —dijo Bethia de un modo que le hizo preguntarse qué vendría a continuación—. Sé que entiendes lo que ocurre entre hombres y mujeres porque eres sanadora y atiendes partos. Eres lo bastante mayor como para haber escuchado todas las charlas entre las sirvientas en las cocinas e incluso entre los mozos de cuadra. Pero, ¿realmente lo entiendes todo?

Jennet volvió a sonrojarse, furiosa consigo misma por mostrar su debilidad, pero este tema la incomodaba enormemente.

Bethia se acercó para que estuvieran frente a frente, sentadas con las piernas cruzadas en la base de la cama de Jennet.

Era justo como solía hacer Brigid. Jennet levantó la mirada para ver qué decía su hermana a continuación, esperando que dijera algo, lo que fuera, porque no tenía ni idea de qué decir.

—¿Brigid y tú habéis hablado de su vida de casada?

Ese tema hizo que sus ojos se empañaran de forma totalmente inesperada. ¿Cómo había adivinado Bethia lo que tanto la había molestado?

—Ah, no lo hizo, ¿verdad?

—Hizo algunos comentarios vagos sobre disfrutarlo, pero la oí hablar con Sorcha, Maggie y Gisela y fue mucho más explícita… ¡con todas menos conmigo! Es mi prima. Siempre fue mi mejor amiga. ¿Por qué no me contaría todo lo que había sucedido? —Sabía que sus palabras estaban saliendo de forma precipitada, pero no le importaba. Se lo había guardado demasiado tiempo—. He escuchado diferentes cosas, y nadie me dirá lo que realmente significan.

La voz de Bethia era suave pero persistente.

—Dime qué.

—Como lamerme la protuberancia y montarlo a él con fuerza y meterles algo en la boca y hacer gritar a sus maridos y cómo gritaban y chupaban… chupaban todo. Yo solo entiendo chupar cuando los niños maman del pecho de su madre. ¿De qué están hablando? Me siento tan tonta. —Finalmente, estallaron las lágrimas. No solo estaba frustrada por su falta de comprensión. Se limpió los ojos con furia, con la parte superior del brazo arrojando sus fluidos corporales por todas partes—. Y fluidos. ¿Qué pasa con todos los fluidos? —Avergonzada, intentó ocultar las verdaderas razones de sus lágrimas, y ni siquiera pudo mirar a su querida hermana a la cara.

—Jennet —dijo su hermana, inclinándose hacia adelante y frotándole la rodilla—. Esto no se trata solo de relaciones entre dos personas. Esa parte es fácil. Puedo explicarte todo eso, y prometo hacerlo, pero recuerda siempre que hablan de placer. Del placer que se puede encontrar en el lecho conyugal. Cuando una pareja empieza a estar junta, está experimentando. Intentando cosas diferentes para ver qué le produce placer al otro. Y en una relación amorosa, si no se desea hacer algo, se dice no y se respeta al otro. Podemos hablar de cosas concretas más tarde, pero creo que tus lágrimas reflejan algo más que eso.

A Jennet se le saltaron las lágrimas como si estuviera de pie en lo alto de una cascada en medio de una tormenta primaveral.

—Creo que se debe a muchas cosas. Echas de menos a Brigid. Echabas de menos tu hogar, estás preocupada por tu padre, por tu madre, por la responsabilidad que tienes ahora que eres una sanadora adulta. ¿Tengo razón sobre alguna de ellas?

Ella sollozó y asintió. ¿Cómo podía Bethia conocerla tan bien?

—¿Cuáles?

Ella asintió, frotándose la humedad de las mejillas.

—Todas.

—Y estás confundida con Ethan. Cariño, esa es la mejor parte del amor. Estar confundida y emocionada y asustada y todas esas cosas.

—¿Lo es? Pero no estoy enamorada de él.

—Aún no lo sabes con seguridad. Esa es la primera parte, estar confundida, pero no dejes que te frene. Conócelo mejor. Pero creo que la razón principal por la que lloras es por otra cosa.

—¿Qué?

—Estás agotada. Te prometo que te diré lo que significa todo eso mañana, pero ahora mismo, voy a coger tu copa de vino y dejar que te recuestes y te acomodes. Necesitas dormir. Viajar es muy cansado. Si deseas ayudar a papá, necesitas estar bien descansada. Tu mente brillante no te fallará.

Jennet no podía discutir con su hermana, así que le entregó su copa y se recostó.

—¿Podrías decirme qué significan algunas de esas cosas antes de que me duerma?

—De acuerdo. Permíteme meterme en la cama y te lo explicaré todo, si puedo.

Jennet se recostó, subiéndose las pieles hasta la barbilla y poniéndose de lado para mirar a su querida hermana.

—Montarlo fuerte. Cuéntamelo.

—Es lo mejor de todo. Sabes que la mayoría de las veces lo hacemos cara a cara, a diferencia de los animales. Así que normalmente lo hacemos con el hombre encima, como prefieren la

mayoría de los hombres, pero la mejor forma de que una mujer alcance el clímax es estar encima del hombre, y maniobrar todo como a ella le gusta. Hacer el amor a menudo se vuelve frenético, furioso y terriblemente sudoroso, y la mejor manera de llegar rápidamente al clímax es montarlo con fuerza. Eso solo significa que la mujer está encima.

Jennet susurró:

—¿Te gusta montar duro a Donnan?

—Siempre que puedo —respondió Bethia con una sonrisa.

Jennet sonrió y cerró los ojos. No volvió a oír una palabra de su hermana porque su mente se detuvo en un hombre moreno de ojos grises.

—¿Sabes qué suena mejor? —susurró Jennet.

—¿Qué?

—Creo que estar encima significa que la mujer tiene el control. Me gusta cómo suena eso.

Bethia soltó una risita.

—Te gustará aún más la sensación.

6

Ethan hizo exactamente lo que le dijeron. Insertó la primera flecha y voló lejos del objetivo. Había estado a punto de admitir que Gavin había trabajado un poco con él, pero después de ese fallo, cambió rápidamente de opinión.

—Esa fue tu primera, Ethan. No desesperes. Te aferraste a ella y, aunque fallaste, no ha sido por mucho —dijo Gwyneth, poniéndose a su lado—. Inténtalo de nuevo.

Ethan hizo lo que ella le sugería y volvió a apuntar. Esta vez dio justo en la parte superior del objetivo. Rebotó fuera, pero fue un acierto.

—Buen trabajo. Seguro que ya lo habías intentado.

—Disparé un par de veces con Gavin cuando él nos enseñaba a varios, pero fue muy difícil por el número de tiradores. ¿Puedo disparar otra vez?

—Puedes disparar todas las que quieras. Debes encontrar todas tus flechas y devolverlas a la cesta, siempre que no estén rotas. Guardamos las plumas; así que, si rompes alguna, por favor, devuelve las plumas de ganso a la cesta de las plumas. —Gwyneth se cruzó de brazos y observó sus dos siguientes disparos—. Gira tu postura, Ethan. —En lugar de tocarlo, se lo mostró con su propio cuerpo, cosa que él agradeció—. Ponte así y levanta el brazo así. Tu agarre podría mejorar. —Abrió la palma de la mano y señaló los pliegues del centro de la mano—. ¿Ves estas líneas? Aquí es donde debes coger el arco. Es mucho más fácil.

Ethan estaba impresionado con sus enseñanzas. Sus instrucciones eran específicas, mucho más que las de Gavin. Supuso que se debía a su experiencia. Prefería los pasos concretos a los comentarios generales, y se le daba bien emular a un maestro experto. Siguió sus instrucciones, imitando su postura y colocando la empuñadura como ella sugería. Luego disparó una flecha.

—¡Buen trabajo, Ethan! Has dado en el blanco. Todavía no has dado en el centro, pero has dado en el blanco. Sigue practicando. Voy a volver a la torre, pero por favor quédate todo el tiempo que puedas. La luz se irá en una hora, pero haz lo que te haga sentir cómodo. Creo que podrías ser un excelente arquero.

Hizo lo posible por no sonrojarse por este elogio, pero se sintió complacido y dijo:

—Mi agradecimiento.

No estuvo allí mucho tiempo hasta que llegaron otros dos hombres, uno de ellos con un muchacho de unos siete veranos. El mayor de los dos hombres se le acercó rápidamente.

—No te hemos visto antes en tierras Ramsay. ¿Cómo te llamas?

El otro hombre lo miró fijamente, entrecerrando la mirada.

—¿No te hemos visto en la boda? ¿Eres pariente de Marcas Matheson?

—Soy su hermano, y he venido con Jennet. —No iba a dar más información que la que le pedían. Tampoco conocía a estos hombres —. ¿Y vosotros sois?

—Soy el marido de Bethia, Donnan. Este es nuestro hijo Drystan, y el marido de Molly, Tormod. Estás familiarizado con la familia de Jennet entonces, supongo. Bethia es su hermana mayor. Lily es su media hermana. Molly es su prima.

—Saludos a todos. Estoy aquí para aprender y practicar tiro con arco mientras Jennet trabaja para averiguar la causa de la enfermedad de su padre.

Drystan preguntó inocentemente a su padre:

—¿Este es el hombre que has dicho que es diferente, papá? ¿El hombre que era inteligente como Jennet?

Donnan calló a su hijo y luego miró a Ethan.

—Mis disculpas por mi hijo. Solo tiene siete veranos.

—No me ofendo. Soy consciente de cómo me ven los demás. Los veo a todos diferentes, pero estoy familiarizado con los términos que otros han usado para mí. No os molestaré y seguiré con mi práctica, si no os importa. —No necesitaba conversar con esta gente a la que probablemente no volvería a ver una vez que abandonara la tierra Ramsay.

Donnan se volvió hacia Tormod y le dijo:

—Trabaja con Drystan unos momentos, ¿quieres? Me gustaría hablar con Ethan a solas.

Tormod llevó a Drystan a otra zona donde no interferirían en su conversación.

—¿He hecho algo mal, Donnan? —preguntó Ethan. Solo había hecho lo que Gwyneth le había sugerido.

—No, solo deseaba charlar, si no te importa. Aunque Bethia y Jennet adoran a su hermanastra, su vínculo es muy fuerte, así que deseo conocer al hombre que se cree lo bastante bueno para nuestra queridísima Jennet.

Ethan dejó su arco para prestar toda su atención a Donnan.

—¿Puedo preguntar por qué dudas de mí?

Donnan se cruzó de brazos, frunció el ceño y luego dijo:

—Estoy seguro de que eres consciente de lo brillante que es

Jennet, pero…

—Soy plenamente consciente de su inteligencia y sus habilidades. Tenemos mucho en común en ese sentido. Yo también me considero inteligente. Esas y otras razones me han ayudado a decidirme a perseguir a Jennet.

—No debería ser la única razón. ¿Has conocido a Bethia?

—Sí, brevemente, en la boda en Black Isle. —Sí que recordaba a la hermosa mujer porque Jennet estaba fascinada con ella. También pudo ver el parecido entre las dos. Sus huesos faciales eran casi iguales, pero su color era diferente. Jennet tenía los mismos ojos marrones, pero su pelo era más dorado que el de Bethia.

—Bethia es tan brillante como Jennet, pero centra su talento en los animales. Nunca conocerás a otra mujer tan amable y brillante como mi esposa. Jennet tiene el potencial para ser igual, pero es joven. Me preocuparía que un hombre persiguiera a Jennet solo por su mente, porque hay mucho más en ella.

—¿Qué otras razones habría? —Ethan estaba más confundido que nunca. No le impresionaban las apariencias, como a muchos hombres, y desde luego no juzgaba a una muchacha por sus curvas, un comentario que oía a menudo de otros guerreros.

—¿No te importa su aspecto? —Donnan esbozó una pequeña sonrisa con su pregunta.

—El aspecto de Jennet es suficientemente agradable.

—Lo he reconsiderado. Puede que seas exactamente lo que ella necesita, Ethan. Así que, por favor, dime cómo deseas perseguirla. ¿Cuáles son exactamente tus planes al seguirla a su tierra natal? ¿Planeas robar una novia?

A Ethan le sorprendió la sugerencia.

—No, yo no haría tal cosa. Mi hermano me dijo que, si estaba interesado en Jennet, que lo estoy, tenía que pasar más tiempo con ella. Es lo que estoy haciendo.

Donnan lo miró fijamente durante un largo rato y luego dijo:

—Creo que podríais hacer una buena pareja. Pero, por favor, ten cuidado con sus delicados sentimientos, Ethan, o iré a por ti.

—Jennet no tiene sentimientos delicados.

Donnan se paseó en un pequeño círculo, riendo un poco, algo que Ethan no fue capaz de interpretar.

—Te equivocas. Tiene sentimientos delicados. Igual que tú.

—No, no los tengo.

Donnan se detuvo frente a él.

—¿No echas de menos a tus padres?

Había dicho lo único que Ethan no podía discutir. Pero todo el mundo echaría de menos a sus padres. No era indicativo de sentimientos.

—Eso no significa nada para mí.
—¿La muerte de tus padres?
—No, me refería a que echar de menos a mis padres no significa que tenga sentimientos.
Donnan arrastró las botas por la tierra y la estudió un momento.
—Sí significa eso, Ethan. Tienes sentimientos, y Jennet también. Por alguna razón, los dos habéis aprendido a ocultar vuestros sentimientos. Esa cualidad no siempre os sirve. Tienes sentimientos delicados y Jennet también. Está muy molesta por la enfermedad de su padre, y si no puede ayudar a curarlo, estará inconsolable. ¿Entiendes eso, Ethan? ¿Puedes pensar cómo podrías ayudarla si eso sucede? Porque si puedes resolver eso, creo que vosotros dos podríais encajar bien el uno con el otro.
Él no lo sabía. No tenía ni idea, de hecho. Nada podría traer de vuelta a los padres de uno, así que ¿cómo podría ayudar en algo?
—No lo sé.
—Déjame sugerirte algunas cosas y no te molestaré más. —Se acercó y preguntó—: ¿Considerarás mis palabras?
—Sí, escucharé y consideraré tu consejo, aunque lo consideraría mejor si fueras uno de mis hermanos.
—Me parece justo —respondió Donnan—. Esto es lo que yo sugeriría, porque funciona bien con su hermana, algo que tus hermanos no sabrían. Puedes escucharla cuando esté molesta, escucharla e intentar razonar sobre la enfermedad; pero, sobre todo, hay una cosa que la ayudará más que cualquier otra cosa.
—¿Qué cosa?
—Abrazarla. Si abrazas a una mujer y le permites llorar, aliviará su carga mucho más rápido que de cualquier otra forma.
Ethan tragó duro, eso no le gustaba nada. Podía escuchar a Jennet con bastante facilidad. Le gustaba su mente fuerte y su capacidad de razonar. Pero abrazarla y tocarla era algo completamente distinto. Por supuesto, Donnan no sabía cómo se sentía, no sabía que Ethan se sentía incómodo tocando a los demás, a las mujeres en particular.
—Lo harás bien, Ethan, si recuerdas eso y la ayudas cuando lo necesite. —Donnan sonrió y se alejó, luego le ofreció por encima del hombro—: Y no tengas miedo de abrazarla.
Ethan se sentía condenado al fracaso simplemente porque tenía miedo de abrazarla. Era algo para lo que no estaba preparado, y quizá nunca podría hacerlo. La tarea que tenía ante sí le parecía insuperable y temía dejar que Jennet se le escapara.
Tal vez había llegado el momento de marcharse. Perseguir a Jennet había resultado ser más complicado y exigente de lo que había imaginado. Donnan se lo había explicado muy claramente y, después de todo, estaba casado con la hermana de Jennet. Él sabría

exactamente lo que Jennet necesitaba.

Él no podía abrazarla, y ella lo necesitaría si perdía a su padre.

Necesitaba replantearse su plan. Jennet tenía mucho que hacer y no tenía mucho tiempo para estar con él. Ella pasaría su tiempo con su familia, y especialmente con su padre. Él no sería de ninguna ayuda y, de hecho, probablemente estorbaría.

Y no había manera de que pudiera abrazarla cuando empezara a llorar.

Practicaría algunas flechas más, dormiría en los establos durante la noche y se iría al día siguiente. Cuando Jennet regresara a Black Isle, consideraría perseguirla de nuevo.

Pasara lo que pasara, había aprendido algo que no podía negar. Si existía algo llamado amor, suponía que era lo que sentía por ella. Cuanto más estaba con ella, más la admiraba. Todo en ella le parecía dulce: su aroma, su mente, su suave corazón de sanadora. Pero necesitaba tiempo para prepararse para ser todo lo que ella necesitaba que fuera.

Hablar con Donnan le había ayudado a determinar un hecho importante. Tenía que prepararse para este viaje con Jennet.

Este era un buen plan. La perseguiría de regreso en Black Isle cuando estuviera mejor preparado.

7

Jennet se despertó, con la mente más clara que nunca. Bethia se había ido más temprano, diciéndole a Jennet que volvería después de ver cómo estaban Donnan y los niños. Molly y Tormod se estaban quedando para ayudar a Donnan, aunque Jennet sospechaba que también era una oportunidad para que los dos se aventuraran en el puesto de lavado especial de Donnan. Había montado un sistema para que el agua de lluvia se acumulara en una palangana y se calentara con el sol. Con un tirón, el agua caía sobre la pareja, lavándoles el pelo con facilidad mientras el agua caía en un desagüe especial que Donnan había montado.

A Molly le encantaba.

Jennet terminó sus abluciones y se dirigió al gran salón. Se alegró de encontrar a su madre sentada en una de las mesas con Lily y Torrian.

—¿Has dormido bien, hija?

—Sí, muy bien. Y creo que sé lo que debemos hacer hoy, mamá. Tenemos que centrarnos en su serie de fiebres.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó su madre mientras dejaba sus utensilios y prestaba toda su atención a Jennet.

—Primero, quiero charlar con él, sobre todo porque sospecho que estará más alerta esta mañana y podrá responder mejor a mis preguntas. Pero creo que tenemos que volver a frotar su herida, especialmente si vemos algo de supuración blanca o verde cerca de ella.

—No he visto ningún líquido verde desde que la lavé la primera vez. Solo es blanco. Pero lo he hecho en tres ocasiones con poca o ninguna mejoría. No veo que esta práctica le vaya a servir de nada, Jennet. —Su madre doblaba y volvía a doblar un pañuelo de lino, completamente ajena a la tarea. Era uno de sus hábitos nerviosos que se apoderaba de ella cuando su mente estaba intranquila—. Debe estar pasando algo más dentro de su cuerpo. Pero no sé qué puede ser. Por favor, ayúdame a considerar todas las posibilidades. Y frotar esa zona de su herida es muy doloroso para tu padre. Por favor, recuérdalo.

Jennet se sentó junto a su madre y estrujó su mano dentro de la suya.

—Mamá, ¿por qué no hablamos con él y vemos si ha mejorado primero? Me gustaría tener la oportunidad de volver a hacerle

preguntas ahora que estoy más despierta. Anoche estaba muy cansada.

Los ojos de su madre se empañaron y sacudió la cabeza, mirando fijamente su regazo.

—Puedes hacer todas tus preguntas, pero él no está mejor. Me di cuenta de que le había vuelto la fiebre cuando me desperté. Le cubrí y me fui. No sé cuánto podrá hablar contigo.

Torrian dijo:

—Brenna, ¿por qué no intentas lo que sugiere Jennet? Habla con él primero. Hazle saber que planeas limpiarlo de nuevo porque Jennet cree que es lo correcto. Si ella limpia la herida, puede que se le ocurra algo que tú has pasado por alto. Deja que ella lo vea. Aunque no entiendo de curación, sospecharía que mirar la herida podría ayudarla a descubrir el problema.

Lily añadió:

—Sí, mamá. Por favor, déjala hacer lo que desee.

Las gemelas se incorporaron. Lise dijo:

—Sí, abuela.

—Confía en Jennet. Nosotras…

—Confiamos. Es una buena…

—…sanadora —Lilian terminó los pensamientos de su gemela, como solían hacer.

Su madre sonrió a las gemelas y asintió levemente con la cabeza. Su mirada iba de un miembro de la familia a otro. Nadie dijo nada mientras ella pensaba en todo lo que había pasado.

Como Lilias, la mujer de Quade, había fallecido poco después del nacimiento de Lily, esta no la recordaba y siempre había llamado «mamá» a Brenna. Fue Torrian, cuatro veranos mayor que su hermana, quien había convencido a Quade de que era correcto permitir esto a Lily porque solo tenía tres veranos y no tenía a nadie a quien llamar mamá. Torrian sí recordaba muy bien a su madre, así que no había utilizado ese término para Brenna.

Pero su madre los amaba a cada uno por igual. A Bethia la había visto la noche pasada, y el único que faltaba era Gregor, quien estaba con Linet porque estaba teniendo problemas con la gestación de su primer bebé.

Finalmente, ella se frotó los ojos y dijo:

—Estoy de acuerdo. Primero come un poco de avena y luego podemos entrar, Jennet. No permitiré que te muevas hasta que hayas comido. Y creo que la cocinera tiene algunos deliciosos pasteles de fruta para nosotros esta mañana. Bayas, si no me equivoco.

Jennet y Brigid siempre habían adorado sus tartas de frutas.

Una criada le sirvió gachas de avena junto con una bandeja de tartas de fruta. Seguramente a Brigid le habría encantado tener esa bandeja.

Lo había vuelto a hacer. Casi todos sus pensamientos parecían volver a su querida prima. La muchacha que siempre había estado a su lado. Y ahora se había ido. Lo más difícil era que Brigid no parecía extrañarla como Jennet extrañaba a Brigid.

Hubo momentos en que la gente pensó que no sentía nada por los demás porque se basaba en la verdad y la razón por encima de la emoción y el apego. La llamaron rara cuando se interesó por la cirugía de animales, aunque nunca le molestó ver sangre. Otras veces la habían mirado como si fuera una criatura extraña, sobre todo cuando su mente había hecho cosas que nadie más podía comprender.

Tallaba letras en la base de los árboles para que su tío pudiera rastrearlas. Había utilizado este método para dejar un mensaje a sus tíos, ambos expertos rastreadores, y decirles en qué dirección se dirigían. Tallar la letra «N» de norte los había ayudado a alcanzar a sus captores.

Había convencido a Bearchun de que ella era una bruja utilizando los conocimientos que había adquirido de su madre. Le dijo en secreto que, seguramente, él se desmayaría al ver sangre. Sabiendo que lo haría, Jennet esperó a tener la atención de todos los villanos y los maldijo a todos, empezando por Bearchun. Lo maldijo en voz alta justo antes de cortarse el dedo a escondidas, dejando que la sangre corriera por su brazo. Bearchun cayó al suelo un instante después. Todos los demás huyeron, su miedo a ella les había vuelto locos.

Había salvado a Torrian de una vida de matrimonio con Davina Buchan. El hermano de Davina había pedido un frasco de sangre de pollo al ver a Jennet y Brigid operando al animal. Luego la usó en las sábanas de su hermana, declarando que Torrian había reclamado la doncellez de su hermana. Jennet había sido demasiado joven para comprender su significado, y cuando habían viajado a la corte para comparecer ante el rey, se había acercado al bastardo y le había ofrecido otro vial por si lo necesitaba. El rey se dio cuenta, y la verdad acabó saliendo a la luz.

Durante años se habían contado historias sobre sus habilidades. ¿Podría estar a la altura? Estaba a punto de ser puesta a prueba, y el sujeto era su propio padre.

Ethan se despertó a la mañana siguiente, pensativo. Tenía que decidir qué hacer primero. Vio un lago no muy lejos, así que se adentró en el bosque, decidido a bañarse antes de volver a Black Isle.

Otra consideración importante se escondía en su mente: se quitaría su olor actual para despedirse de Jennet. Se dirigió a su misión, y no se sorprendió cuando se cruzó con Gwyneth Ramsay de camino al

campo de tiro con arco. La detuvo con una llamada.

—Lady Ramsay, ¿puedo quedarme con el arco y llevarme algunas flechas?

—Por supuesto, Ethan. He oído que hiciste un buen trabajo anoche.

—¿En serio? Me alegro. —Asintió con la cabeza y prosiguió su camino, deteniéndose primero para coger unas flechas antes de dirigirse al establo en busca de su caballo. Se permitió un rápido pensamiento sobre quién le habría hablado a Gwyneth de él, pero lo abandonó con la misma rapidez porque no le importaba.

Una vez montado, partió sin vacilar. Tenía mucho que hacer hoy. Cuando pasó por el campo de tiro con arco, vio a un pequeño grupo de muchachas practicando. Pero en cuanto pasó junto a ellas con su caballo, dejaron de parlotear. Aminoró la marcha de su caballo para ver si había algún herido, pero todas las chicas lo miraban.

Observaban sus movimientos.

Mucho tiempo atrás, había sido considerado apuesto. Las muchachas lo habían admirado desde lejos, riéndose cuando se le acercaban, sobre todo las que no lo conocían ni sabían nada de él. En cuanto descubrían que era un poco diferente, dejaban de interesarse por él.

Por supuesto, la situación empeoró después del asunto con las amigas de Cori. Eso había desencadenado su desinterés por tocar, pero nunca habló del otro suceso que había empeorado las cosas: su breve amorío con Cori. Ni siquiera había compartido esa experiencia con sus hermanos. Cori había acudido a él cuando ya era mayor y se le había ofrecido como esposa, deseando aparearse con él.

Él no quería hacerlo, pero Cori había hecho ciertas cosas, lo había tocado de maneras que él no entendía, le había mostrado cómo reaccionaría su cuerpo. Esa parte la disfrutó. Cori le dijo que no era su primera vez, y aunque sí era la de él, a ella no pareció importarle. Lo habían hecho como animales, y para Ethan había sido una experiencia placentera.

Sin embargo, al terminar, ella se había enfadado con él. Dicho cosas que él no entendía sobre dejarla fría e insatisfecha. Ella se alteró tanto, se enfadó tanto, y él no supo qué más hacer aparte de vestirse e irse.

Le gritó que no volviera a tocarla. Incluso lo llamó loco. Él nunca había compartido eso con nadie porque no entendía toda la situación. Todavía no sabía lo que ella quería decir, pero su problema con el contacto físico empeoró drásticamente.

Debido a toda esa debacle, tenía poco interés en coquetear o mostrar algún interés en una mujer. Hasta que conoció a Jennet. Sin duda, su rapidez mental era lo primero que le había atraído, pero

había algo que le atraía más.

Ella no lo consideraba diferente. Para ella, las rarezas de Ethan no eran nada inusual. Así que haría lo necesario para conocerla mejor, para perseguirla. Porque en este momento, en la tierra Ramsay, solo importaba una cosa: Jennet.

Donnan tenía razón. Él sí tenía sentimientos, y eran del tipo que causaría un dolor dentro de su cuerpo si la dejaba y ella nunca regresaba a Black Isle. Sabía que era posible, ya que la mayor parte de su familia estaba aquí, pero eso no le gustaba. No podía ser lo que ella necesitaba en este momento. Sería mejor que volviera a Black Isle, donde Gisela o Marcas podrían ayudarlo a lidiar con su miedo al contacto físico. Podía tocar a ambos, ¿por qué no a Jennet?

Tenía que resolverlo antes de que Jennet descubriera que él era incapaz. Eso podría arruinar por completo sus posibilidades. Aunque había considerado la posibilidad de marcharse sin hablar primero con Jennet, le volvió a la mente la advertencia de Donnan sobre la necesidad de proteger sus delicados sentimientos. Así que decidió que lo mejor sería hablar primero con ella. Le preguntaría su preferencia. ¿Él debería quedarse o irse?

Y si ella lo mandaba a casa, entonces sus sentimientos se verían un poco heridos. Casi sonrió porque Donnan lo había evaluado correctamente. Tenía sentimientos cuando se trataba de Jennet, así que tenía que vigilar todo lo que hacía con cuidado. Si se iba, ¿ella se quedaría en la tierra Ramsay para siempre?

¿Cómo podría convencer a Jennet de que ella debería volver a Black Isle?

Sin duda, sabía que la echaría de menos. Sus conversaciones eran detalladas, desafiantes pero cómodas. No temía que ella lo ridiculizara por sus extraños pensamientos. Ella entendía su necesidad de mantener las cosas organizadas, su amor por los números y contar. También tenía más cosas que compartir con ella. Cosas que no se había atrevido a mencionar.

¿Por qué nunca le había explicado su amor por las estrellas? Cómo eran una de las pocas cosas en el mundo que siempre eran fiables, siempre constantes. El clima cambiaba por capricho, pasaba de la nieve al hielo antes de que uno pudiera ponerse a salvo. La lluvia caía sobre ti con tanta fuerza que te dolía la cabeza.

Su familia, sus hermanos, su hermana, todos podían estar de un humor maravilloso y cambiar en un segundo, enfadarse por cosas que él no entendía.

Pero las estrellas siempre estaban ahí para él. Aunque nunca vacilaban, parecían cobrar vida propia, fundiéndose y moldeándose en formas fascinantes cuanto más las miraba. Podía pasarse horas observando su belleza.

Tenía que compartirlo con Jennet. La próxima vez que tuviera la oportunidad, lo haría. Ella lo escucharía mientras le explicaba la alegría que las estrellas podían invocar en él, el calor que sentía siempre que el cielo nocturno estaba despejado, o la luna llena, cualquier cosa que iluminara los miles y miles de destellos que había allí arriba. Había intentado contarlas de más joven, pero se perdía en los grandes números.

Se lo explicaría antes de partir, por si acaso podía hacerle ganar un favor.

Llegó al lago, encontró un árbol al que atar su caballo y arrojó su ropa a un arbusto antes de precipitarse a la orilla y saltar. Sus hermanos habían intentado enseñarle a tirarse de cabeza, pero nunca había tenido el valor de enviar la cara al fondo de un cuerpo de agua. Solo podía tirarse con los pies por delante.

El agua estaba más caliente de lo que había esperado, así que flotó de espaldas, mirando las nubes blancas dispersas en el cielo. Las nubes lo desconcertaban porque a veces era como si pudiera ver directamente a través de ellas. Podían transformarse en algo oscuro y aterrador en cuestión de minutos.

A diferencia de las estrellas que amaba.

Se decidió. Localizaría a Jennet, pediría hablar con ella unos instantes, le diría cuánto amaba las estrellas y luego le preguntaría si prefería que se marchara. No tenía nada más que hacer aquí. Finalmente, decidido sobre sus siguientes movimientos, salió del agua, se sacudió el pelo y caminó un poco para secarse.

Buscaría a Jennet y le diría que se iba.

8

Jennet dio tres pasos dentro de la habitación de su padre y su corazón se hundió en lo más profundo de su vientre tan rápidamente que deseó poder darse la vuelta y salir corriendo, muy, muy lejos. La persona de la cama no se movía.

—¿Papá? —preguntó en voz baja para no sobresaltarlo—. Soy yo, Jennet. ¿Puedo entrar y charlar contigo un momento?

Las pieles que cubrían la cama se movieron, pero ella seguía sin poder verle la cara. Avanzó lentamente, esperando ver algún signo de mejora visible en él.

Sacó la cabeza de entre las sábanas y consiguió incorporarse antes de volver a caer.

—Mi pequeña muchacha. Ven a sentarte conmigo.

Se le escapó un suspiro, aliviada de que pudiera conversar con ella. Cogió un taburete, avivó el fuego de la chimenea y encendió otra vela antes de sentarse a su lado.

—Papá, estoy aquí para ayudar, pero deseo que me cuentes todo lo que sabes sobre lo que ha ocurrido con esta enfermedad.

Él le cogió la mano e intentó incorporarse, así que ella colocó unas almohadas detrás de él, ayudándolo a colocarse en una posición en la que pudiera verla con claridad.

—Ya está, ¿te sientes mejor?

—Sí, y me alegro de que estés aquí. Le agradeceré a mi hermano que te haya traído a tiempo. Necesito hablar contigo, Jennet, y es muy importante.

—¿De qué se trata? ¿Y qué quieres decir con a tiempo? ¿A tiempo para qué? —No le gustó la insinuación que hizo. Hizo todo lo posible por ocultar el temblor de su voz.

—Eso no importa ahora. Debemos tener una conversación padre-hija.

Decidió dejarlo pasar por ahora y centrarse en lo que era importante para él.

—Adelante. Te escucho.

—Muchacha, tienes que encontrar un hombre para casarte. No puedo ayudarte, pero confío en que uses tu propio juicio. Brigid ha encontrado al suyo, y ahora debes sentirte abandonada por ella. Hay alguien ahí fuera para ti, pero debes tomarte tu tiempo y esforzarte en encontrar a tu marido. Toda muchacha necesita un marido.

—No, no lo necesito. No sé por qué crees que lo necesito. Sabes que soy diferente, así que ¿por qué me obligarías a tener un marido? —Intentó contener las lágrimas, pero era demasiado. Sus ojos soltaron una solitaria gota que rodó por su mejilla.

—Jennet, adoro tu singularidad, el hecho de que puedas ser más inteligente que cualquier hombre, el hecho de que te encante perseguir retos mentales, pero no intentes negar que también tienes corazón. Un marido y tus propios hijos te completarán, darán sentido a tu vida…

Ella no quería oír esas tonterías, que no eran diferentes de lo que había oído decir a tantos otros antes. ¿Por qué su propio valor debía medirse en función del hombre con el que debía casarse?

—Tengo un propósito. Soy una sanadora, como mamá y tía Jennie, y es suficiente propósito para mí.

—Tu madre y la tía Jennie tienen maridos e hijos. Cada una ha traído una nueva sanadora a su clan a través de una de sus hijas. ¿No puedes prever que eso te suceda a ti? Imagina una hija con la que pudieras hablar de curación. O un hijo. Los muchachos también pueden ser sanadores. Tu bisabuelo era sanador.

Ella no podía discutir su punto de vista, pero no lo había considerado importante todavía. Solo tenía dieciocho veranos, y no veía ninguna razón para apresurarse a casarse, aunque la mayoría de las muchachas se casaban al cumplir los veinte.

—No estoy en desacuerdo contigo, pero es demasiado pronto. Tengo tiempo de sobra, papá.

Su padre hizo una pausa, respiró hondo y frunció los labios. Jennet conocía esa mirada. Era lo que hacía siempre que preparaba mejores argumentos en su mente.

—Puede que a ti te sobre tiempo, y puede que a tu madre también, pero a mí no. Me gustaría verte felizmente casada antes de que llegue mi hora. Siento que pronto llegará. Todos mis otros hijos, excepto mis dos dulzuras adoptivas, están casados y tienen hijos. Gregor y Linet están a punto de tener el primero. Tú eres la única que me preocupa. Hazlo antes de que sea demasiado tarde para que yo bendiga tu matrimonio, para que conozca al hombre especial que sea lo suficientemente fuerte para mi brillante y hermosa Jennet.

—No, no volveré a oír hablar de eso, papá. No te estás muriendo. Resolveremos esto y te sacaremos de nuevo de esta recámara.

Sus ojos se cerraron con resignación.

—Sé que prefieres no oírlo, pero debes considerar la posibilidad de que mi hora está cerca.

—No, no lo haré. —Ella pudo ver que estaba cansado de nuevo, así que le dio una palmadita en la mano y le dijo—: Papá, descansa. Volveré antes de la cena. Quiero volver a mirarte la herida.

Sus ojos se abrieron de golpe y se clavaron en ella.

—No la tocarás.

—Hasta luego, papá —murmuró, cubriéndolo y acomodándolo. Aún no estaba preparada para esa discusión.

Pero volvería a tocar esa herida.

Una vez que Ethan regresó de su baño, salió de los establos y se topó directamente con Kyle Maule, el segundo al mando de Torrian. Detrás de él se acercaba un Kyle en miniatura que adivinó que tendría unos cinco o seis veranos.

Kyle dijo:

—Ethan, ¿qué tal el entrenamiento? ¿Tu tiro con arco está mejorando? No encontrarás mejor maestra en ningún sitio que en la tierra Ramsay.

El muchacho dijo:

—La mejor en la tierra Ramsay.

Kyle acarició el cabello oscuro del muchacho. Ethan notó que el muchacho vestía exactamente igual que su padre, incluso su espada de madera era igual.

—Este es mi hijo, Kyler.

Kyler repitió:

—Soy su hijo. —Luego preguntó—: ¿A dónde te diriges?

—Deseo hablar con Jennet un momento. Antes de partir.

—¿Volverás a Black Isle tan pronto? Jennet estará decepcionada.

—Creo que está ocupada con su padre. No tengo lugar aquí. —Ethan no conocía a Kyle lo suficiente como para hacer preguntas, así que fue sincero.

—Kyler, ¿podrías ir a los establos y cepillar a nuestros caballos? Creo que los prepararemos para un paseo.

Kyler se marchó con una sonrisa.

—Sí, papá.

—A Kyler le encantan los caballos. Háblame de tus sentimientos por Jennet. ¿Puedo preguntar?

Ethan respetaba a Kyle porque había sido de gran ayuda durante la maldición de Black Isle. Había llevado a sus guerreros para luchar contra el clan Milton, y Ethan no veía nada malo en contarle sus pensamientos.

—Puedes, pero no tengo mucho que compartir. Todavía no. Es complicado.

—Creo que Jennet y tú os llevaríais bien. ¿No era esa tu intención cuando la acompañaste en este viaje?

—Sí, pero ella está ocupada con su padre. Quería asegurarme de

que llegara sana y salva. Nunca prometí quedarme.

—¿Estás huyendo, Ethan? —preguntó Kyle, con voz preocupada, aunque no amenazadora.

Ethan se apartó de él. Eso era exactamente lo que estaba haciendo, pero ¿cómo podía explicar por qué?

—No estoy seguro… Jennet estará ocupada con su padre. Necesitará a alguien que sea fuerte para ella, y Donnan ha dicho… —Se detuvo, sin querer continuar por miedo a soltar todos sus pensamientos como solía hacer con Marcas.

Levantó la mirada hacia Kyle y se dio cuenta de que el hombre le recordaba a Marcas.

—¿Algo en lo que no puedes ayudarla? Si te preocupas por ella, creo que podrías ayudarla.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos con resignación. Esto no era algo que pudiera cambiar fácilmente de sí mismo. Había persistido desde entonces.

Kyle continuó:

—¿En qué no puedes ayudarla?

—No puedo ser lo que ella necesita.

Kyle frunció el ceño, desconcertado, y susurró:

—¿Y qué necesitará ella?

—Que la abracen. Donnan me lo ha dicho. —Ethan miró al suelo y luego de nuevo a Kyle. Buscó algún juicio en sus ojos, pero no lo encontró—. Sé que es raro, pero porque… no importa. Es que me cuesta acercarme a las muchachas hasta que no las conozco bien. Disculpa, pero debo ir a hablar con Jennet. —Se apresuró a irse, no deseaba continuar esta discusión. Había tomado una decisión y se marcharía en cuanto se lo dijera a Jennet.

Kyle le gritó:

—¡A veces la presencia es tan fuerte como el contacto físico, Ethan! Piénsalo.

Ethan siguió avanzando, corriendo por el patio, pero se detuvo bruscamente cuando vio a alguien sentado solo en la huerta, a cierta distancia de la actividad en el patio cerrado. Pensó que era Jennet, así que se dirigió en esa dirección, sorprendido al oírla resoplar.

—¿Jennet? ¿Por qué lloras? —Se detuvo frente a ella.

Ella se limpió las lágrimas de las mejillas y dijo:

—No es nada, Ethan. Estoy bien. Solo estoy preocupada por papá. ¿Quieres sentarte a mi lado en el banco? Mantendré las distancias.

—Estaré bien, Jennet. No te preocupes por mí. —No quería tener que ser sincero con ella, y odiaba hablar de intimidad con cualquier muchacha. Era demasiado difícil. Ethan se sentó, sin preocuparse por tocarla—. ¿No hay algo que puedas hacer por él?

—Sí, pienso limpiarle la herida, pero sé que se enfadará conmigo

porque le dolerá. Ya me ha dicho que no puedo hacerlo, pero debo hacerlo.

—¿Tienes a alguien que te ayude con ello? ¿Alguien que pueda sujetarlo mientras haces lo que debes? Yo podría intentarlo. —¡Cómo rezó para que ella no le pidiera que hiciera tal cosa!

—No, mamá me ayudará. Y tengo muchos hermanos y hermanas a quienes llamar, si lo necesito.

Pensó en otra cosa que deseaba hablar con ella.

—Cómo me gustaría que fuera de noche y pudiéramos dar un paseo para ver las estrellas. ¿Alguna vez las miras?

—Sí, me encantan las estrellas. Cómo brillan e iluminan la noche. Mi tío estudia las estrellas. Lo llama astrología.

—¿De verdad? Me interesaría hablar de ello con él. —Luego se detuvo—. Aunque preferiría verlas contigo alguna noche. Tal vez en Black Isle.

Jennet lo miró con extrañeza.

—¿Por qué no aquí? —Sus ojos se entrecerraron y él se apartó de ella, sin querer mirarla a los ojos.

—Me iré esta noche, Jennet. Ya es hora. No puedo ayudarte.

Jennet hizo una pausa, con grandes cantidades de emociones cruzando su rostro, pero Ethan no pudo reconocerlas todas.

—¿Ya no estás interesado en mí?

—Sí, por favor no me malinterpretes, Jennet. Pero tienes un clan lleno de hermanos, hermanas y primos que pueden ayudarte. Yo no sé cómo ayudarte, y creo que estarás aquí por un tiempo. Marcas me necesita de vuelta en el castillo Eddirdale. Espero que me perdones. Podemos buscar una relación en otro momento.

—Lo comprendo —dijo ella, con un extraño tono de voz—. Perdóname por tener que pasar tanto tiempo con mi padre.

Él se levantó y se volvió hacia ella.

—No tienes por qué disculparte. Tengo obligaciones y responsabilidades, como tú, pero espero que vuelvas a Black Isle en algún momento en el futuro.

—Por supuesto —dijo, poniéndose de pie y cruzando las manos frente a ella. Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

Ethan sintió algo muy extraño. Un calor se extendió por todo su ser al contemplar todo lo que era Jennet. Su porte orgulloso, sus ojos inteligentes, su corazón cálido, pero esta vez había algo más.

Llevaba el pelo sin trenzas y los mechones dorados se mezclaban con los colores castaños, reflejando los rayos del sol cuando se asomaba entre las nubes. Sus ojos castaños estaban salpicados de fragmentos de oro que lo fascinaron, como si un narciso hubiera dejado caer sus hojas. Sus mejillas se ruborizaban cuanto más la miraba, y se sorprendió por algo que nunca antes había

experimentado.

Jennet Ramsay era hermosa.

Las muchachas le habían parecido bonitas cuando era más joven, antes del día en que el mal lo había visitado, pero nunca había pensado que alguien fuera hermoso.

—Ethan, estoy segura de que algún día tendremos la oportunidad de conocernos mejor. Debo volver dentro y buscar a mi madre. Te deseo un buen viaje y, por favor, dales mi amor a todos.

Cuando ella se dio la vuelta, Ethan sintió un repentino impulso que lo asombraría más tarde.

Le besó la mejilla antes de girar sobre sus talones y marcharse.

9

Jennet se quedó atónita y su mano se acercó al lugar donde los labios de Ethan habían tocado su mejilla. ¿Qué le había pasado?

Sintió un repentino impulso de llamarlo, de pedirle que la recordara, pero lo reprimió, manteniéndolo cerca, donde era la única que podía ver su necesidad.

No lo sabía y no tenía tiempo para considerarlo. Él la estaba dejando, así que ese era el final de su relación. Supuso que volvería a Black Isle porque sus primas estaban allí, pero no sabía dónde estaría en una luna.

¿Qué pasaría con su padre?

Obligando a su mente a alejarse de Ethan, se echó la bufanda al cuello y se apresuró a entrar en la torre. Su madre estaba sentada cerca de la chimenea, hablando con Torrian, Gregor y Bethia.

Se sentó y cuatro rostros serios se volvieron para mirarla. La miraban como si ella tuviera la respuesta a todos sus problemas, como si fuera la única capaz de curar a papá. Su madre finalmente dijo:

—Creo que estás lista.

Torrian dijo:

—¿Estás convencida de que este es el camino correcto?

Jennet respondió:

—Estoy segura de ello. Creo que lo mejor es que mamá y yo veamos la herida juntas, con buena luz, y la única manera de hacerlo es restregarla para limpiarla. A papá no le gustará, pero tendrá que tolerarlo hasta que yo pueda verla. Necesitaremos a alguien que nos sostenga una antorcha lo más cerca posible. No sé si la vela y la luz de la ventana serán lo bastante fuertes. ¿Estás de acuerdo, mamá?

—Sí, ya tengo todas las herramientas que necesitaremos en la recámara. Bethia traerá el agua caliente que hierve dentro. Lo lavaremos todo con ella, solo porque eso me hace sentir mejor. Sé que están muy limpias, pero solo quiero agua previamente hervida sobre la herida, una vez que se haya enfriado. Tengo un lote fresco de ungüento para aplicar, también. Solo rezo para que veas algo que yo no haya visto. —Se acercó y estrujó la mano de Jennet.

Gregor dijo:

—Yo sostendré la antorcha.

Torrian añadió:

—Bethia y yo nos sentaremos con él en la cabecera, intentaremos

mantenerlo calmado.

Su madre se levantó y dijo:

—Tenemos que acabar con esto. Tenía más fiebre cuando entré después de la comida del mediodía. Bethia, trae el agua caliente y nos encontraremos dentro.

El grupo se dirigió al interior de la recámara, y la voz de Torrian recorrió el espacio en primer lugar.

—Pa, es hora de despertar y dejar que Jennet vea tu herida. —Se acercó a la ventana y apartó las pieles.

Su padre se removió un poco, pero no mucho. Gregor se sentó en un taburete junto a la cama y dijo:

—Jennet está por fin aquí para ayudarte, papá. Despierta para ella. Odio tener que sacarte de esa cama.

—Quade, despierta —dijo su madre, su voz mostraba una rara agitación.

Abrió los ojos, los protegió de la luz de la ventana y volvió a cerrarlos rápidamente.

—Veré a Jennet mañana. Dejadme dormir, por favor. Brenna, sácalos.

Bethia apareció con el agua caliente y empezó a llenar dos jarras diferentes con el balde. Colocó el resto en una palangana.

—¡Papá, despierta! —gritó con una cadencia cantarina.

Solo oyeron gemidos procedentes de la pila de pieles. Y una palabra.

—Frío.

Gregor dijo:

—Pondré más leña en la chimenea.

Papá refunfuñó y se dio la vuelta.

Jennet ocupó el taburete de Gregor para poder sentarse cerca de él. Apartó las mantas y miró de cerca a su padre. La piel de Quade Ramsay estaba pálida y seca, sus labios agrietados, su complexión mucho más delgada de lo que había sido jamás. El hombre que había ayudado a guiar a su clan a una de las posiciones más fuertes de toda la tierra parecía trágicamente frágil en ese momento. Le puso la mano en la frente y le dijo:

—Estás ardiendo, papá. Vamos a destaparte y a mirar la herida. Puedes dormir hasta que terminemos.

Sus ojos se abrieron de golpe, encontrando el rostro de Jennet. Entonces surgió una sonrisa, sus dientes blancos como un faro en la oscuridad.

Gregor arrastró las palabras:

—Siempre ha sido tu favorita, papá, ¿verdad?

—Hoy lo es, Gregor —respondió él—. Mañana tú serás mi favorito. ¿Te parece bien?

Gregor se rio.
—Claro, si eso sucede. Tengo mis dudas.
Jennet besó la frente de su padre y dijo:
—Haré lo posible por no causarte dolor, papá.
—Será imposible. El dolor empeora cada día. Pero haré lo posible por tolerarlo mientras no toques ese punto.
—¿Qué punto? —dijo, preguntándose por la peculiaridad de la que hablaba.
—El que está en la base de la herida. No lo toques. Por favor, Jennet.
Jennet miró a su madre, quien solo arqueó una ceja ante la orden.
La voz de Bethia sonó:
—Seguro que confías en Jennet, papá. Deja de traumatizar a Jennet con tus exigencias.
Él miró a Bethia y dijo:
—Deja en manos de la hija del medio el intentar ponerme en mi lugar.
Bethia le besó la mejilla y dijo:
—Te amo, papá. Drystan desea que vengas a ver cómo ha mejorado con el arco.
Gregor dijo:
—Y Linet y yo tenemos un nuevo hijo en camino al que le gustaría conocer a su abuelo, así que tienes que salir de esa cama.
Jennet apartó las mantas y liberó la herida que tenía justo debajo de la rodilla para poder mirarla mientras él estaba distraído con los demás. Estaba llena de pus pútrido y a punto de estallar. Le sorprendió que no estuviera derramando su asqueroso contenido por toda la ropa de cama. Hizo un gesto a su madre para que colocara una sábana debajo de la herida, de modo que cuando la abriera no estropeara la ropa de cama.
Su madre cerró los ojos cuando la miró de cerca, sacudiendo la cabeza.
—¿Ya había estado así de grande antes, mamá?
—Sí, la primera vez fue verde, pero lo limpié bien así que las otras dos veces era blanco.
—Esto me parece más amarillo, mamá. —Podría ser peor. Cualquier color era peor que claro o blanco, o eso pensaba ella.
—Gregor, ¿podrías acercar la antorcha, por favor?
Gregor lo hizo, pero ella oyó un sonido extraño por encima de su hombro, así que lo miró.
—¿Gregor?
—Es repugnante —susurró—. Incluso el olor.
—He oído eso, Gregor. —Su padre no abrió los ojos, sino que mantuvo la cara hundida en las pieles.

Jennet dijo:
—¿Te pondrás mal? Porque necesito abrir esto y el olor empeorará.
—No, estaré bien.
Torrian soltó una risita detrás de él.
—Si no puedes soportarlo, yo me encargaré.
Jennet cogió una aguja y la acercó a la llama de la antorcha, sosteniéndola un breve instante antes de retirarla para que se enfriara antes. Colocó la punta sobre la piel de la espinilla de su padre. Su madre y otras sanadoras le habían repetido muchas veces la importancia de acercar a la llama cualquier cosa que fuera a utilizarse en la piel de una persona.
En cuanto perforó la piel, el líquido putrefacto brotó de la herida, mezclándose el blanco y el amarillo con un poco de sangre aquí y allá. La zona tenía el tamaño de la mano de un bebé, llena de fluido repugnante. Su padre no dijo nada, así que ella no lo molestó, esperando que estuviera dormido. Bethia se colocó detrás de Gregor y cerró los ojos en señal de que su padre estaba efectivamente dormido.
—Bethia, acerca la palangana, por favor —dijo su madre.
—Creo que ahora conozco el significado de la descomposición. Se le está pudriendo la pierna, ¿verdad, mamá? —preguntó Gregor.
Lily llamó a la puerta y asomó la cabeza.
—¿Por qué no me habéis invitado a entrar con todos los hermanos y hermanas? —Su cara mostraba lo insultada que estaba.
Jennet miró a su madre, quien rápidamente dijo:
—Acércate, Lily. Mira lo que estamos haciendo.
Lily se acercó y miró por encima del hombro de Gregor.
—¡Ack! —dijo, con arcadas ante la vista y el creciente olor—. No importa. Te amo, mamá. Siempre sabes lo que es mejor para mí. —Se apresuró a salir por la puerta, cerrándola suavemente tras de sí.
Su madre sonrió. Todo el mundo sabía que Lily tenía el estómago más débil, que se le revolvía al menor olor o visión de sangre.
—Nunca será una sanadora.
Jennet sonrió con suficiencia y dijo:
—No, nuestra Lily no. Tiene otros talentos especiales.
—Como todos —pronunció Bethia.
Jennet dijo:
—¿Podría alguien pasarme una de las jarras, por favor?
Torrian se la entregó.
—Mamá, creo que ha terminado de vaciarse por sí sola. Deseo hacer correr agua sobre la herida para que salga más cantidad de su cuerpo. Así me será más fácil verla y no habrá que hurgar tanto, de esa forma que le duele a Pa. ¿Puedes sostener la palangana ahí para recogerlo?
Torrian intervino y dijo:

—Lo haré.

Jennet vertió el líquido transparente lentamente sobre la herida después de comprobarlo para asegurarse de que no estaba demasiado caliente. Esta vez, su padre se despertó.

—No más que eso, muchacha. Ya es bastante dolorosa tanta presión.

—Papá, no hay presión. Es solo agua.

—Es suficiente. Lava y seca la herida, luego podéis iros. Se siente mejor cuando se vacía. Tu madre siempre lo hace muy bien. —Bethia sostenía una vela, así que Jennet le hizo un gesto para que se acercara. Al sostener la vela sobre su hombro, se inclinó accidentalmente y cayeron gotas sobre la mano de Jennet, quemándola en varias partes. Jennet reprimió un grito, decidida a tolerar el pequeño inconveniente. Tenía trabajo que hacer.

—Le pondré la cataplasma y luego la venda para que no siga supurando. Jennet quiere verla primero, Quade.

—Bien, mira y termina, Jennet. Sin tocar.

Jennet no sabía cómo decirle a su padre que aún planeaba frotar la herida, aunque quería estudiarla primero. Cuando la jarra estuvo vacía, se la devolvió a Torrian, e indicó a Gregor que acercara la antorcha. Al mirar la herida, pudo ver que la parte más inflamada estaba en la base. La piel estaba abierta por tres sitios, lo que indicaba que se había golpeado contra tres rocas al caer. O posiblemente con palos. Cada herida estaba rasgada, y no estaban muy separadas, por lo que podían vendarse fácilmente juntas.

Las dos heridas superiores parecían estar casi curadas. El pus provenía principalmente de la herida más baja y más grande. Los bordes estaban rasgados, rojos y calientes al tacto. Cogiendo un pañuelo de lino, Jennet tocó con cautela la parte superior, donde creyó ver algo que parecía un trozo de tierra, pero no era nada. Luego tocó la parte superior de la herida inflamada, lo más ligeramente posible.

—Jennet, te he dicho que no la toques.

—Pero debo lavarla, papá. Podría necesitar una buena frotada.

—No, nada de frotar. Es demasiado doloroso.

—Papá —dijo Torrian—. Aguanta el dolor por un momento en caso de que eso pueda ponerte bien de nuevo. Valdría la pena.

—Sí, si fuera solo un poco, pero no lo es. Es extremadamente doloroso. Puede que tengas que cortarla. Probablemente sea la única forma de acabar con esto. Córtame la pierna por debajo de la rodilla.

Su madre respondió a eso como si fuera su propia pierna.

—Quade, no voy a cortarte la pierna. Ya te lo he dicho. Tu pie está bien y lo necesitas.

Jennet se echó hacia atrás, indicando que necesitaba que se

detuvieran un momento. Si él volvía a dormirse, podría no sentir la mayor parte del dolor. Ella intentaría terminar antes de que él pudiera gritarle. Tenía que prepararse para la posibilidad de que su querido padre pudiera gritarle pronto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, su madre le dijo:

—Si te grita, no lo hará en serio.

Tras unos minutos de espera, su respiración se estabilizó y sus ojos se cerraron. Iba a hacerlo y a terminar lo más rápido posible.

Torrian dijo:

—Si tienes que hacerle daño para curarlo, hazlo, Jennet. Te lo agradecerá después.

Ella asintió a su hermanastro, esperando que tuviera razón, porque esto iba a ser doloroso. Miró a su madre y le dirigió un asentimiento decidido. Sabía lo que tenía que hacer. Bethia y Torrian se acercaron a la cabecera de la cama, por si su padre se despertaba.

Su madre le entregó el pañuelo de lino cubierto con su pócima para que limpiara los venenos. Jennet frotó los lados del paño para extender la pócima y luego tocó con delicadeza la herida, con la esperanza de que no se despertara.

Se equivocó.

—¡Jennet, para ahora mismo! —La voz de su padre resonó más fuerte que nunca, pero ella estaba decidida a terminar.

Su madre estuvo de acuerdo con ella porque dijo:

—Rápido, acaba con la peor zona.

Y así lo hizo. Frotó donde la herida estaba más roja y caliente. Fregó rápido, rezando para terminar antes de que su padre perdiera el control.

Pero no fue así. La parte superior de su cuerpo se desprendió de la cama con un rugido y gritó su nombre para que todos lo oyeran, pero ella no estaba preparada para lo peor. Giró la cabeza para mirarlo y pronunciar su nombre, pero no llegaría tan lejos.

Mientras seguía fregando, ignorando sus protestas, el brazo de su padre se levantó en un amplio arco antes de caer con fuerza, apuntando directamente a su cara.

Dejó caer el pañuelo de lino, saltó hacia atrás y gritó.

Torrian capturó su brazo justo antes de que la golpeara. Jennet oyó todas las demás voces de la sala que le decían a Quade Ramsay que se detuviera.

Pero la mirada de odio y la amenaza de daño físico la afectaron más que una fuerte bofetada en la cara.

Salió corriendo. Directamente hacia la puerta y el gran salón.

Nunca más volvería a casa.

10

Durante la segunda noche, Ethan encontró la cueva que habían utilizado antes, satisfecho de que no le hubiera fallado la memoria. Logan Ramsay conocía bien las Highlands, y él lo agradecía. Se sentó en un tronco y sacó la barra de pan que había envuelto en cuatro trozos de tela para mantenerla fresca durante el viaje. También tenía un poco de carne seca que la cocinera le había ofrecido antes de partir.

Jennet tenía un duro camino por delante. Cómo deseaba haber podido estar a su lado. Se preguntó si alguna vez se libraría de sus problemas para estar cerca de la gente.

Desde que…

Se detuvo. Marcas y Shaw siempre le habían advertido que no pensara en ello. Dijeron que, si impedía que esos pensamientos llegaran, los recuerdos desaparecerían, pero eso nunca ocurrió. Siempre estaban ahí, encerrados en los recovecos de su memoria y tan dispuestos a salir a la luz cada vez que su comodidad se veía amenazada.

A menudo se preguntaba si las culpables pensarían alguna vez en lo que le habían hecho tantos años atrás, si tendrían idea de lo mucho que le habían afectado.

Ethan se paseaba por su cueva mientras algo lo inquietaba. Dejar a Jennet. La culpa que experimentaba lo sorprendía, y avanzaba lentamente.

Por alguna razón, sentía la necesidad de tomárselo con calma.

Después de cazar y atrapar un conejo para asar, se sentó a relajarse y pensar. Por supuesto, una cosa le molestaba, pero decidió no pensar en los viejos recuerdos. En cambio, no pudo evitar preguntarse por qué no encontraba la otra flecha que había perdido. Su puntería había mejorado, así que sacó las flechas de su carcaj y volvió a contarlas. Aún faltaba una.

Dio un respingo cuando una voz lo llamó.

—¿Qué demonios haces con las flechas Ramsay tan al norte? —Un hombre estaba allí de pie sosteniendo la flecha que había perdido, con el pelo oscuro al viento. Sin embargo, lo que atrajo inmediatamente la atención de Ethan fue la tela escocesa que llevaba.

Una tela escocesa Grant.

—Vengo de la tierra Ramsay y Gwyneth me las ha dado —explicó

Ethan—. ¿Quién eres? —Se puso de pie, mirando cara a cara al hombre.

—Padraig Grant. ¿Quién demonios eres tú?

—Ethan Matheson. —Se puso de pie y apoyó las manos en las caderas, esperando a ver qué hacía el guerrero Grant—. ¿Luchas para los Grant? He visto a muchos de sus guerreros, pero no a ti.

—Si has visto a muchos de nuestros guerreros, no puede ser que me hayas visto a mí. —Esbozó una amplia sonrisa—. Me recordarías si me hubieras visto —se rio con ganas.

—¿Por qué te ríes? No he dicho nada que te haga reír. —Nunca se fiaba de la gente que se reía todo el tiempo. Cogió su daga y la extendió para protegerse, por si acaso.

—Guarda eso, no he venido a hacerte daño. Y me río todo el tiempo. Pero no suelo ver hombres viajando solos por las Highlands. ¿De dónde vienes? —Padraig se sentó en el tronco y sacó una torta de avena, que se ofreció a compartir. Ethan bajó su daga y se relajó un poco mientras el guerrero empezaba a preparar la comida. Entonces Padraig levantó una mano que sostenía la flecha hacia Ethan.

—Me dirijo a casa desde la tierra Ramsay. Escolté a Jennet a casa, así que ahora me dirijo de vuelta a Black Isle. —Aceptó la flecha y la colocó en su carcaj—. Gracias por devolvérmela.

—¿Así que tu hermano se casó con Brigid? Siento haberme perdido la boda. Habría disfrutado viendo a Logan perder a su pequeña muchacha. —Soltó una carcajada, frotándose la barba en la barbilla—. Tendrías que haberlo visto cuando su mujer lo ató para que Sorcha pudiera tener su noche de bodas.

—¿Su propia esposa lo ató? ¿Cómo lo hizo? —Ethan no podía imaginarse a Gwyneth atando a Logan.

—Tuvo ayuda de algunos Grant. Los más fuertes. Si mal no recuerdo, fueron Connor, Magnus, Jake, quizá algunos más. Gwyneth lo ató mientras ellos lo sujetaban; de lo contrario, el pobre Cailean habría tenido al padre de su esposa en su alcoba. Sí, siento mucho haberme perdido la boda de Brigid.

—¿Por qué te la perdiste? —preguntó Ethan mientras se sentaba en una roca frente a Padraig.

El hombre suspiró profundamente.

—Estaba en Edinburgh. Me gusta viajar y buscaba a Maggie y Will, pero asistieron a la boda.

—¿Así que también viajas solo?

Se encogió de hombros.

—Lo hago, pero todo el mundo me dice que soy tonto. Me viene bien. Me considero como Logan Ramsay. Siempre errante.

—Logan está casado y su mujer viaja con él.

—Cierto —dijo Padraig, masticando despacio—. Un hombre de

razón. Te advierto que serás incapaz de entender mis motivaciones. Soy diferente.

—Como yo —dijo Ethan, preguntándose qué hacía diferente a este hombre. Tal vez lo averiguaría si continuaba interrogándolo.

—Pero tienes razón sobre el tío Logan y la tía Gwyneth. Supongo que necesito una muchacha a la que le guste viajar.

—Conozco a una: mi hermana, Gisela. —Gisela se había quejado a menudo de no haber salido nunca de Black Isle. Decía que siempre había deseado viajar a Edinburgh, pero ese deseo se había visto reprimido desde que la maldición llegó a su clan.

—No, todos intentan darme a su hermana. Viajo solo. Olvídate de Logan y Gwyneth. Solo hay una Gwyneth en las Highlands. Pareces molesto por algo. Es la otra razón por la que decidí detenerme a charlar contigo.

Ethan se sorprendió de la intuición del hombre.

—Me pregunto si debería haber abandonado la tierra Ramsay. Tengo la corazonada de que debería haber esperado hasta que Jennet estuviera lista para volver a Black Isle.

—¿Volverá? ¿La has declarado tuya?

Ethan frunció el ceño.

—No. Quizá algún día. Estoy interesado, pero no tengo la oportunidad de perseguirla. Su padre está gravemente enfermo. Creo que ella estará allí mucho tiempo, así que he optado por irme. Tal vez he cometido un error.

—¿Quade Ramsay está gravemente enfermo? Puede que tenga que volver a la tierra Grant y decírselo a mi padre y a mis tíos. Él está casado con su hermana.

—¿Cuál Grant es tu padre?

—Robbie. Robbie y Caralyn son mis padres. Brenna es la hermana mayor de Robbie.

Ambos se sentaron en silencio por un momento, pero luego Padraig saltó de su asiento.

—Mi agradecimiento por la información. Regresaré a la tierra Grant para informar a mi padre sobre Quade. Buena suerte.

Ethan se puso de pie, preguntándose qué debía decir, pero entonces Padraig se encargó de todo.

Subió a su caballo y se volvió hacia Ethan.

—Yo seguiría tus instintos, Ethan Matheson. Nunca me han fallado. Si crees que necesitas volver, hazlo. No te arrepentirás si lo haces. Si no lo haces, podrías arrepentirte mucho.

Una vez que se fue, Ethan se decidió.

Pasaría otro día en esta cueva antes de decidir qué hacer a continuación.

No podía explicarlo, pero en el fondo algo le decía que Jennet lo

necesitaba.

Jennet ignoró a todos en el salón mientras corría gritando:

—¡No, papá, no!

Todos se apartaron rápidamente de su camino, pensando lo peor por sus gritos. Había muchos gritos procedentes de la alcoba de su padre, pero ella prefirió cubrirse los oídos porque no podía soportar nada más.

Su propio padre había intentado pegarle, con fuerza. Nunca le había pegado a ella ni a ninguno de sus hermanos.

Ignorando a todo el mundo, subió corriendo a su habitación, volvió a hacer las burjacas y se apresuró a bajar las escaleras. Salió corriendo por la puerta y cruzó el patio hasta los establos. Ladró al mozo de cuadra, quien estaba boquiabierto:

—¡Ensíllame un caballo! Necesito dar un largo paseo. Dile a mi hermano que volveré pronto. —Miró la cesta llena de pan y algunas zanahorias, cogió algunas y las metió en el saco, sabiendo que no volvería.

Maldita sea, odiaba mentir.

No volvería, tal vez nunca. Si no fuera por Torrian, su padre la habría golpeado con fuerza en la cara. La habría magullado. La habría tirado al suelo. Una vez ensillado su caballo, estuvo a punto de sollozar delante del mozo de cuadra, pero se contuvo.

—Señorita, ¿hacia dónde se dirige?

—Hacia el lago. Volveré pronto. Tengo que estar sola un rato. —Otra mentira. Pero ya que había llegado tan lejos sin ser detenida, se dirigió hacia el lago hasta que ya no pudo ser vista, luego envió a su caballo al galope por el sendero en el bosque alejándose de la tierra Ramsay.

Se marchaba para no volver jamás. Su padre la odiaba. La mirada en sus ojos, el grito que salió de su madre y Bethia, todo sobre ese momento quedaría grabado en su mente para siempre. Después de que ella hubiera retrocedido, su padre se había tirado realmente de la cama y todos los presentes se habían apresurado a volver a meterlo.

Pero él siguió maldiciendo y luchando.

Todo por su culpa.

Una vez en el camino principal, eligió el único destino que se le ocurrió en ese momento. Volvería a Black Isle, con la esperanza de alcanzar a Ethan. No podía estar tan lejos de ella. Partir sola era una tontería, pero no iba a cambiar de opinión y regresar. Iba a encontrar a Ethan e iría con él. No tenía ninguna duda de que Ethan la protegería con su vida.

Dejó que su caballo volara sobre el sendero, decidida a alejarse lo más posible antes de que los guardias Ramsay la persiguieran. Sus lágrimas corrían por sus mejillas y caían tras ella, sus sollozos fuertes y guturales.

Tras unos veinte minutos de sollozos incontrolados, supo que tenía que pensar en lo que estaba haciendo. Andar sola era peligroso, así que calmó su respiración. Los sonoros hipos no iban a ayudarla a mantenerse oculta. Tras dos horas más de galope, intentó recordar un lugar donde se habían detenido con los hermanos Matheson, fuera del camino habitual, cuando habían robado a las tres muchachas. Ethan había estado aquí y lo recordaría. Tenía que encontrarlo, porque andar sola era una tontería. Podía pasarle cualquier cosa. Su padre le diría que estaba siendo imprudente e impulsiva, y ella sabía que tendría razón.

La zona le resultaba tan familiar que estaba convencida de que se trataba del mismo lugar. Primero tendría que encontrar el camino y luego, según sus recuerdos, lo seguiría durante media hora antes de encontrar el claro y una cueva. Había una hermosa área de brezo púrpura no lejos de la zona que la ayudaría a localizarla.

Al encontrar el sendero familiar, no estaba lejos de un arroyo, así que condujo a su caballo allí para que se refrescara mientras se echaba agua en la cara; cualquier cosa para limpiar la mancha de sus lágrimas.

Jennet rara vez perdía el control de esta manera. De pie junto a su caballo, con la mano frotando ligeramente el flanco de la bestia, cerró los ojos y recuperó el autocontrol, sabiendo que tenía que pensar si quería encontrar a Ethan. Unas pisadas en la maleza a sus espaldas llamaron su atención, así que se giró, esperando ver a Ethan, pero para su consternación, no estaba allí.

Cuatro caras sucias y mugrientas la miraban fijamente, probablemente un grupo de bandidos, del tipo del que su padre le había advertido durante años.

—Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. ¿No es bonita? —El que hablaba, un hombre pelirrojo, escupió a un lado a través del espacio de un diente delantero ausente. Los otros tres tenían varios tonos de pelo castaño, y ella empezó a clasificarlos automáticamente.

Así que, además del pelirrojo, había un calvo, un flaco y uno que era simplemente feo. Apodándolos Rojo, Calvo, Flaco y Feo, prestó mucha atención a sus armas y a la rapidez con que podrían alcanzarlas.

Su mirada se entrecerró mientras percibía todo lo que podía de los hombres. Dos llevaban pobres excusas de espadas, los otros dos, dagas. Había un caballo con un arco y un puñado de flechas a la vista.

—Dejadme en paz —dijo.

—No lo creo. Serás un buen regalo para nosotros esta noche. —Calvo sonrió y se llevó la mano al lugar que tenía entre las piernas, frotándoselo furiosamente.

—La buena fortuna está sobre nosotros —dijo Flaco.

Feo intentó alcanzarla, pero Rojo le apartó la mano de un golpe.

—Todavía no. Tenemos que encontrar un lugar donde no se oigan sus gritos.

Feo dijo:

—Solo un beso. O déjame tocar su pecho, entonces puedo esperar. ¿Por favor?

Jennet decidió aprovechar su discusión y giró sobre sus talones para correr en dirección opuesta, por detrás del arroyo. No podía huir de ellos, pero podría esconderse en algún lugar donde no pudieran verla.

Voló entre los árboles, las ramas le golpearon la cara y levantó los brazos para protegerse los ojos de la madera afilada. Su huida solo provocó que los bastardos la vieran como un acontecimiento alegre, y sus risas y regocijo la siguieron. Desgraciadamente, uno fue lo bastante listo como para saltar sobre su caballo y seguirla, pero Jennet sabía que tenía ventaja en el bosque. Cómo deseaba poder correr como su prima Molly.

Corrió hasta que pensó que le iban a estallar los pulmones. Un claro apareció y entró en él antes de que pudiera detenerse, con el caballo apareciendo delante de ella. Antes de que se diera cuenta, Rojo estaba a su lado, cogiéndola por el pelo y levantándola del suelo. La arrojó sobre su caballo.

Todos los hombres aplaudieron con júbilo.

Jennet lo mordió justo por encima de la rodilla, clavándole los dientes tan fuerte como pudo. Se encontró en el aire y aterrizó con un fuerte golpe, sin aliento.

Estaba segura de que iba a morir.

11

Jennet despertó y se encontró atada a un árbol. Debía de llevar una o dos horas desmayada por el golpe en la cabeza, porque el día se hacía cada vez más corto. Los cuatro hombres estaban sentados alrededor de un fuego asando carne de conejo.

Charlaban sin cesar mientras comían, así que ella hizo lo posible por mirar a su alrededor. Tenía que haber algo que pudiera usar…

Entonces lo vio. Una gran bandada de pájaros estaba posada en un árbol cercano.

Calvo la señaló y dijo:

—Está despierta. ¿Puedo tenerla?

Rojo, de espaldas a ella, se giró de lado para mirarla.

—Yo la tendré primero. Luego Harry. —Inclinó la cabeza hacia el hombre que ella conocía como Flaco.

—¿Y yo qué? Yo debería tenerla primero —declaró Feo.

—Ya que has dicho eso, vas último, bastardo codicioso. Deja de babear. —Harry le dirigió una mirada de asco que hizo pensar a Jennet que tenía algún carácter honorable en algún lugar de su interior.

Rojo soltó una risita y dijo:

—Prepárate, muchacha. Estás a punto de pagar por morderme.

No dijo nada, sino que formuló su plan mentalmente. Esperó a que uno de ellos se moviera. Tenía que ser en el momento justo. Rojo se puso de pie, así que ella dijo:

—Desátame.

—¿Por qué iba a hacerlo? Te mantendré ahí hasta que pueda concentrarme en ti, y estoy planeando mi ataque ahora mismo. —Él le sonrió, masticando el último trozo de carne de los huesos antes de tirarlos a un lado, con baba rodando por su barbilla—. Lo haré doloroso, como esa mordida en la pierna.

Feo soltó una risita, pero Rojo se giró para fulminarlo con la mirada, así que se calló.

Jennet puso en marcha su plan, uno que le había funcionado antes, o al menos una variación del mismo.

—Sabéis que soy bruja, ¿verdad?

Rojo dijo:

—Claro que lo eres.

Empezó a recitar algo que había aprendido hacía mucho tiempo y

que probablemente no tenía sentido, pero que pensaba utilizar. Su voz se hizo aguda y grave. Los cuatro se concentraron en ella, pendientes de cada movimiento, de cada palabra, como si de repente fueran a entender sus extrañas palabras. Cuando supo que tenía toda su atención, se detuvo y los miró fijamente, señalando con el dedo a cada uno por turno.

—Te maldigo a ti, y a ti, y a ti, y a ti.

Esperaron, justo lo que ella había esperado que ocurriera.

Luego dijo:

—Os he hechizado a todos. En mitad de la noche, la malvada bruja de las cuevas vendrá sobre cada uno de vosotros, enviará una serpiente con una lengua bífida dentro de vuestros pantalones para rasgar vuestras bolas hacia abajo directamente por la línea. Directamente por el medio.

—No me asusta que me partan las pelotas. Mientras siga teniéndolas, estaré bien —dijo Harry, sonriendo ante su propio humor.

Calvo parecía nervioso, mirando de un amigo a otro.

—¿Qué significa eso, partir?

Ella inclinó la cabeza.

—¿No lo sabes? Yo te lo diré. Solo he visto sobrevivir a un hombre. Los demás se suicidaron a los dos días de ocurrir.

Los cuatro hombres parecían inquietos, se miraron unos a otros y luego se encogieron de hombros. Rojo se acercó y dijo:

—Tienes una lengua malvada. Creo que la voy a cortar.

—Demasiado tarde. Ya os he maldecido. Y soy la única que puede eliminarla. No cerréis los ojos esta víspera.

Rojo dijo:

—No es una amenaza.

Feo susurró:

—¿Por qué se suicidarían?

—Está mintiendo.

—No la escuchéis.

—Está intentando asustarnos para que la dejemos ir.

—No nos matará, aunque fuera verdad.

—¿Qué podría pasar?

Jennet soltó una risita para sus adentros y luego susurró:

—La maldición significa que, durante el resto de vuestra vida, a cada paso que deis, vuestras pelotas chocarán entre sí, causándoos un intenso dolor cada vez que os mováis.

Los hombres se quedaron boquiabiertos, con el ceño fruncido y el miedo cruzando sus rostros.

—Está mintiendo —dijo Rojo.

—Imaginad lo que sentiréis cuando corráis. Cuanto más rápido corráis, más fuerte se golpearán… —Se quedó mirando al cielo.

Calvo dijo:

—Me está asustando, Harry. Haz que pare.

Harry negó con la cabeza.

—No caigas en sus mentiras. Está intentando que la dejemos en paz.

—¿Ah, sí? —Cerró los ojos y cantó—: Invoco a los pájaros para que reúnan a las serpientes de lengua bífida para esta noche. —Su voz se hizo más fuerte y empezó a cantar en voz alta.

Luego terminó la canción y silbó. Al instante, todos los pájaros del árbol alzaron el vuelo, y el repentino movimiento causó exactamente el efecto que ella había esperado. El aleteo de los pájaros hizo que dos de los hombres gritaran y montaran a caballo.

—¡Quien me desate será el único que se salve de la maldición!

Flaco corrió hacia ella y le cortó las ataduras, luego montó en su caballo y siguió a los otros tres de vuelta al sendero.

Jennet se frotó las muñecas. Estaba libre. Apresurándose en la otra dirección, tropezó con las raíces de los árboles mientras buscaba frenéticamente a su caballo, rezando para que no estuviera lejos. Afortunadamente, nadie la siguió. Ahora solo tenía que decidir con certeza qué hacer a continuación.

¿Volver a la tierra Ramsay o dirigirse a Black Isle?

Finalmente encontró su caballo a una buena distancia, y sabía que debería haber montado, pero le temblaban las manos. Antes de darse cuenta, cada parte de su cuerpo temblaba. Por miedo o por qué, no estaba segura, pero no podía montar.

Se apoyó en el caballo, cerró los ojos y le rodeó el cuello con el brazo. Se oyó una voz detrás de ella.

—Correré el riesgo.

Girando sobre sí misma, intentó arremeter contra Feo, pero él era demasiado rápido. La cogió y empezó a arrastrarla lejos de su caballo. Tenía que hacer algo. Al notar cómo se le habían abierto las ampollas de la mano causadas por la cera de la vela, se le ocurrió una idea repentina.

—¿Quieres la sífilis? Porque yo la tengo.

Empujó la mano a su cara, mostrándole las ronchas sangrantes.

—Acerca tu miembro endurecido a cualquier parte de mí y estará cubierto de lo mismo en dos noches. —Conteniendo la respiración, esperó a ver si se tragaba la mentira.

En lugar de eso, acercó su cara a la de ella y dijo:

—No hay problema. Ya tengo la sífilis.

Ethan reflexionó sobre su próximo movimiento. Sabía que debería

dormir, pero no podía. Pesadillas de Jennet gritando le hicieron salir de la cueva en dos ocasiones. ¿Era una advertencia o alguien le estaba diciendo que ella estaba en problemas? Había buscado por la zona, pero no había encontrado nada, aunque estaba convencido de una cosa: Jennet estaba en apuros.

Después de desayunar, decidiría dónde ir a buscarla. Sentado justo dentro de la cueva, donde podía observar su entorno, sacó un trozo de carne seca y empezó a masticar.

Primero, practicaría su tiro con arco. Luego pasaría un rato levantando y lanzando rocas o troncos que encontrara. Gavin le había dicho que ambas actividades fortalecerían la parte superior de su cuerpo, algo que lo haría parecer más fuerte e intimidante. Había empezado entonces y ya notaba que los músculos de sus brazos aumentaban de tamaño.

Una hora más tarde, satisfecho con su práctica de tiro con arco y complacido con las rocas que había levantado, partió hacia el sur, en dirección a la tierra Ramsay. Había estado viajando hasta que la oscuridad se cernió sobre él y se detuvo, creyendo haber oído gritar a una mujer.

Ató su caballo a un arbusto cercano y se arrastró silenciosamente en dirección al grito. Si el sonido procedía de Jennet, sin duda estaba en apuros, ya que rara vez la había oído levantar la voz.

En lugar de una voz femenina, fue recibido por el sonido de una risa masculina. Siguió la voz y avanzó sigilosamente hasta llegar a un claro. Escondido tras unos arbustos, se asomó entre las ramas y se sorprendió al ver a Jennet atada a un árbol mientras cuatro hombres se reían de ella no muy lejos.

Marcas le había dicho hacía mucho tiempo que nunca corriera directamente hacia una situación desconocida, que era mucho más importante ver exactamente cuál era la situación antes de saltar a la refriega.

Eso significaba ver quién estaba implicado, quién era la amenaza más fuerte, quién estaba al mando y hacia dónde se dirigía la situación. El consejo de Marcas le había resultado fructífero muchas veces.

Primero escuchó, intentando asimilar las palabras de los desconocidos, pero antes de que pudiera hacer una valoración completa, Jennet levantó los brazos y un repentino estallido de alas de pájaro llenó la zona. Los hombres corrieron, saltaron a sus caballos y abandonaron la zona, una persona desató a Jennet antes de marcharse.

Su instinto fue correr hacia ella, pero sospechó que estaría más segura si se mantenía alejado hasta que los hombres se marcharan. Entonces iría hacia ella.

No tuvo que esperar mucho para que se quedara sola, ya que los hombres parecían haberse marchado sin intención de volver, así que contó hasta diez —otra cosa que le había enseñado su hermano—, pero luego dudó. Esperaba que su repentina marcha significara que ella se había librado de sus captores, pero entonces vio cómo uno de los hombres regresaba, corría hacia ella cuando estaba junto a su caballo y la cogía. No le gustó la forma en que manoseaba a Jennet, y una furia empezó a crecer en su interior.

Todavía escondido, cogió su arco, ensartó una flecha y apuntó. El bastardo estaba tan cerca de ella que Ethan sabía que tenía malas intenciones, y eso le hizo desear matarlo, y no rápidamente.

Ethan capturó la mirada de Jennet cuando se volvió. Ella había ocultado rápidamente su miedo, reaccionando con su fuerza, pero cuando él vio el destello de miedo pasar por esos hermosos ojos marrones, perdió el control. Disparó su arco, alcanzando al bastardo en el costado.

El imbécil se giró confundido, cogiendo la flecha clavada en su costado y dando a Ethan la oportunidad de ensartar otra flecha. Al principio, el hombre era demasiado lento y ajeno completamente a lo que lo rodeaba. Ethan salió de detrás de los arbustos, apuntó su segunda flecha y disparó, atravesándole la espalda. Tal vez no era un golpe mortal, pero sí lo suficiente para ralentizarlo hasta alejar a Jennet de allí.

—¿No estás herida? —preguntó tras correr hacia ella y dejarse caer a su lado. El simple hecho de estar tan cerca de ella le produjo sensaciones extrañas que no comprendió.

—No, estoy bien. Ethan, ¡cuidado!

Fue pillado por sorpresa. El villano había recibido una repentina oleada de instinto de supervivencia y había corrido hacia su caballo para coger su propio arco.

Cuando Ethan se dio la vuelta para ver qué ocurría, una flecha lo alcanzó el hombro izquierdo, incrustándose profundamente en su carne. Estaba tan conmocionado, no solo por el atacante sino por el dolor instantáneo, que cogió la flecha y la sacó de un tirón, soltando un fuerte gemido justo antes de tirarla a un lado.

Miró al patán que había huido, y no le sorprendió ver que sus movimientos se ralentizaban. La segunda flecha de Ethan había impactado en el otro costado del hombre, y podía ver la sangre empapando sus ropas, pues le había causado una herida mucho más grave de lo que había pensado en un principio. Vio cómo la fuerza vital abandonaba el cuerpo del hombre y el bastardo se desplomaba en el suelo. Rodó sobre su vientre, con sus manos clamando por retirar el arma invasora, pero no llegó tan lejos.

Ethan se volvió hacia Jennet, inseguro de qué hacer a

continuación. Según muchos, este era el momento de abrazarla, mimarla, incluso alzarla en brazos. Pero primero necesitaba examinarla para asegurarse de que no se había hecho daño.

—¿Jennet? ¿Estás sana?

—¡No, gran bestia! No estoy sana en absoluto.

Todo lo que la mente de Ethan podía procesar en ese momento era una desesperada necesidad de correr.

12

Sus piernas estaban listas para correr, pero una pequeña voz lo detuvo.

—Por favor, no me dejes. Ahora no, Ethan. —Jennet intentó alcanzarlo, pero su mano se detuvo justo antes de llegar a su brazo.

Él la miró fijamente, dándose cuenta de que era un momento importante. Después de todo lo que acababa de pasar, tenía que hacer esto por ella. Levantó la mirada hacia ella y le dijo:

—Puedes hacerlo, si te sirve de algo. Pero tengo una tela escocesa de más para poner entre nosotros. —Su mente trabajó rápidamente para encontrar una solución, ahora que veía claramente lo que ella necesitaba. A Ethan le había supuesto un gran dolor su incapacidad para darle lo que necesitaba. Ahora estaba dispuesto a hacer todo lo posible para encontrar una manera de consolarla. No permitiría que se acercara para luego alejarla. Sacó la tela escocesa de su alforja y se la colgó del pecho—. ¿Esto te servirá? Puedo sujetarte con esto.

—No me importa. Te necesito, Ethan. —Alcanzó su brazo, se aferró a él y cayó contra él. A él le pareció una posición aceptable porque no estaban tocándose piel con piel.

—Te sostendré. —Su cuerpo reprimió un pequeño escalofrío al permitir lo único que había rechazado después de todos estos años. Aunque no estaba tocando su piel, podía sentir el calor de Jennet a través de la tela. La rodeó con los brazos, le colocó la cabeza bajo su barbilla y le permitió llorar. Sintió su suave cabello y se dio cuenta de que no le molestaba, con su aroma siendo más fuerte que antes.

La estaba abrazando, tal como Donnan había sugerido. No necesitaba hablar; entendía que lo único que ella necesitaba era su presencia. Él simplemente estaría aquí para ella. Su presencia, había dicho Kyle, la tranquilizaría.

—¿Te han hecho daño, Jennet?

—No —balbuceó contra él, con sus sollozos agitándose en lo más profundo de su pecho—. Solo necesito llorar un poco. Luego estaré bien.

Así que la dejó llorar.

Esto le permitió concentrarse en todo lo demás que era Jennet. Su aroma a los pinos más dulces, la sedosidad de su pelo, la suavidad de sus curvas contra él. Sintió la curva de cada pecho mientras ella luchaba por controlar sus sollozos y la forma en que sus manos

sujetaban los músculos de la parte superior de sus brazos, como si tuviera miedo de soltarlo.

Esta mujer en su regazo no se parecía en nada a Cori. Se lo recordaría a sí mismo. Ethan no podía evitar imaginar que estar con Jennet sería muy diferente… incluso placentero. ¿Podría ser Jennet la clave para liberarlo de sus propios miedos?

Era una pérdida de tiempo dedicarse a eso ahora, en su lugar necesitaba pensar en la situación en la que *ambos* se encontraban. ¿Cómo se las había arreglado Jennet para meterse en semejante aprieto? ¿Qué hacía aquí? Se le ocurrió que esto podría tener algo que ver con su tarea más importante, así que preguntó:

—¿Tu padre está curado?

Ella se empujó contra su pecho para mirarlo, resopló varias veces y luego gimió « No» antes de volver a dejarse caer contra él.

Ethan no pudo evitar preguntarse si él había empeorado las cosas, lo que lo llevó a otra consideración. ¿Qué podía decir para arreglarlo? Se quedó pensativo un momento antes de que finalmente se le ocurriera algo que había visto hacer a Marcas con Brigid. Apartó a Jennet de él, aun tocándole los brazos a través del material, y le dijo:

—Háblame de tu padre.

Ella tenía hipo, resopló tres veces y se secó las lágrimas.

—Tienes razón. Tengo que controlarme. —Miró al suelo un momento, todavía limpiando las lágrimas que habían provocado el torrente de hacía unos momentos.

—Mi padre no está bien.

—Pero tú puedes ayudarlo, ¿no? ¿Por qué te has ido?

Las lágrimas comenzaron de nuevo, así que él preguntó:

—¿Puedo abrazarte mientras me siento en la roca de allí?

Ella miró hacia el lugar que él le indicaba y asintió con la cabeza mientras susurraba:

—Eso me gustaría, si no es mucha molestia.

La condujo hasta la roca alejada del camino. Entonces, se detuvo en seco.

—Ethan, ¿estás solo? —Miró a su alrededor, aparentemente buscando otro caballo. El aire estaba en calma, el único sonido que llegaba hasta ellos era el gorjeo de las ardillas bailando entre los árboles y el canto ocasional de los pájaros.

—Sí.

—Pero no estamos lejos del camino, algo que es una tontería. Cuatro hombres me han abordado, pero tres han huido. Esos hombres podrían volver en cualquier momento, así que debemos irnos. La única forma de estar a salvo sería encontrar otro lugar al que ir. ¿Hay alguna cueva no muy lejos de aquí? Creo que debemos tener más cuidado. Debemos intentar no llamar la atención de ningún bandido

que pase junto a nosotros. —Ella escaneó la zona—. Los otros tres podrían volver a buscar a su amigo.

—De acuerdo. Sé de una cueva a una hora al norte. ¿Irás a la tierra Ramsay o a Black Isle?

Ella suspiró, luego asintió con aire de derrota.

—Black Isle, si me llevas contigo.

—Lo haré. ¿Dónde está tu caballo?

—Estaba allí mismo, pero ahora no tengo ni idea. Puede que lo hayan robado. —Miró a su alrededor, triste por no ver ningún caballo a la vista. La zona estaba llena de huesos de conejo y otros objetos dejados por los cuatro hombres. Estaba claro que se habían marchado a toda prisa.

Ethan se levantó y registró la zona, deteniéndose junto al cadáver para recuperar sus flechas. No sentía otra cosa que no fuera haber hecho justicia con ese idiota que había planeado abordar a Jennet. Esto era totalmente diferente a los cadáveres que había encontrado por la maldición, sus muertes una tragedia. Pasó junto al muerto hasta el caballo que había dejado atrás, claramente no el de Jennet porque la bestia estaba mal cuidada. Liberó al animal, con la esperanza de que el caballo pudiera encontrar comida y alimento. Cuando soltó las riendas y el animal se alejó trotando, captó algo con el rabillo del ojo, algo en un árbol cercano. Una de las alforjas de Jennet, supuso que la más grande, se había enganchado en la rama de un árbol. Recordó que a menudo viajaba con dos, aunque no sabía por qué.

Cogió su alforja y regresó, con la bolsa en alto.

—El caballo debió haber salido corriendo, pero tu burjaca quedó atrapada entre los árboles. Tienes esta. —Vio que una pequeña sonrisa cruzaba su rostro ante este hallazgo, así que la llevó directamente a su caballo.

La ató a su montura y luego la subió al lomo de su bestia antes de montar detrás de ella.

—El animal del hombre se quedó atrás, pero estaba mal cuidado, no es de los que aguantan bien un viaje a las Highlands. Lo mejor para ti es viajar conmigo. —Sacó una tela escocesa extra de su alforja y la puso entre los dos, para asegurarse. No queriendo llamar la atención sobre esta acción, y sintiéndose un poco avergonzado por su vulnerabilidad, dijo—: Una extra… para mantenerte caliente.

No habían ido muy lejos cuando Jennet se quedó dormida contra él, algo que no le importó. Ethan empezaba a aceptar la cercanía que había estado manteniendo con Jennet. Cada vez le parecía más natural, como un obstáculo que podía superar.

¿O su aceptación era un indicio de lo que sentía por la muchacha?

No lo sabía y no quiso pensar en ello, sino disfrutar de la sensación y el calor de su cuerpo contra el suyo. Desde una perspectiva de

supervivencia, sin duda era más práctico dormir con otra persona al lado.

No se despertó hasta que llegaron a la cueva. Él la sacudió ligeramente y ella respondió, incorporándose y sonriendo al verlo.

—Gracias al cielo —susurró—. Creía que seguía cautiva de esos hombres repugnantes.

La condujo a la cueva en la frondosidad del bosque después de acomodar el caballo y darle la bolsa de avena que había traído. Trepó por una pequeña loma hasta llegar a la boca de la cueva, adelantándose a ella para comprobar las cosas. Al revisar el interior, le hizo un gesto.

—No hay nadie aquí. Por esta noche estamos a salvo. Si nos movemos más allá de la curva, creo que tampoco nos verán. Parece que hay una saliente al fondo de la cueva.

La cueva olía a humedad de una lluvia reciente, con un charco a un lado donde debió haber habido una abertura en la roca. Ethan prefería las cuevas con aberturas para el aire fresco. No solo permitían la entrada del agua de lluvia, sino también de la luz del día, que señalaba el amanecer y el atardecer a los viajeros. Una vez dentro, dejó sus pertenencias en el suelo y se acomodó en una roca hacia la parte trasera de la cueva, luego se colocó de nuevo su manta extra.

—Te abrazaré de nuevo mientras me hablas de tu padre. —La idea de abrazarla como antes le agradó.

¿Qué le estaba pasando?

Jennet no podía estar más sorprendida de que Ethan estuviera dispuesto a permitir que volvieran a tocarse, incluso con la tela escocesa de más entre ellos. La realidad de su situación acababa de golpearla ahora que por fin se había calmado. Se sentía feliz de tenerlo aquí con ella, así que aceptó fácilmente que debería mantener una distancia segura para evitar que Ethan se sintiera incómodo.

No le importaba mientras estuviera a salvo lejos de esos bastardos. Al pensar en lo que habían planeado para ella, decidió que probablemente era mejor no compartir sus pensamientos con Ethan. En cierto modo, él estaba más protegido de lo que ella y Brigid habían estado.

Pero deseaba compartir la experiencia que había tenido con su padre.

—La situación con mi padre es grave. No está bien y no he podido ayudarlo.

—Cuéntame lo sucedido. Aún vive, ¿verdad?

—Sí, sigue vivo, pero no sabemos qué es lo que le provoca la fiebre

y la supuración.

—Entonces deberías quedarte hasta que descubras el misterio. Tú y tu madre podríais seguir estudiando el problema, ¿no?

No era tan sencillo, aunque pudiera serlo para los demás. La gente no entendía que los sanadores no tenían ni idea de qué causaba la mayoría de las enfermedades.

—Mi madre ha estudiado su enfermedad, pero ha sido incapaz de encontrar una causa.

—Tu mente es probablemente más ágil que la de tu madre. ¿Por qué no puedes averiguar el problema?

Suspiró, pensando en la recámara que había abandonado, con sus hermanos alrededor esperándola para ayudarla.

—Su herida supuró, y mi madre y yo acordamos que teníamos que limpiarla, lavar el líquido pútrido y volver a vendarla. Planeamos hacerlo, pero mi padre se enfadó.

—¿Con quién?

Ella lo miró fijamente, profundamente herida por la verdad.

—Conmigo. Me dijo que no tocara cierta zona que le dolía mucho. No le hice caso, intenté limpiar esa zona y enfureció.

—A veces es el delirio el que habla. Es exactamente lo que decía mi madre. No hay que escuchar a los que están muy enfermos. Es lo que me guio cuando cuidé a los enfermos durante la maldición.

—No para mí —dijo ella, mirándolo a los ojos grises—. Ha intentado pegarme.

—¿Pegarte? ¿Tu propio padre? Eres adulta. Es demasiado tarde para disciplinarte.

—Cierto, pero se enfadó tanto cuando intenté limpiar la zona de su dolor que arremetió contra mí. Solo la mano de mi querido hermano evitó que me derribara al suelo. Mi padre es mucho más alto que yo.

—¿Qué pasó después?

—Me escapé. —Lloriqueó y se apoyó en él para sentir su calor. Le gustaba sentir sus brazos alrededor de ella.

—Y cuando tu padre se disculpó, te sentiste mejor, ¿verdad?

—No, nunca se disculpó. —Suspiró de nuevo porque era una fuente de consuelo para ella—. Me fui y no volví.

—¿De verdad? ¿No le dijiste a tu madre que te ibas? ¿A tu hermana? ¿A tus hermanos?

Ella negó con la cabeza, sabiendo que las palabras eran tan dolorosas que, si tuviera que decirlas de nuevo, volvería a sollozar.

—He cometido dos errores: herir a mi padre e irme sin despedirme. Nunca podré volver a casa.

Su padre la odiaba.

13

Ethan no sabía qué decir, pero sí entendía una cosa. Entendía que huir era una solución a los problemas. Él había huido de los suyos hacía años.

La oscuridad cayó sobre ellos antes de que se dieran cuenta, así que dijo:

—Deberíamos descansar. Podemos dormir juntos en la cueva. Prometo ser honorable y no hacer sugerencias inapropiadas, pero sería aconsejable aprovechar el calor del otro. Mantendremos la tela escocesa entre nosotros para que no te sientas incómoda. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, me estoy enfriando. Tengo dos pieles en mi bolsa.

—Y yo tengo varias. Suficiente para poner dos debajo de nosotros y las otras arriba. Estoy listo para dormir si tú lo estás.

—Lo estoy. Gracias por salvarme, Ethan. —Se levantaron juntos y ella se puso de puntillas para besarle la mejilla—. Espero que no te moleste.

—No me molesta. Confío en ti.

—Ethan, casi lo olvido. ¿Cómo está tu hombro? Debería haberte puesto pomada. Tengo un poco conmigo… —empezó a rebuscar en su bolso.

—Está bien. No necesito el ungüento. —Se miró el hombro por dentro de la túnica—. No sangra en absoluto. Puedes curarlo mañana si quieres. —Le dolía un poco, pero era un guerrero. No haría un escándalo por una pequeña herida.

Se acomodaron en el suelo, en la parte trasera de la cueva, lejos de la entrada y del viento. Se colocó detrás de ella y Jennet se arrimó rápidamente a él, la espalda contra su pecho. Eso le pareció bien a Ethan. Una vez cubiertos, se relajó contra él.

Le gustaba tenerla así de cerca, le invadía un sentimiento de protección. Y algo más. Su mente vagaba por pensamientos de tocar su piel, de intimar con ella, lo que Marcas llamaba «hacer el amor».

No había hecho el amor con Cori. Eso había sido forzado y sin un final satisfactorio para ninguno de los dos. Con Jennet, confiaba en que sería diferente. Ella le daba una esperanza que no había sentido antes. Se atrevió a abrir su mente a la posibilidad de una vida en la que no agonizara ante la idea de estar cerca de otros, especialmente de Jennet.

¿Podría él ser como los demás?

—Ethan, ¿qué ha pasado para que tengas tanto miedo de tocar a la gente? No quiero entrometerme, pero si realmente deseas perseguirme, me gustaría saberlo.

—Te lo diré, si quieres. No se trata tanto de un contacto como de confianza. Necesito confiar en la gente que toco, o que me toca. —Suspiró y se preparó para este nuevo reto. De todos los sucesos de su vida difíciles de contar, este era el primero de todos—. Hace muchos años, cuando tenía quince veranos, viajé al festival de verano del clan Milton. Todos los clanes estaban invitados, y presentaba múltiples desafíos. Había lucha con espadas, lanzamiento de troncos y tiro con arco, entre otros. Me alegró ir, pero mis habilidades no eran las mejores. Sin embargo, yo era excepcional en una prueba en particular: el lanzamiento de martillos. El clan Milton tenía grandes martillos que utilizaban en sus competiciones, y yo era bueno porque podía calcular mentalmente a qué altura tenía que lanzar el martillo para que cayera lo más cerca posible del centro del objetivo. A menudo cambiaban los martillos a los concursantes porque los distintos pesos los despistarían, pero no a mí. Podía reajustar mi tiro para utilizar cualquier martillo que me dieran.

—Es una habilidad impresionante para alguien de tu edad, Ethan. ¿Cómo aprendiste a adaptarte tan rápido?

—Es difícil de explicar, pero puedo verlo en mi mente: el martillo, la distancia, la altura de cada lanzamiento. Disfrutaba y se me daba bien. De hecho, quedé en primer lugar.

Jennet rodó sobre su espalda para poder mirarlo.

—¿Y cómo encaja esto en tus miedos?

Tragó saliva y decidió ser sincero con ella.

—Me gustaba una muchacha, pensaba que era guapa, y deseaba reunirme con ella, si podía. Así que, después de ganar el concurso, recorrí los terrenos del festival buscándola. Se llamaba Cori. Pero, por desgracia, Cori estaba con otro muchacho. Eso me disgustó, pero para mi sorpresa sus amigas se me acercaron, hablando de lo fuerte que era yo con el martillo. Sus dos amigas eran Alva y Dunn. Después de recoger mi premio, me buscaron. Alva, quien no era mi favorita porque solía ser gritona y grosera, me arrastró a una zona detrás de unos arbustos.

Dudó, sobre todo porque nunca le había contado esta historia a nadie más que a sus hermanos. ¿Se reiría de él o entendería por lo que había pasado? Como había dicho su padre, contarle a alguien tus momentos más vulnerables podía revelar mucho sobre el carácter de una persona. Sabría de inmediato si Jennet no era un buen partido basándose en su reacción y comprensión. Pero no albergaba mucho miedo de esto. Había llegado hasta aquí, terminaría lo que había

empezado. Ahora sabía que perseguir a Jennet también significaba ofrecerse a ella, con todas sus debilidades y complejidades. Había llegado la hora de la verdad y confiaría en Jennet.

—Alva intentó besarme, luego intentó cogerme por debajo de mi tela escocesa. No me gustó, ella no me gustaba, y lo último que esperaba era que me tocara… *ahí.* Me asusté y la empujé, pero le dijo a sus amigas cosas que no me gustaron.

—¿Como qué?

—Le dijo a Cori, mientras estaba con el otro hombre, que yo besaba fatal y que no se me ponía dura. Cori era la que me gustaba, me miró y se echó a reír. Entonces Dunn me empujó contra un árbol e intentó lo mismo, babeando contra mi boca, pero yo la aparté de un empujón. Por desgracia, no fui lo bastante rápido para detener su mano antes de que me tocara bajo la tela escocesa, y respondí con un rugido, empujándola con fuerza. A ella tampoco le gustó eso, así que empezó a decir mentiras.

—¡Oh, Ethan! Qué horrible.

—Se pusieron a ambos lados de Cori, y Alva dijo: «Le pasa algo. Ni siquiera se le levanta». Dunn dijo: «Es extraño. No me fío de los muchachos que no devuelven el beso. ¿Qué pasa, Ethan? ¿Prefieres besar a tu caballo? ¿A tus vacas o cerdos? Ni siquiera se le puso dura y no me permitió tocarlo. Tiene una enfermedad».

Ethan no dijo nada más porque supuso que no hacía falta. Toda esta situación tuvo lugar antes de que Cori se acercara a él, cuando era unos años mayor. Eso fue cuando era joven y sabía poco de relaciones.

Jennet susurró:

—Ethan, necesito abrazarte. Ahora lo entiendo todo, pero, por favor, confía en mí. Y prometo decirte cuando desee tocarte.

Su respiración se había acelerado al recordar ese horrible día. Se sentía avergonzado de admitir su desagrado por algo que otros hombres parecían desear todo el tiempo, pero no le había gustado nada.

—No me gusta que me toquen por debajo de la tela escocesa.

—¿Puedo abrazarte?

Ethan se lo pensó un momento. ¿Ceder ante ella empeoraría la situación?

Jennet dijo:

—Inténtalo, Ethan. Puede que te guste que te abrace. Y mantendré la tela escocesa entre nosotros.

—De acuerdo.

Ella lo rodeó con los brazos y presionó, apoyando la cabeza en su hombro y abrazándolo con fuerza. Ethan esperó el dolor, pero no sintió miedo, ni desconfianza alguna. De hecho, *sí* le gustó. Saboreó su cercanía unos instantes más antes de inclinarse hacia atrás y decir:

—Tienes razón. Disfruto de nuestros abrazos.

Ella respondió:

—Bien. Entonces, ¿quieres confiar en mí para una nueva experiencia más?

Él asintió, deseando más de esta mujer.

Jennet se inclinó hacia él con los ojos cerrados. Sus labios cálidos y suaves transmitieron a Ethan un calor que él no entendió. Pero, de repente, comprendió algo más.

Se le puso dura.

Durmieron toda la noche de la misma forma en que se habían quedado dormidos, con el trasero de Jennet pegado a la parte delantera de su cuerpo, solo con su calor. Por la noche lo asaltaron extraños deseos que creía que nunca experimentaría y, aunque le habría interesado intentar otras cosas con Jennet, había prometido no hacerlo.

Ethan nunca rompía una promesa.

En lugar de eso, durmieron en inocente felicidad.

Cuando Jennet se alejó de él por la mañana y miró fuera de la cueva, se sorprendió al ver que ya había pasado el amanecer. El mediodía se acercaba rápidamente. El sonido de un arroyo cercano recorría el bosque; aunque no estaba tan cerca como a ella le gustaría, podía darle la intimidad que necesitaba para hacer sus necesidades.

Ethan se despertó detrás de ella y dijo:

—Voy al arroyo a refrescarme. Llenaré el odre si quieres.

—Me ocuparé de ello. Si me necesitas, grita y te oiré.

Saber que Ethan estaba al alcance de su oído era un consuelo para ella. Era un hombre honorable que la protegería de cualquier hombre o bestia, de eso estaba segura. Tampoco necesitaba preocuparse por su virtud con él, ya que aún no estaba preparado para eso.

Su virtud. Su maldita doncellez, la pesadilla de su existencia, porque si fuera una mujer de apuestas, apostaría a que nunca la perdería. Si hubiera alguien para ella en la tierra Ramsay, ya lo habría conocido.

¿Encontraría algún día un hombre para ella como Brigid había encontrado a Marcas? Se apresuró con sus tareas, lavándose las manos y la cara antes de regresar, enjuagándose la boca en último lugar. No deseaba volver a ser secuestrada, pero sabía que debía ser consciente de su tiempo.

Cuando ella regresó, Ethan llegó desde el lado opuesto de la cueva y los afloramientos rocosos, y luego siguió su camino hacia el arroyo.

—Volveré rápido, muchacha.

Una vez que terminaron sus abluciones, ella dijo:

—Creo que es hora de regresar a Black Isle, pero solo somos dos, así que creo que deberíamos alejarnos del camino principal.

—¿Estás segura de que no deseas volver y ver cómo está tu padre?

Las palabras de Ethan la hicieron desear desesperadamente poder hablar con su madre y preguntarle si el lavado y el ungüento en el que habían trabajado tan duro habían ayudado a su padre en algo, pero simplemente no había vuelta atrás para ella ahora. A partir de ahora solo avanzaría.

Su padre había intentado golpearla, y ella nunca olvidaría la mirada de sus ojos cuando levantó una mano hacia ella. Recogió sus cosas y notó que Ethan se llevaba la mano al hombro.

—Ethan, tal vez deberíamos lavarla y vendarla. ¿Era una herida profunda?

—No, está bien. Solo está un poco dolorida. Ya saqué la flecha y casi no me duele, solo cuando me muevo de cierta manera. Me pondré bien. —Jennet se reprendió a sí misma por estar tan concentrada en su propio dolor interno y olvidarse de su herida, aunque no parecía haber mucha sangre, o ella se habría dado cuenta.

Montaron juntos y se dirigieron al noreste, hacia Black Isle. No hablaron mucho porque el viento azotaba el paisaje a través de los árboles, haciendo imposible oír las voces. Solo se detuvieron una vez, y Jennet notó un cambio en Ethan, aunque no estaba segura de la causa.

Él la ayudó a desmontar, pero su rodilla se dobló justo cuando los pies de Jennet tocaron el suelo.

—Ethan, ¿pasa algo? —Buscó en su rostro algún signo de enfermedad, pero él estaba estoico como siempre.

—No, estoy bien. Solo necesito atender mis necesidades. —Se giró lentamente y se dirigió a una zona privada, y lo único que Jennet pudo pensar fue que probablemente deberían haberse detenido antes.

Pero él regresó oportunamente y la ayudó a subir a su caballo sin problemas hasta el último momento, cuando ella lo sorprendió haciendo una mueca de dolor.

—¿Te duele el hombro? Puedo ponerte un ungüento.

—No, está bien. Estoy cansado, pero después de todo lo que hemos pasado, tú también debes estarlo. Es imprescindible que sigamos moviéndonos. Cuanto más cerca estemos de Black Isle, más seguros estaremos. No muchos llegan así de lejos en las Highlands, muchacha. No te preocupes por mí.

Continuaron su viaje hacia la tierra Matheson, afortunadamente sin tormentas. El viento continuó, pero la lluvia se mantuvo alejada, algo que ella agradeció porque ese tipo de tormentas ralentizaban el viaje considerablemente. Incluso los caballos odiaban las tormentas.

Se acercaba el anochecer cuando Jennet miró a Ethan por encima del hombro.

—¿Seguro que estás bien? No tienes buen aspecto. —Ella no podía decir exactamente lo que era, pero él había cambiado en medio día.

—Estoy bien, pero apenas puedo oírte con este fuerte viento. Debemos encontrar un lugar para pasar la noche pronto. Hay otra cueva más adelante, y creo que nos espera una noche de lluvia. No me gustaría estar en suelo mojado contigo, Jennet. Este viento es demasiado. —Él miró al cielo, pero el silbido del viento no daba señales de amainar.

Probablemente por eso Padraig ya estaba casi encima de ellos antes de que se percataran de su presencia.

Arrimó su caballo junto a ellos y sonrió.

—No esperaba encontrarte tan fácilmente. No has ido muy lejos, ¿verdad, Matheson? ¿Y cómo has encontrado a Jennet?

—¿Has conocido a Padraig? —preguntó Jennet, dándose la vuelta para mirar de nuevo a Ethan. Sin esperar su respuesta, le dijo a Padraig—: Ethan ha dicho que hay una cueva más adelante. ¿Puedes encontrarla? ¿Conoces alguna?

—Sí, yo os guiaré. Está justo a la vuelta de la siguiente curva, al otro lado del arroyo.

Miró a Ethan para ver si discutía, pero no lo hizo. Asintió débilmente con la cabeza y sus ojos vidriosos le dieron un mal presentimiento. Ella miró a Padraig y le dijo:

—Deprisa.

Padraig lideró el camino, inclinándose hacia el viento. Una media hora más tarde, condujo su caballo cerca del arroyo, dejándose guiar un poco por el paisaje de piedra hasta que localizó la cueva. La entrada era lo suficientemente grande para los caballos; una circunstancia afortunada, ya que podían servir para bloquear algunos de los violentos vientos que invadían el espacio.

Jennet desmontó con la ayuda de Padraig, pero para su consternación, Ethan estuvo a punto de caerse del lado del caballo. Padraig lo capturó y Jennet se acercó para ayudar a Ethan a ponerse de pie.

—Su cuerpo está ardiendo, Padraig. Debemos llevarlo dentro, que beba algo.

—¿Por qué tendría fiebre? —le gritó Padraig mientras subían por un corto sendero hasta la cueva.

—Tenía una herida de flecha en el hombro, pero no la vendé.

—No es propio de ti, Jennet.

—Lo sé. Mi mente estaba en todo lo que ha pasado y en lo agradecida que estaba de que él volviera a por mí. Podría estar muerta si no fuera por él. Pasaron demasiadas cosas y olvidé su herida. Esta

mañana me dijo que no era nada, y no vi sangre.

¿Su error le costaría caro? ¿Le costaría a Ethan el uso de su brazo? ¿Otra enfermedad que no ella podría curar?

No, no pensaría en eso. Lo llevaría dentro, limpiaría y vendaría su herida, le pondría un poco de cataplasma y lo dejaría dormir toda la noche. Estaría perfectamente por la mañana, se aseguró a sí misma, aunque no era habitual en ella dejar que la emoción pesara más que la razón.

Cogió su alforja y la de Ethan, y siguió a Padraig mientras se adentraban en la protección de la cueva. Afortunadamente, la única bolsa que había encontrado tras el ataque del bandido era la que contenía sus cataplasmas y ungüentos. Guardaba más pieles y leggins en cada bolsa, así que perder una no había sido tan devastador como habría sido perder las dos. Sus manos temblaban como si algo terrible estuviera a punto de caer sobre ellos. Incluso los caballos estaban nerviosos, otra señal de una tormenta inminente, pero Jennet tenía que concentrarse en Ethan.

Padraig llevó a Ethan hasta una roca en el fondo de la cueva y lo acomodó sobre ella mientras Jennet sacaba sus herramientas de curación, buscando la cataplasma que podía ponerle.

—Ethan —dijo, mirándolo—. No tienes buen aspecto. ¿Cómo te encuentras?

—Cansado. Debo dormir. —La miró e hizo algo que ella nunca habría imaginado. Su mano subió y se detuvo en su cara, su dedo rozó su mejilla—. ¿Dormirás conmigo otra vez?

Definitivamente tenía fiebre si podía tocar su piel y no retroceder. Él lo había evitado todo el tiempo.

Padraig dijo:

—Será mejor que su tío no te oiga decir eso, Ethan, o te cortará las pelotas directamente.

La mirada de Ethan seguía clavada en Jennet, pero ella tenía que encontrar todo lo que necesitaba. Vendas, cataplasma, jabón para lavarse.

—No hemos hecho nada inaceptable, solo compartimos el calor del otro. Yo tenía una tela escocesa entre nosotros, así que ninguna piel se tocó. Y el tío de Jennet no puede asustarme tanto como Jennet.

—¿Jennet? ¿Quieres explicarme eso?

—Lo haré después de acomodarlo. Enciende un fuego y llena un odre con agua. ¿Tienes ale? ¿Y de dónde vienes, Padraig?

—Fui a casa a decirles a mi padre y al tío Alex que el tío Quade no estaba bien. Pero llegué a mitad de camino y ellos ya lo sabían. Me topé con dos mensajeros, uno se dirigía a Jennie Cameron y otro al castillo Muir. Así que volví, buscando a Ethan. Estaba preocupado por él aquí solo. —Volvió a su caballo y se giró con una sonrisa en la cara

—. Con gusto compartiré mi ale. El mensajero me ha dado un odre lleno. Dame un sorbo y Ethan puede tener el resto. —Dio un buen trago y se lo entregó a Ethan—. Bebe. Voy a por el agua.

Ethan se recostó contra la pared, con los ojos cerrados.

Jennet deseaba tanto tocarlo, reconfortarlo, pero temía que él reaccionara con demasiada fuerza. Molestarlo ahora no iba a ayudarlo.

—Ethan, por favor, bebe esto por mí. ¿Por favor? Y debo quitarte la túnica.

Ethan no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se inclinó hacia adelante y se quitó la túnica por los hombros, luego se echó hacia atrás, mostrando el brillo de sus músculos a través del vello oscuro de su pecho. Había visto a algunos hombres con más pelo en el pecho que en la cabeza, pero Ethan tenía una pequeña cantidad… justo lo necesario, en su opinión. Obligando a sus ojos a apartarse del lugar al que se desviaban constantemente, examinó la herida de flecha, sin sorprenderse de verla supurando. Sabía que no debía tocarlo, así que usaría una tira de lino y una daga para abrir la herida.

—Ethan, debo drenarla antes de poner la cataplasma.

—Haz lo que debas —dijo él, bebiendo un trago de ale. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Confío en ti, Jennet.

Jennet hizo todo lo posible por concentrarse en su herida. Cogió un cuchillo, lo acercó a la llama del pequeño fuego que había hecho Padraig y esperó antes de abrirle la lesión. Aún no estaba verde ni pútrida, solo blanca y supurante, pero solo llevaba allí un día. No se movió mientras ella lo drenaba, pero en cuanto intentó limpiarlo con un cuadrado de lino, sus ojos se abrieron de golpe y la miró fijamente.

—Por favor, déjalo así.

—Lo siento, pero debo limpiarlo. Debería haberlo hecho en cuanto ocurrió, pero estaba distraída.

Ethan volvió a cerrar los ojos.

—Haz lo que debas, pero por favor, hazlo rápido.

Padraig volvió con agua, más leña para el fuego y un gran puñado de bayas para compartir.

—No puedo creer que estuvieras tan distraída como para olvidarte de vendar su herida. ¿Qué podría distraerte tanto?

Jennet continuó con su trabajo, con Ethan apretando los dientes. Él era lo bastante fuerte como para dejar que ella vertiera agua sobre la herida que drenaba y limpiara con el lino cuando era necesario. Trabajaba lo más rápido posible, aunque reconocía que tenía que ser minuciosa.

—Me atacaron. Intenté ayudar a papá con su herida, pero estaba furioso y casi me golpea, así que hui. No debí haberlo hecho, pero ya es demasiado tarde. Estaba alterada y escapé.

—Déjame adivinar. Escapaste directo hacia unos bandidos. Los hay por todas las Highlands en verano.

—Sí, tenían planes para mí en los que preferiría no pensar, pero querían encontrar un lugar alejado del camino principal para que nadie oyera mis gritos. Supongo que planeaban reclamar mi doncellez una y otra vez —afirmó de forma realista.

Padraig se aclaró la garganta y dijo:

—Solo se puede perder la doncellez una vez, muchacha. Después, son múltiples violaciones. Entonces, ¿cómo te escapaste?

Ethan abrió los ojos y preguntó:

—¿Era verdad lo que decías de las pelotas de un hombre? ¿Has hecho alguna vez lo que sugeriste? Me daban náuseas solo de pensarlo.

—Lo inventé, Ethan. No estoy segura de si funcionaría o no.

Ethan dijo:

—No quiero averiguarlo. Ella los asustó bien, Padraig. Les hizo creer que era una bruja.

—¿Otra vez?

Ethan la miró, y no estaba segura de cómo leer lo que él estaba pensando, así que dijo:

—Ethan, puedo crear muchos cuentos para asustar a los hombres, especialmente haciéndoles creer que soy una bruja. De niña me funcionaba muy bien, así que sigo creando cuentos. No tuve más remedio. No deseo retroceder en el tiempo ahora, Padraig. Tengo mucho tiempo para contarle lo que pasó hace años con Bearchun.

—¿Y los Buchan? Esas historias también.

—Sí, tengo dos historias que contar. Pero no necesito contarlas ahora mismo. —Terminó de limpiar el hombro de Ethan y dijo—: Mira, te contaré esta historia, pero debes ayudarme a atar el vendaje de Ethan en su lugar. ¿De acuerdo?

Padraig se rio.

—De acuerdo. Adelante, así tendré más historias que contar en la tierra Grant.

—Ella es un poco grosera. Creo que debo darte ese consejo antes de que continúe —advirtió Ethan.

—¿Grosera? —Padraig se frotó las manos—. Cuanto más grosera, mejor. Por favor, continúa, querido prima.

—Los he maldecido. Les dije que llegaría una serpiente en mitad de la noche…

—Una serpiente con lengua bífida… —corrigió Ethan.

—Bien. Una serpiente con lengua bífida llegaría en mitad de la noche y les cortaría las pelotas por la mitad para que colgaran libremente. —Ya casi había terminado, el vendaje en su lugar, ahora solo esperaba las ligaduras.

Padraig miró de ella a Ethan y luego dijo:

—¿Ibas a partirle las bolas a un hombre? ¿Por qué eso es tan aterrador? Si aún las tengo, es lo único que me importa.

Ethan dijo:

—Puede que no. Ella explicó que, si las serpiente las partía, chocarían entre sí cada vez que caminaran.

—¡Ah! —Padraig se levantó de un salto y se cubrió las pelotas con las manos en actitud protectora—. Diablos, qué buen método de tortura.

Ethan dijo:

—También les dijo que era tan doloroso cuando un hombre corría, que ha conocido a muchos que se quitaron la vida después de eso. —Luego miró fijamente a Jennet—. Era todo mentira, ¿no?

Padraig dijo:

—Debe de serlo. Pero, ¿cómo se te ocurrió una historia tan retorcida? Tienes una mente enferma, Jennet.

Los dos hombres se miraron fijamente, la expresión de sus caras no tenía precio. Ambos actuaban como si temieran acercarse a ella. Sintió lástima por ellos, así que sabía lo que tenía que decir.

—Me lo he inventado todo. Totalmente inventado. No sé por qué es tan raro. Un hombre valora sus pelotas y su pene más que cualquier otra cosa. Amenaza cualquiera de ellos y tendrás toda la atención de un hombre.

Padraig se atragantó y luego intentó hablar, pero uno de los caballos les interrumpió. De repente, oyeron el sonido de cascos moviéndose entre las hojas. Padraig se apresuró hacia la boca de la cueva para investigar.

—¿Qué pasa? —preguntó Jennet, levantándose para ver qué pasaba. La mirada de su primo no le gustó.

—Había alguien escuchándonos. ¿Conoces a alguien pelirrojo?

—Sí —respondió, apresurándose hacia la entrada—. Uno de mis captores era pelirrojo.

—¿Es él? —Sus ojos siguieron al caballo y al jinete mientras se apresuraban a perderse de vista.

—No estoy segura de si es él o no, pero ese sí es mi caballo.

14

Al día siguiente, se acercaron al castillo Eddirdale, en Black Isle, poco después del amanecer. Nadie los había abordado, y cualquiera podía adivinar las intenciones de Rojo después de haberlos oído a escondidas la noche anterior. Jennet levantó la mano para hacer una señal al guardia de la muralla, pero Padraig le hizo un gesto con la mano.

—Yo me encargo. —Detuvo su caballo bajo la torre del guardia y dijo—: Dile a tu señora que su primo favorito está aquí.

El guardia se marchó. Unos momentos después, el rastrillo se levantó y Brigid salió a recibirlos, con Tara justo detrás.

Brigid se apresuró hacia el caballo de Jennet, quien aún mantenía erguido a Ethan, cuyo estado había empeorado.

—Aquí estás, Jennet. Has hecho bien en describirte como mi prima favorita, ya que eso me trajo aquí inmediatamente.

Padraig desmontó y se puso delante de Brigid y Tara, con los brazos cruzados. Luego bufó.

—¿Quién es tu primo favorito? Seguro que me reconoces. Tengo un aspecto mucho más agradable que Jennet o Ethan.

Tara le devolvió el bufido.

—Padraig, ya conocemos tus hábitos y, aunque las dos te amamos mucho, no eres nuestro favorito.

—Pero lo seré —susurró él, acercándose a Tara por detrás y hablándole tan cerca del oído que ella dio un respingo.

—No te había visto ahí. ¿Y qué podrías hacer para convertirte en mi primo favorito por encima de Brigid o Jennet?

Sus ojos se entrecerraron, con un brillo a través de ellos mientras la miraba con el ceño fruncido.

—Veremos cómo te sientes dentro de quince días. Seguro que seré tu favorito cuando esté aquí más de un día.

Jennet dijo:

—Es demasiado confiado, Tara. No le hagas caso. Aunque no es mi favorito, me gusta tenerlo cerca porque tiene una forma de hacerme sonreír, sin importar la situación.

—Pídele un deseo a la próxima estrella fugaz que veas en el cielo nocturno, Padraig. Solo así sucederá. —Tara le dedicó una amplia sonrisa mientras se burlaba de él—. Aunque me gusta burlarme de ti.

—Si estáis dispuestas a ayudar a Jennet, entonces iré al gran salón

a hablar con los hombres. —Señaló a Ethan—. Y sed amables con Ethan. Es mi nuevo amigo favorito que no es primo.

—Sabes que seremos amables con él. Es el hermano de mi marido. —Brigid arrastró las palabras—: Pero dudo que hables con algún hombre. Te referías a las sirvientas, ¿verdad?

Padraig se rio mientras se dirigía en esa dirección.

—Me conoces demasiado bien, prima. Nos vemos dentro.

Ethan consiguió reunir fuerzas para gritar a la figura que se alejaba:

—¡Aléjate de mi hermana, Grant!

Marcas y Shaw se acercaron desde las lizas y echaron un vistazo a Ethan antes de que el pánico se desatara.

—¿Ethan? ¿Por qué tienes tan mal aspecto? —preguntó Marcas, dirigiéndose directamente a su caballo y levantando la mirada hacia su hermano.

—Ha recibido una flecha en el hombro. Traté la herida anoche, pero está empeorando. ¿Tienes una recámara de curación que podamos usar, Brigid? ¿No podemos cuidarlo allí? —preguntó Jennet, mirando más allá de Marcas y Shaw.

—Sí, usa la recámara que hay junto al pasillo. Brigid, las tres, haced lo que debáis para curarle. —Marcas se acercó a su esposa después de ayudar a su hermano a bajar, la rodeó con el brazo y le besó la sien—. No puedo perder a mi hermano.

Ethan murmuró:

—Estaré bien, pero puede que tengas que evitar que me caiga, Marcas. Ayúdame a entrar, por favor.

Shaw anunció:

—Tenemos el festival mañana. Debemos curarlo antes.

Marcas ayudó a Ethan a avanzar y miró a Jennet con los ojos muy abiertos cuando las rodillas de Ethan se doblaron.

Jennet dijo:

—Se pondrá bien. Fue difícil tratarlo en una cueva a oscuras. Lavaremos la herida, aplicaremos una cataplasma y vendas nuevas.

Brigid se colocó junto a Jennet mientras seguían a los hermanos al interior de la torre.

—¿Cómo está tu padre? ¿Mejor?

Jennet suspiró, diciéndole más a Brigid con el suspiro que con sus palabras.

—No está bien, y no sabemos por qué. Te lo explicaré más tarde. Primero debemos atender a Ethan.

Una vez que lo tuvieron instalado, Brigid dio instrucciones a Nonie sobre lo que necesitaban, y ella se apresuró a buscarlo todo mientras sus hermanos se iban. Tara acercó su taburete a Ethan y estuvo a punto de tocarlo, pero su reacción no se hizo esperar.

—No, solo Jennet. Nadie más. Por favor.

Tara dijo:

—Pero haré lo que pueda y seré amable, Ethan.

—Jennet, por favor.

Jennet estrujó el hombro de Tara y dijo:

—Por favor, permíteme.

—Pero pareces agotada, Jennet.

Brigid se puso detrás de Tara.

—A él no le gusta el contacto con extraños.

Ethan miró a Brigid y le hizo un pequeño gesto de agradecimiento.

—Confío en Jennet. Nos entendemos.

Tara ofreció un asentimiento comprensivo y dijo:

—Jennet, por favor, dinos cómo podemos ayudarte.

Jennet se sentó e hizo que Ethan se quitara la túnica, haciendo todo lo posible por ocultar su atracción por los músculos de sus brazos, la superficie plana de su vientre y la fina línea de vello que conducía a algo más bajo la tela escocesa.

—Debo drenarlo de nuevo, pero ¿puedes responder a unas preguntas, por favor?

—Por supuesto —dijo él, sus ojos se clavaron en los de Jennet.

—¿Es menos doloroso, igual o peor?

Él la miró con el ceño fruncido y luego dijo:

—Tócalo con el pañuelo de lino y luego te lo diré.

Ella obedeció, y él no pareció molestarse hasta que su lino tocó el borde más lejano, el lugar por donde había entrado la flecha.

Brigid dijo:

—¿La flecha se ha roto?

Ethan respondió:

—La saqué para ir tras el imbécil que me agredió.

Tara miró de Brigid a Jennet.

—¿La punta podría seguir dentro? ¿Haría que supurara más?

Era como si su madre estuviera detrás de ella, animándola a seguir adelante, queriendo que dijera que esto era posible.

—Mamá lo ha visto muchas veces. Debemos buscar dentro la punta de la flecha.

—Haz lo que debas —dijo Ethan.

—Ethan, esto dolerá más. Pero una vez que la saquemos, el dolor debería disminuir.

—Mientras eso lo arregle, puedo tolerarlo. Pero hazlo rápido.

Jennet asintió, yendo a por una herramienta que utilizaba para sacar pequeños trozos de cuerpos extraños.

—De acuerdo.

La puerta se abrió y Nonie entró.

—Aquí está todo lo que querías, y he traído ale para Ethan.

—Gran idea, Nonie. Ethan, bebe unos sorbos antes de que empiece. Quiero ordenar todas mis provisiones. —Necesitaba tranquilizarse, esa era la verdad. Estaba nerviosa, y la situación era similar a la que había vivido no hacía mucho. Solo podía pensar en su padre y en lo horrible que eso había sido. Visiones de Ethan intentando golpearla casi la hicieron llorar.

—Jennet —dijo Ethan, dejando la copa de ale—. Mírame, por favor.

Levantó la mirada hacia él, intentando contener el escalofrío que amenazaba con recorrerla. Su voz, tan reconfortante como ninguna otra que hubiera oído, la calmó al instante.

—Jennet, te prometo que no te golpearé. Por mucho que duela, nunca te golpearía como intentó tu padre. Quítatelo de la cabeza.

Ella lo miró fijamente a los ojos grises, del color del glorioso cielo escocés salpicado de nubes blancas. Jennet sintió que le invadía la calma, porque confiaba en él.

—Sé que no me harás daño, Ethan. —Pilló a Brigid por el rabillo del ojo dándole un codazo a Tara. Probablemente habían oído el comentario de que su padre había intentado pegarle, pero no tenía tiempo de explicárselo.

—Hazlo rápido. No temas y continúa.

Ella asintió y dijo:

—Estoy lista. —Puso la punta de la daga limpia en el borde de su herida, con el líquido purulento saliendo a borbotones. Cuando estuvo a punto de terminar, vertió agua limpia sobre la herida, arrastrando más veneno a la palangana. Luego le secó la herida con un pañuelo de lino, observando su reacción al suave contacto—. Ethan, voy a usar una herramienta para buscar el extremo de la flecha. Podría seguir dentro de ti. Mamá dice que podría causar fiebre si no se extrae. —¡Qué fácil habría sido si su padre hubiera sido alcanzado por una flecha!

Ethan cerró los ojos y dijo:

—Adelante.

Ella palpó lo más rápido posible, al principio manteniéndose alejada de su punto más doloroso, pero luego colocó su herramienta directamente en el centro de la herida.

Ethan gritó y Jennet abrió más los ojos.

—¡Está ahí! Lo he encontrado, Ethan. Permíteme colocarlo de modo que pueda coger el trozo de flecha y extraerlo. —Lo hizo con cuidado para no arriesgarse a romper otro trozo y dejarlo dentro. Cuando creyó que lo tenía, maniobró la herramienta y lo sacó, sosteniéndolo hacia la luz de la antorcha detrás de Tara—. Lo tengo. Ethan, he encontrado la causa de tu problema. La punta de la flecha se había incrustado en tu carne.

—Bien, porque no sé cuánto más podría soportar. —Su mirada volvió a la herida—. Tócala otra vez a ver si noto alguna diferencia.

Jennet colocó un nuevo pañuelo de lino en el mismo lugar, pero él ni se inmutó.

—Ethan, ¿ya no te duele?

—No, no me duele nada. Me has curado, muchacha.

—Me alegro mucho, Ethan. Cierra los ojos y descansa. —Una vez que terminó de vendarle el hombro, supo que ahora podría dormir cómodamente toda la noche, y rezó para que fuera el fin de su fiebre una vez que la cataplasma hiciera el efecto.

Le aplicaron más pomada y lo vendaron. Después, Jennet se dio la vuelta para mirar a sus queridas primas y dijo:

—Creo que ya hemos hecho bastante para curarlo. Ahora voy a descansar, en cuanto encuentre algo de comer.

Salió al gran salón con sus primas, sorprendida al ver la cantidad de gente allí reunida. Algunos iban de un lado para otro, otros charlaban en grupos. Marcas se levantó en cuanto entraron para acompañar a Brigid, Tara y Jennet a una mesa donde estaban sentados Shaw, Padraig y Torcall.

—Saludos a todos —dijo ella, aunque sin mucho entusiasmo. Ahora que creía que había ayudado a Ethan, se sentía agotada.

En cuanto se sentó, Edda le llevó un cuenco de estofado, algo que necesitaba desesperadamente.

—Muchas gracias, Edda. Estoy famélica después de una dieta de tortas de avena y pan.

Comió lentamente, saboreando la sabrosa creación de Jinny, pero entonces sus ojos se vieron atraídos por una extraña reacción de Padraig. Su mirada se detuvo en algo que bajaba las escaleras.

—Bueno, ¿quién es esta belleza que nos acompaña? —preguntó, poniéndose de pie y ofreciéndole a la mujer su silla.

Marcas respondió:

—Es nuestra hermana, Gisela. No te hagas ilusiones de pasar tiempo con ella. Ya tiene a alguien.

Gisela se sentó y replicó:

—No tengo a nadie. Ignora a mi hermano. ¿Y tú eres?

—Padraig Grant, quizá el más joven de mi generación de varones, pero como en muchas otras cosas, guardan lo mejor para el final. —Le hizo una pequeña reverencia y luego le dijo a Jennet—: No me dijiste que aquí se escondía esta rara belleza. Y también percibo una mente aguda.

Gisela se echó el pelo hacia atrás y dijo:

—Como soy la menor de cuatro, no discutiré ese punto en absoluto.

Padraig sonrió y dijo:

—Creo que tenemos mucho de qué hablar, muchacha. Lo estoy deseando.

Jennet puso los ojos en blanco, se levantó de la silla y dijo:

—Me voy a la cama.

15

Ethan salió al sol en busca de Jennet. Había dormido hasta el mediodía del día siguiente, pero se sentía mucho mejor. Incluso había mirado por debajo del vendaje, sorprendido de ver muy poco líquido allí. En cambio, se había convertido en una sangre seca que estaba en las primeras etapas de curación.

Le debía la vida a Jennet.

Lo primero que quería hacer era ver si se había curado lo suficiente como para disparar una flecha. Era hora de volver a la normalidad. Los vendedores estaban instalando puestos fuera del castillo Eddirdale en preparación para el festival de la tarde.

A Ethan le encantaban los festivales y los había echado de menos. Cuando su clan fue envenenado por el patán que contaminó su pozo con leche tóxica, todo se detuvo. Habían perdido a más de la mitad de los miembros de su clan, incluidos el jefe y su esposa, los padres de Ethan. Había visto cómo muchos enfermaban, vomitaban y apenas podían valerse por sí mismos.

Él nunca había enfermado, pero había aprendido que se debía a su afición a hervir el agua antes de usarla. Eso lo había mantenido sano, pero su sobrina y su sobrino, sus hermanos, todos habían enfermado. Había hecho todo lo posible por cuidar de los que podía y había pasado gran parte de su tiempo enterrando a sus compañeros de clan.

Nadie se acercó al clan Matheson durante mucho tiempo hasta que descubrieron la causa de la maldición. Este era el primer gran festival que celebraban desde la maldición, y disfrutaba con los colores brillantes, los juglares ambulantes y músicos, los puestos de comida y otros artículos. Sería un placer volver a ver las sonrisas en los rostros de todos. La mayoría de la gente vendría de clanes cercanos —Milton, MacHeth, Ross, MacKinnie—, y compartirían ales con jabalíes asados al final de la velada.

Se abrió paso entre los puestos y los estandartes, y los olores de la comida ya flotaban en el aire. Lo que más le gustaba era echar un vistazo a todos los puestos y productos en venta.

Se sorprendió al ser detenido por un hombre que no conocía.

—¿Quién es la sanadora aquí? Veo que has visitado a una recientemente.

—¿Quién eres?

El hombre llevaba con él a un niño de unos seis años.

—Mi nombre es Rune, y he estado practicando el arte de la curación durante años. He venido a Black Isle porque teníais una maldición y deseaba ayudaros. Pero ahora he oído que no se me necesita. ¿Es cierto? —Vestía todo de negro, su largo cabello también negro con un mechón blanco a un lado. Todo lo demás en el hombre hablaba de gente común.

—Sí, la señora del clan Matheson es una excelente sanadora, y tiene dos primas de visita que también son famosas por sus habilidades curativas. —Ethan no ofreció nombres todavía, ya que no estaba seguro de que este hombre fuera digno de confianza—. ¿Quién está contigo? —El muchacho también tenía el pelo oscuro pero con un tono rojo que mantenía largo. Tenía una sonrisa cálida.

—Este es mi hijo, Runi. Yo también lo entreno para curar. Me gustaría hablar con las sanadoras, si puedo. ¿Podría señalármelas?

Ethan se rascó la barbilla, siempre cauteloso.

—¿Montarás tu propio puesto?

—Sí, deseo ofrecer mis servicios a otros. Pero parece que tendré que irme a otro clan.

—Hay muchos clanes sin sanadores. Instala tu puesto y estoy seguro de que las sanadoras de aquí te encontrarán. Sospecho que otros jefes de clan también se acercarán a ti. La maldición nos asustó a todos. Tu mejor lugar para instalarte es por allí. —Señaló un lugar donde otros exhibían sus mercancías, estandartes de colores que ahora salpicaban el paisaje, ondeando al viento escocés.

Siguió avanzando y se dirigió a la zona donde estaban las lizas, aunque no harían muchos combates. Esta zona estaría ocupada por vendedores de comida, lo más probable. Ethan encontró lo que había esperado encontrar. Ambos hermanos estaban allí hablando con varios de sus guardias y con Padraig.

Cuando vieron a Ethan, dejaron de hablar inmediatamente. Ethan se preguntó qué había interrumpido.

—¿Pasa algo?

Marcas dijo:

—Tal vez. Ethan, ¿podemos hablar en privado? —acompañó a Ethan a un lado donde nadie pudiera oír su conversación—. Te ves mucho mejor. ¿Cómo te encuentras?

—Mi herida ha mejorado mucho y parece que no tengo fiebre.

—¿Jennet es una buena sanadora, entonces?

—Sí, lo es. —Ethan miró fijamente a su hermano, al que había idolatrado durante años. Podía ver en la mirada de su hermano que algo andaba mal, así que esperó.

—¿Estás interesado en Jennet?

—Sí.

—¿Se lo has dicho? ¿O estás interesado en el matrimonio? —

Marcas retrocedió y cruzó los brazos delante de él.

—Se lo he dicho, pero no hemos hablado de matrimonio. Nos estamos conociendo mutuamente, pero debo ir despacio. Tú lo sabes, ¿no?

—Sí, tienes que ir despacio. Por favor, no sientas que te estoy presionando, es solo que… —Marcas movió los pies y miró al suelo.

—¿Qué pasa, Marcas? ¿He hecho algo mal?

—No, en absoluto. Solo siento que estoy obligado a advertirte, Ethan. Las muchachas del clan Milton están aquí. Las tres que se burlaban de ti cuando eras más joven. ¿Crees que todavía te molestarán? Ha pasado mucho tiempo.

Ethan se paralizó, y los recuerdos se apoderaron de él. Cargado de pensamientos diferentes, algunos buenos, otros horrendos, no sabía cómo controlar el aluvión de recuerdos que danzaban por su mente.

Solo deseaba evocar pensamientos de Cori. Ella era la que le parecía más interesante, la que le había parecido hermosa. A pesar de que su último encuentro no había terminado bien, había tenido otros encuentros agradables con ella.

Cori era la única mujer con la que le había dicho a su hermano que deseaba casarse. Y lo había dicho en serio. Ya no lo pensaba, pero lo fue hace mucho tiempo. Tampoco le había contado nunca a Marcas la verdadera razón por la que habían terminado su relación: porque él no la había satisfecho como amante.

Las visiones de sus dos amigas irrumpieron en esos pensamientos, aunque él no las llamaría amigas, ella sí. Alva y Dunn, burlándose de él, provocándolo, haciéndole desear huir a casa y no volver jamás.

Cada una de ellas se había burlado de él con un beso y con un toque no deseado.

Se habían atrevido a tocar su virilidad. Piel con piel. Algo que él había odiado y que no deseaba que volviera a ocurrir.

—Ethan, tienes que olvidar sus acciones. Fueron obra de mentes extrañas que se propusieron torturar a las personas, burlarse de ellas. Utilizaban los defectos de los demás para encubrir los suyos.

—Me lo has dicho muchas veces, Marcas —dijo mirándose las manos.

—¿Lo crees ahora?

Miró a su hermano.

—Sí. Eran jóvenes y tontas. Y Cori no estaba realmente involucrada.

—Y tal vez se hubiera casado contigo si sus dos amigas no hubieran hecho de tu circunstancia un problema. Sus persistentes burlas que se convirtieron en mentiras, como suelen hacer las palabras cuando pasan de uno a otro, obligaron a la gente de su clan a mirarte de otra manera. Pero eso no importa ahora, ¿verdad? Tienes a Jennet.

—Tienes razón. No permitiré que me molesten.

—Pueden disculparse por lo que te han hecho. Deberían hacerlo. Que yo recuerde, Cori no tenía nada de qué disculparse, aparte de elegir malas amigas.

—Tienes razón. Hablaré con Cori y con las demás. No quiero que esto se convierta en un chisme cuando termine el festival. —Haría eso. Era hora de poner fin a esta farsa de situación.

—Estás a punto de tener tu oportunidad —dijo Marcas—. Cori y las demás se dirigen directamente hacia ti. Me quedaré si quieres.

—Por favor, hazlo. Estoy seguro de que estaré bien yo solo, pero permíteme determinar su propósito primero.

Marcas asintió y giró a Ethan. Su mirada se clavó en Cori, sorprendido al ver que era más hermosa de lo que recordaba. Su cabello rubio oscuro era muy bonito, la envidia de muchas muchachas.

—Saludos, Ethan. Vaya, has crecido mucho desde la última vez que nos vimos. —Cori lo miró de arriba abajo, con el pelo trenzado y colgando casi hasta la cintura. Sus ojos azules brillaban de felicidad al verlo, o al menos él esperaba ser la causa del brillo. Llevaba un vestido rojo oscuro que se ceñía a sus curvas, un vestido precioso, pero Jennet estaba más hermosa con sus leggins.

La voz de Alva tenía un tono burlón que él no apreció.

—Ethan Matheson, has crecido, ¿verdad? Si buscas a alguien que te dé placer más tarde, estaré encantada de complacerte.

La miró con los párpados entrecerrados, preguntándose cuál era su intención. La personalidad de Alva no había cambiado mucho. Tenía un aire condescendiente, siempre trataba a los demás como si estuvieran por debajo de ella. Su cintura se había ensanchado considerablemente, pero su lengua no había cambiado. Supuso que ella esperaba avergonzarlo una vez más. Tendría que impedirlo.

Dunn fue una sorpresa aún mayor. Llevaba un vestido amarillo que parecía haber pertenecido a su madre, y había adelgazado, pareciéndose mucho a un esqueleto. Si hubiera tenido que adivinar dónde había estado, habría pensado que había estado en tierras Matheson y había enfermado a causa de la maldición. Su pelo oscuro tenía mechones grises, lo que la envejecía mucho más que a Alva o a Cori.

—No estoy interesado, Alva, pero te agradezco la oferta. Aquí hay muchos para atender tus necesidades.

Dunn sonrió con suficiencia y dijo:

—Tal vez prefieras complacerme a mí, Ethan.

Tenía que admitir que era liberador verlas tal como eran. Mientras que de muchacho parecían tener cierto poder sobre él, ahora no significaban nada en absoluto. Sus opiniones no le importaban, así

que, si pudiera elegir, no perdería el tiempo con ellas. Sin embargo, sus padres le habían enseñado a ser cortés con cualquiera que visitara el clan Matheson, así que hizo lo que su madre le había dicho.

Volviendo a mirar a ambas con detenimiento, tuvo que preguntarse qué las había hecho envejecer tan mal mientras Cori estaba más hermosa que nunca.

—¿Ninguna de las dos está casada?

Dunn dijo:

—Yo lo estoy, pero a él no le importa. Le he dado dos hijos, así que jugaré como quiera. ¿Nos vemos aquí cuando caiga el sol?

—No —dijo Ethan, cuidando que su tono fuera neutro—. No estoy interesado.

—¿Qué? Después del beso que te di y de cómo te toqué, habrás pensado en mí muchas veces a lo largo de los años. —Dunn parecía bastante indignada, cruzándose de brazos y levantando un poco la barbilla.

—Estoy segura de que prefería mi trato al tuyo, Dunn.

—No aprecié ninguno de vuestros besos, pero fue hace mucho tiempo, así que prefiero olvidarlo.

Marcas dijo:

—Gran idea, Ethan. Yo haría lo mismo, damas, o quizá os arrepintáis.

Alva se alejó con un aleteo de sus faldas.

—No me interesa ningún Matheson. Creo que volveré con mi clan.

Para sorpresa de Ethan, Dunn la siguió.

—Yo también me voy.

Marcas dijo:

—Os dejo solos. Veo que Torcall me está llamando. Debo ver cuál es el problema. Cori, me alegro de volver a verte.

Marcas se marchó, lo que significaba que Cori y él eran los únicos que quedaban. Cori lo miró y le dijo:

—Te echo de menos, Ethan. Siempre esperé que vinieras por mí, que me pidieras que fuera tu esposa.

—Eso parece bastante extraño, Cori. La última vez que hablamos, no fuiste nada amable conmigo.

—Lo sé. Era joven y tonta. Olvida mis palabras, no las dije en serio. Fuiste muy amable y considerado, un caballero, de los que gustan como marido.

—¿Por qué no te has casado?

—Lo hice, pero murió. Era guardia y fue herido en la práctica. Me dejó dos muchachos de los que me gustaría deshacerme ahora que su padre se ha ido. Tal vez podríamos conocernos en el festival. Eso me gustaría, Ethan. Siempre te he amado. —Cori lo miró con sus hermosas pestañas en acción y un mohín en el labio inferior.

Mientras que sus dos amigas habían perdido todo su atractivo a sus ojos, Cori no. Recordó cómo se había sentido de joven al contemplar sus bonitos ojos y sus curvas. Todo su aspecto le había parecido más bonito que el de cualquier otra persona, pero ahora se tomaba su tiempo para contemplarla más despacio, con un poco de sabiduría en lugar de como un muchacho enamorado. Su piel seguía siendo hermosa y sus ojos azules encantadores, y ambos le provocaban una atracción familiar. Pero esta vez era diferente, aunque no sabía por qué.

Algo no estaba bien, pero no podía ser grosero y marcharse sin decirle nada.

—Siento la pérdida de tu marido, pero debo irme. Tengo deberes que atender para mi hermano. Estamos construyendo nuestro clan para que sea más fuerte que nunca. —Giró sobre sus talones y se marchó antes de que ella pudiera obligarlo a hacer algo que no deseaba.

Casi chocó con Jennet, pero se recuperó.

—Bien, he venido a comprobar tu herida, Ethan.

Ethan se limitó a asentir, rezando para que Cori no pronunciara otra palabra, pero su deseo fue ignorado. Por desgracia, era lo peor que podía haber dicho.

—Ethan, todavía te amo. Te amaré siempre.

Jennet se quedó mirando a Cori sin decir ni una palabra más.

—No le creas, Jennet.

Por el ceño fruncido de Jennet, él supuso que el daño ya estaba hecho.

16

Jennet no sabía qué decir.

—Perdona por interrumpir. No sabía que te interesaba alguien…

Ethan levantó la mano para detener sus pensamientos.

—Jennet, no estoy interesado en ella. Me gustaba cuando tenía quince veranos, pero nos separamos y me alegro de que sea así. Ella ha declarado sus sentimientos, pero no son correspondidos.

—Es una muchacha hermosa. Ojos azules y pelo amarillo.

—¿Qué me importa el color de los ojos si detrás de ellos no hay más que astucia? Prefiero ojos que adornen una mente inteligente y compasiva. El color no me importa.

Ella tenía que admitir que él estaba mejorando en decir las cosas correctas en el momento adecuado.

—¿Cómo se llama?

—Cori. Y tiene dos amigas que se llaman Alva y Dunn.

Finalmente entendió.

—Ah, ¿son las que se burlaron de ti hace tanto tiempo?

—Sí. Alva y Dunn fueron las dos que me tocaron donde nadie debería tocarme, y mira lo que me ha hecho esa experiencia. Hasta el día de hoy, sigo temiendo que alguien meta la mano bajo mi tela escocesa y me toque.

Jennet dio un paso atrás y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Esa es toda la razón, Ethan? Porque si lo es, hay una solución fácil.

—¿Cuál?

—Lleva pantalones. No tienes por qué vestir una tela escocesa, y creo que tus hermanos lo entenderían. Nadie podría tocarte a través de tus pantalones.

—Una vez se lo pedí a mi padre y se negó, pero ya no está aquí. Quizá lo haga.

Jennet le sonrió y dijo:

—Creo que te sentirás un poco aliviado. Háblame de tu herida. Quiero ponerle otra venda y ponerte más cataplasma.

Ethan se miró el hombro.

—Ya no hay sangre, y no he visto que corra nada. Parece que pronto tendrá costra.

—Oh, es una buena señal. Si es así, no cambiaré nada hasta esta noche o incluso mañana.

—Lo acepto. Hay un nuevo sanador que está interesado en conocer a las tres sanadoras que tenemos.

—¿De verdad? ¿Su nombre?

—Rune es todo lo que sé, y Rune es un hombre, no una mujer. Ha venido a ayudar a nuestro clan a luchar contra la maldición, pero como ya estamos curados, ha dicho que se reunirá con otros clanes, que buscará otro clan que necesite un sanador.

—¿A dónde ha ido? —Ella escudriñó la creciente multitud, muchos levantando tiendas con mercancías para vender, otros acomodando tiendas detrás de los vendedores para dormir. Un gran número de habitantes de Black Isle acudía a los festivales por los productos o por el placer del trueque.

—Está allí, montando una tienda para su negocio de curación. Te lo enseñaré.

Se abrieron paso entre las coloridas exhibiciones, con el aroma del pan recién horneado, las tartas de fruta y otros alimentos flotando en el aire. Cada persona que se cruzaba con ellos irradiaba la felicidad de una fiesta local. Era más comida de la que cualquier clan podría comer en una semana, y al mismo tiempo parecía la justa. El ambiente reflejaba exceso y alegría, una celebración de la abundancia que aportaba un clan próspero, incluso uno que acababa de recuperarse de un terrible revés. Pronto se ofrecería la comida del mediodía, que solía comenzar una o dos horas después de la llegada de todos.

Ethan se acercó a Rune, quien había encontrado un lugar para montar su tienda, con la ayuda de su hijo. Ethan ayudó con los postes mientras Jennet observaba. Rune y Runi se mostraron agradecidos.

—Esto nos ha facilitado la tarea. Muchas gracias, Ethan.

—Es un placer. He traído a una de las sanadoras para presentártela. Ella es Jennet Ramsay.

—¿Ramsay? ¿Como Brenna Ramsay? ¿Sois parientes? —Rune pareció sorprendido al oír que era una Ramsay.

—Sí, ella es mi madre.

—Brenna es una gran sanadora, una de las mejores de Escocia. Tal vez podríamos charlar un día. Comparar ingredientes en nuestras mejores cataplasmas y pócimas, compartir nuestros conocimientos. He estado buscando una buena sanadora.

Jennet, con su típica brusquedad, se limitó a preguntar:

—¿Por qué?

—Para que sea mi esposa. Creo que tendríamos mucho en común. ¿Estás disponible, muchacha?

Jennet respondió:

—Sí.

Al mismo tiempo, Ethan dijo:

—No.

Rune arqueó una ceja hacia Ethan, pero fue Jennet quien dijo:
—No estoy oficialmente prometida a nadie.
Ethan interrumpió:
—Pero estoy muy interesado en la dama.
—Bien, mantendré las distancias, pero aun así me gustaría hablar de estrategias curativas contigo, si no te importa.
Ethan la miró y asintió.
—Adelante. Habla con él de lo que desees, y te veré de vuelta en el gran salón, a menos que prefieras que vuelva a escoltarte yo mismo.
—No, estoy segura de que estaré bien, Ethan. Hay demasiada gente por aquí como para preocuparse por un ataque.
Ethan asintió y se marchó, su gran figura sobresaliendo por encima de los demás.
Rune esperó hasta que Ethan estuvo a cierta distancia antes de hablarle.
—Debes tener cuidado con él, muchacha. Si te está persiguiendo, piénsalo.
Jennet no intentó ocultar su ceño fruncido.
—¿Por qué debería tener cuidado con Ethan? Es un buen y honorable Highlander.
—Vivimos aquí hace mucho tiempo, y no he vuelto en varios años. Pero recuerdo que estaba comprometido con otra. Al menos, hay una muchacha que cree que ella le pertenece. Y puedo ver en tus ojos que él es más que un amigo para ti. Al menos, es lo que esperas.
—No sé cómo puedes conocerme en absoluto. —Realmente quería darle al hombre una opinión sólida sobre su visión de las diferencias entre hombres y mujeres, pero se salvó de ponerse en ridículo. Brigid y Tara se unieron a ella.
Tara habló primero.
—¿Otro sanador? Qué alegría verte por aquí. Hay muchos clanes que buscan un sanador para su grupo. Clan Milton, Ross, MacHeth y otros. Están más preocupados por mantener un sanador en sus tierras ahora que el clan Matheson ha perdido a muchos. Algunos preferirían encontrar dos.
—Entonces tendré muchos lugares para ir. Tal vez el clan Milton o Ross primero.
—Te deseamos suerte. Vamos a revisar todos los puestos de vendedores porque necesito cintas nuevas y algo de tela —dijo Brigid, alejando a Jennet del hombre—. Ven, tenemos que hablar.
A Jennet no le importó mucho, así que siguió a Brigid y a Tara, ansiosa por volver a charlar con sus queridas primas.
—Deseábamos tenerte a solas para poder hablar de tu padre. Padraig ha dicho que os encontró solos en el bosque. Sé lo que nuestros padres dirían al respecto, así que debes informarnos.

Podemos pasear cerca del arroyo —dijo Brigid.

Jennet suponía que tendría que ser sincera con ellas, y no veía ninguna razón para explayarse o adornar las cosas. Siempre cortante y directa, les contó lo sucedido.

—Intenté curar a mi padre, pero fracasé. En el proceso, intentó golpearme, pero Torrian lo detuvo. Estaba tan enfadada que me fui. Me encontré con Ethan más tarde.

—¡Espera, espera, espera! —dijo Tara, cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia una roca cercana lo bastante grande como para que todas pudieran sentarse—. No puedes pasar por alto esto, actuando como si nada hubiera pasado. Has omitido una parte importante y quiero saberlo todo.

Brigid asintió.

—Yo pienso lo mismo, prima. Ahora cuéntanoslo todo. —Se sentó y cruzó las piernas, ya que llevaba leggins, pues acababa de llegar del campo de tiro con arco.

Jennet se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar.

—Sí que lo hay. Empieza a explicarlo desde el principio —dijo Tara, su dura mirada le dijo a Jennet que no iba a rendirse. Sacó un odre de vino y lo pasó—. Pensé que hoy podríamos disfrutar de esto en algún momento.

Jennet dio un pequeño sorbo y pasó el sabor del vino de uva dulce por su lengua.

—Está bien. Papá sigue teniendo fiebre de vez en cuando y casi nunca sale de la cama. Mamá está muy preocupada. Sigue teniendo una herida que supura abundantemente, así que le propuse que la limpiáramos y la restregáramos con fuerza. No le gustó y levantó la mano para golpearme cuando intenté trabajar en la parte causante del dolor. —Hizo una pausa para mirar al cielo gris, obligando a sus lágrimas a no salir—. Estaba tan disgustada que cogí mis bolsas, corrí al establo, encontré mi caballo y me fui. Me atacaron unos bandidos, pero Ethan me siguió y me salvó de lo que habría sido una noche horrible.

Brigid y Tara se miraron, y luego ambas volvieron a mirar a Jennet. Tara, claramente horrorizada por su explicación, o por la falta de ella, preguntó:

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Te capturaron y casi te violan, ¿y no tienes nada más que decir? ¿No estabas muerta de miedo? —Tara la cogió por los hombros y no la soltó, casi sacudiéndola—. Jennet, por favor, comparte con nosotras para aliviar tu carga.

Brigid añadió:

—Ser secuestrada es traumatizante. Debes tener más que decir al

respecto. ¿No estabas tan asustada que lloraste o casi te desmayaste? Yo siempre lo estaba.

—Sí, me asusté, pero no tuve mucho tiempo para pensarlo detenidamente. Hice lo mismo que hago siempre, me pongo a pensar mejor que los bastardos, igual que cuando éramos jóvenes, Brigid. No es diferente. Pensé en lo que pasó con Bearchun y se me ocurrió algo que espantara a los cuatro hombres en el acto.

—¿Cuatro? —preguntó Brigid, su rostro se volvió feroz como si ella misma fuera a matar a los bastardos.

—Sí, pero se me ocurrió algo y funcionó con tres de ellos.

Tara señaló con el dedo a Jennet.

—Algún día te encontrarás en verdaderos problemas porque no crees que nadie te hará daño. Crees que no eres hermosa y lo eres. Eres preciosa. ¿Por qué crees que los cuatro hombres te deseaban? Tienes que entender que no siempre podrás salir de todo con tu mente.

Jennet se quedó mirándose las manos porque no tenía una réplica rápida. Su madre llevaba años diciéndole lo mismo. Pero ella era la menos atractiva de todas sus primas, Sorcha, Brigid, Tara, Kyla, Elizabeth, Catriona, la lista seguía y seguía.

—¿Y el cuarto de ellos? —preguntó Brigid, que seguía atónita la conversación.

—No, él volvió. Ethan me salvó de él. —Miró a Brigid y luego a Tara—. Admito que, una vez que se fueron, me sentí muy conmocionada. Pero mientras estoy en medio de la amenaza, mi mente siempre está elaborando posibilidades que me ayuden a escapar.

—¿Cuál era la historia de Bearchun? Seguramente ese desmayo por sangre solo es útil para ciertas personas.

—Inventé otra —dijo Jennet, inclinándose y cogiendo una rama que se había caído de un árbol. Empezó a arrancarle todas las hojas para tener algo en lo que concentrarse.

—¿Qué? —La mano de Tara se movió para cubrirse la garganta como si tuviera miedo de preguntar. Su madre hacía los mismos movimientos—. Y tengo un poco de miedo de saber la verdad, pero estoy segura de que pronto la oiremos.

—¿Cómo se te ocurrió algo mientras estabas cautiva? —preguntó Brigid—. Tu mente es asombrosa, Jennet. Incluso cuando éramos jóvenes. Yo estaba aterrorizada y gritaba mientras tú creabas historias llenas de engaños y me calmabas al mismo tiempo. Cuéntame cómo se te ocurrió.

Jennet respiró hondo, sin dejar de mirar las nubes, y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro por el simple hecho de haber sido más lista que esos bastardos. Había utilizado sus propios miedos contra

ellos.

—Pensé en lo que más aprecian y en lo que más temen los hombres. Como era lo mismo, fue fácil tener una idea.

—¿Qué es lo que más aprecian todos los hombres? —La mirada perpleja de Tara le recordó a Jennet que era tan inocente como ella en asuntos entre hombres y mujeres. Pero sus tíos habían contribuido a que aprendiera cosas de los hombres con la ayuda de su reputación, especialmente la tendencia de tía Gwyneth a disparar una flecha a los hombres malvados, dándoles justo entre las piernas.

—Sus pelotas.

Tara escupió el sorbo de vino que acababa de beber, enviándolo afortunadamente al suelo y no sobre la ropa de alguien. Luego fulminó con la mirada a Jennet.

—Sé sincera. Por favor. Lo que dices es ridículo.

—¿Lo es? Un hombre teme ser golpeado en las pelotas más que nada porque es muy doloroso. Y todos tienen cierto orgullo por lo que tienen entre las piernas, como si su propio aparato fuera más atractivo que el de los demás. Aparte del color del vello, ¿cuál es la diferencia?

Brigid escupió su propio vino tras ese comentario.

—Jennet, nunca te había oído ser tan grosera.

—Acostúmbrate. A mí me gusta. Les dije a los hombres que era una bruja y los maldije a todos, prometiéndoles que una serpiente viperina se deslizaría dentro de sus telas escocesas durante la noche y les cortaría las pelotas por la raya.

Tara levantó la barbilla y frunció el ceño.

—Supongo que soy inocente porque no entiendo por qué eso los asustaría tanto como para huir. La serpiente me asustaría a mí, pero no a ellos.

Brigid se cubrió la boca y estalló en un increíble ataque de risa.

—Es brillante, Jennet. Cómo me gustaría tener tu mente.

—Decidme. No lo entiendo. ¿Por favor? —suplicó Tara.

—Porque un hombre tiene dos pelotas y, si no están unidas, chocan entre sí cada vez que se mueven, así que sería una maldición de dolor constante.

Jennet añadió:

—Peor aun cuando corran.

Las tres soltaron una carcajada, que duró unos instantes hasta que Brigid empezó a llorar de verdad de tanto reír. Pero entonces se detuvo bruscamente, frunciendo el ceño.

—Pero, ¿eso asustó solo a tres? ¿Por qué no al cuarto?

Jennet se encogió de hombros.

—Dijo que se arriesgaría. Entonces le señalé las ampollas de la vela que yo tenía en la mano y le dije que tenía sífilis.

—¿Eso no lo detuvo?

—No, dijo que ya la tenía. Fue entonces cuando Ethan me salvó.

Brigid parecía atónita, con la mente ocupada, pero luego dijo:

—No puedo creer que te fueras por tu cuenta. Y no puedo creer que los guerreros Ramsay no estuvieran detrás de ti.

—Podrían estarlo todavía. No creo que me hubieran echado de menos durante medio día. A menudo salgo a cabalgar cuando estoy molesta. Mi madre lo sabe. Y mi padre estaba tan alterado que tenía a Torrian, Kyle y Gregor ocupados.

Tara dijo:

—Tal vez, pero puedes contar con algo seguro. Tus hermanos tendrán pronto aquí a los guerreros Ramsay. Adivinarán que has venido aquí. Y te llevarán de vuelta a toda prisa.

—Tendrán un problema con eso.

—¿Por qué? —preguntó Brigid.

—Porque nunca voy a volver.

17

Esa misma tarde, Ethan se paseó entre los vendedores. Cogió un pastel de carne para comérselo y se hizo a un lado para observar a la gente que llegaba. No habían visto tanta gente en las tierras Matheson desde que les había caído la maldición. Si tuviera que apostar, diría que muchos venían de tan lejos como Cromarty. Decenas de personas deambulaban por el mercado comprando comida, cintas, telas, incluso armas y hierbas. Los diferentes colores de las telas escocesas de los clanes alegraban la vista, y sus risas recorrían la tierra. Era un sonido maravilloso, algo que no había oído en mucho tiempo.

Dio dos mordiscos a la tarta de cordero, sorprendido por lo deliciosa que estaba, y entonces se sobresaltó cuando alguien se acercó por detrás.

Una voz femenina susurró:

—Mmm, llevas pantalones. ¿Es para evitar que te toque por debajo de la tela escocesa? Con ellos puestos no habrá un rápido revolcón en el heno, pero tal vez ya no estás interesado.

Se dio la vuelta, no sorprendido de ver a Alva allí de pie. Miró a su alrededor en busca de sus amigas, pero estaba sola.

—¿Qué quieres? —Agradeció en secreto a Jennet por su idea. Se alegró mucho de haberse puesto los pantalones en lugar de la tela escocesa.

—Quiero que te cases con mi amiga. Ella te quiere, aunque no sé por qué. Cori estuvo enfadada con nosotras durante muchas lunas por ese otro incidente. Quería casarse contigo hace tiempo, incluso un año después, pero cuando empezaron todas las historias, su familia no lo permitió. Ahora lo harán. Necesitas pedirle su mano a su padre. Tú la querías antes, así que no debería ser muy difícil.

—Ya no estoy interesado. Tengo el ojo puesto en otra muchacha.

La mirada en sus ojos se transformó en una furia salvaje en un instante, aunque eso no lo haría cambiar de opinión.

—¿La prima de Brigid? Que Marcas se haya casado con una Ramsay no significa que tú debas hacerlo. Ella no es nada atractiva, así que olvídala. Tu esposa debe ser elegida de un clan de Black Isle.

—Pero la prefiero a ella.

Ella se inclinó y susurró:

—Será mejor que la olvides, o encontraré la forma de deshacerme de ella.

Ethan sintió una fuerza desconocida dentro de él que no dejaría pasar esto. Su padre le había enseñado a tratar a las mujeres con respeto, pero esta no se lo merecía.

—Yo no lo haría si fuera tú. Si algo le pasa a Jennet, iré a por ti con un ejército de arqueros. Atacaremos a todos los del clan Milton, pero iré directamente a por ti.

—El clan Milton es mucho más fuerte que el clan Matheson. Nunca ganarás.

Se inclinó más hacia ella.

—El clan Matheson era débil después de la maldición, pero hemos aumentado nuestra fuerza y número cada día desde entonces. Y tenemos muchos aliados a los que pedir ayuda.

Sin dejarse intimidar por él, ella se acercó hasta que su nariz estuvo a punto de tocar la suya.

—Lo que ocurra será tan rápido que no tendrás tiempo de llamar a tus aliados. Para cuando lleguen, será demasiado tarde para tu querida dulzura.

Luego sonrió con satisfacción, se llevó la mano en la cadera, dio una vuelta y se marchó.

Shaw se acercó a él, Torcall detrás de Shaw.

—¿Qué demonios ha sido eso? No estarás liándote con Alva, ¿verdad? Serías un tonto si lo hicieras.

—No, pero le gusta seguir burlándose de mí. Si te place, hermano, te diré que ella ya no me preocupa. —Lo decía en serio. No creía nada de lo que ella decía. Aunque Cori estuviera interesada en él, Ethan ya se lo había explicado, así que no lo perseguiría más. Y ahora, con los pantalones puestos, ya no le preocupaban sus otras angustias.

Shaw la miró y su expresión cambió.

—¿Te ha amenazado?

—No, ha amenazado a Jennet. Quiere que pida la mano de Cori a su padre. Le he dicho que no estoy interesado. Me gustaría que todas ellas me dejaran en paz. Ya no tienen ningún control sobre mi mente, Shaw. He terminado con ellas.

Shaw miró a Torcall.

—Ethan, sabes que el hermano de Alva es muy poderoso. Vaga mucho, pero controla a los guerreros Milton cuando está aquí. Y su amigo viene de un clan diferente. Podrían convocar a muchos guerreros. Deberías tener cuidado con Alva. Es un poco loca cuando se trata de hombres y amenazas. Y tengo entendido que su hermano hará lo que ella le pida.

—Él tiene razón, Ethan. Ludan está tan loco como ella. Prefiere pelear y no le importa la razón. Tienes que advertir a Jennet y asegurarte de vigilarla durante este festival. Podrían pasar demasiadas cosas entre esta multitud.

—Te doy las gracias, Shaw. La vigilaré de cerca, aunque no la he visto. ¿Y vosotros?

—La hemos visto sentada bajo un árbol con Brigid y Tara. La última vez que las vimos, estaban todas en un ataque de risa como jamás había visto. Cerca del arroyo, pero ya ha pasado algo de tiempo.

Ethan dijo:

—Entonces la encontraré pronto.

Jennet caminaba por el patio con sus dos primas, feliz de estar con ellas de nuevo. Aunque al parecer, cada vez que todo parecía ir bien en el mundo, volvía a surgir esa sensación inquietante sobre la situación de su padre. ¿Estaría mejorando? ¿Todos la despreciaban por haberse ido? Nunca lo sabría.

Tara dijo:

—No puedo creer que dejaras la tierra Ramsay sola. Mi padre me mataría, pero mi madre me obligaría a quedarme en la sala y escuchar sus sermones durante una luna entera. Eso también me mataría.

—Me sorprendí después de calmarme. Lo hice sin pensar.

Brigid dijo:

—Jennet, nunca haces nada sin pensar. Nunca, jamás en mi vida te he visto hacer algo sin pensarlo detenidamente. Tu mente está en constante movimiento, pensando, trazando estrategias. Dime la verdad sobre por qué te fuiste. —Se detuvo y cogió las manos de Jennet entre las suyas—. Siempre has sido mi mejor amiga. ¿Por qué te fuiste y pusiste tu vida en peligro?

Demonios, pero estaba a punto de llorar otra vez. Había llorado más veces desde que su padre había enfermado que en los últimos diez años. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas, temerosa de los sollozos que la consumirían hasta dejarla sin lágrimas. Su padre había sido su fiel amigo, la única persona que siempre había creído en ella.

Por muy tonta que pareciera.

Por desconsiderada que fuera.

Sin importar qué brebaje había creado en la cámara de su madre.

Incluso cuando entregó la sangre de pollo al rey de Escocia como prueba de que Torrian no había reclamado la doncellez de Davina, su madre había enfurecido, pero su padre la había abrazado y besado sin cesar. Era cierto que Brigid y ella tenían prohibido realizar cualquier operación experimental en animales sin la presencia de su madre, pero el hecho de que un hombre le hubiera pedido dos viales pareció una buena razón para estudiar a la gallina muerta.

En aquel entonces, no había comprendido las implicaciones de su

acto, pero ahora sí. Torrian se habría visto obligado a casarse con una familia vil y conspiradora.

Brigid la cogió de la mano y tiró de ella hacia un banco del jardín donde no se permitía la entrada a ninguno de los asistentes al festival.

—¿Por qué, Jennet? No me lo estás contando todo.

Jennet cerró los ojos y susurró:

—No fue tanto el hecho de que lo que yo había intentado la primera vez no funcionara, sino la mirada en sus ojos. Le fallé a mi padre. Él me odiaba por lo que había hecho. Sé que las dos pensáis que me gusta ser diferente, que me enorgullezco de lo rápida que es mi mente, pero si no tengo el amor incondicional de mi madre y de mi padre, me siento perdida. —Al final ganaron las lágrimas, y se dejó caer contra su prima, abrazándola fuerte, que era otra cosa que nunca hacía—. Y yo te echo de menos, Brigid.

Listo. Lo había dicho. Ya había perdido a su mejor amiga. Si perdía a su padre y a su madre, estaría sola.

—Necesito a alguien que crea en mí, en las cosas raras que hago.

Lloró un poco antes de que Brigid se apartara y dijera:

—Siempre creeré en ti, Jennet. Estar casada con Marcas no significa que no te siga queriendo. De hecho, sigo esperando que al menos una de vosotras —miró de Jennet a Tara—, se case con uno de sus hermanos. Jennet, creo que Ethan encaja perfectamente contigo. Aunque aún no estoy segura de Shaw para ti, Tara, definitivamente espero que lo persigas.

Jennet se echó hacia atrás y sacó un pañuelo de lino de un bolsillo cosido al vestido. Se limpió la nariz y volvió a guardarlo.

—Tengo que dejar de llorar.

Brigid sonrió.

—No te he visto llorar así tan a menudo. Cuando nos secuestraron, yo era la que sollozaba mientras tú te mantenías fuerte. —Jugó con algunos mechones de pelo de Jennet que se habían soltado de su trenza—. Sé que han sido tiempos difíciles para ti, mi matrimonio, la enfermedad de tu padre, pero creo en mi corazón que todo mejorará para ti. Tu corazón es demasiado bueno, Jennet, y mereces la felicidad. Eres la persona más trabajadora que conozco.

—Ojalá alguien nos dijera cómo está el tío Quade —dijo Tara—. Podría haber mejorado mucho gracias a lo que has hecho. Debes recordar que la gente hace cosas cuando está enferma que nunca haría normalmente. Sobre todo, si tienen mucho dolor. Tu padre probablemente se siente fatal por lo que hizo.

Brigid añadió:

—Puede que no recuerde haber intentado golpearte. Espero un mensajero en uno o dos días.

Fueron interrumpidas por una hermosa mujer rubia que se acercó a

zancadas hasta colocarse frente a Jennet, como si viviera en la torre. Como pertenecía a otro clan, Jennet no pudo evitar preguntarse cómo las había encontrado, pero sin duda marchaba con cierta intención, fuera cual fuera. Ya conocía a Cori, pero parecía mucho más alterada de lo que la había visto antes.

Cori se cruzó de brazos y dijo:

—Tienes que irte. He oído los rumores sobre ti, bruja. Ahora sé por qué Ethan ya no está interesado en mí. Lo has hechizado. Y he oído hablar de otros hechizos que has lanzado antes. Eres malvada. —Se volvió hacia Brigid—. Sé que eres la esposa del laird, y confío en ti, pero esta mujer, sea lo que sea para ti, tiene un corazón maligno. Es una hechicera. —Cogió el brazo de Brigid y se lo retorció—. ¡Haz que se vaya!

El temperamento de Jennet sacó lo mejor de ella en ese momento. ¡Cómo se atrevía esa zorra a tocar a su prima! Recordando un movimiento que le había enseñado su hermano, cogió el brazo de Cori y se lo retorció, al tiempo que ejercía presión contra sus piernas al girarse, obligándola a tirarse al suelo. A continuación, Jennet puso a Cori boca arriba y la inmovilizó en el suelo.

—No me amenaces ni a mí, ni a nadie de mi clan.

—Estás loca —dijo Cori, apretando los dientes—. ¡Te arrepentirás de esto!

Brigid dijo:

—Vete a casa, Cori. Haré que Marcas te escolte fuera de nuestras puertas. Ya no eres bienvenida. Déjala levantarse, Jennet. —Brigid sacó su propia daga de entre los pliegues de su falda—. Muévete hacia la puerta.

Cori giró y dijo:

—No me toquéis. Iré por mi cuenta, pero lo pagaréis. Podéis contar con ello.

Jennet dijo:

—Vete ahora o te maldeciré hasta que se te caigan todos los pelos de la cabeza.

Cori emitió un suave gemido, cogiéndose la parte superior de la cabeza como si quisiera detener a Jennet, y luego se apresuró hacia las puertas.

—¡No tiene agallas! —dijo Jennet, viéndola marchar.

Tara se volvió hacia Jennet y le dijo:

—Debes tener cuidado. Esa mujer es capaz de causar problemas. No vayas sola a ninguna parte.

Brigid dijo:

—Jennet, nunca te he visto actuar así. Tu mente siempre está trabajando e ideando réplicas ingeniosas, pero eso ha sido un ataque físico. No es propio de ti. ¿Te preocupa algo más? ¿Quieres explicarme

por qué lo has hecho?

Jennet puso los ojos en blanco. Brigid tenía razón, como solía tenerla porque la conocía muy bien. Tuvo que buscar en lo más profundo de su vientre para encontrar alguna explicación a su comportamiento.

—Tal vez estoy cansada de que la gente de Black Isle ataque a las personas que quiero. Venir aquí me ha mostrado una vida diferente, una que realmente no entiendo. Pero tienen que dejar de molestarte, Brigid. No me gustó que te amenazara.

Brigid soltó una risita:

—A mí tampoco me gustó. Diablos, pero ella es una atrevida.

Jennet no podía explicar cómo se sentía. Protectora, supuso. Pero no iba a permitir que Cori la molestara a ella o a Brigid.

Esa zorra tonta no la asustaba.

18

Cuando Ethan entró por la puerta, se encontró con Cori, quien se detuvo un momento y dijo:

—Sigo amándote, Ethan. Pero esa muchacha está loca y es peligrosa.

—¿Por qué dices eso? —No pudo evitar fijarse en que Cori parecía un poco despeinada, con el vestido torcido en algunas partes y sucia como si se hubiera caído—. ¿Te ha pasado algo? Estás hecha un desastre.

—No importa mi aspecto. Te estoy advirtiendo sobre la muchacha del oro en el pelo. Es fría y despiadada.

—¿Por qué sabrías eso de ella? —Ethan se sorprendió por la verdadera razón detrás de las palabras de Cori. Shaw le diría que estaba celosa de Jennet. ¿Podría ser así? Era una emoción que no comprendía, pero a sus hermanos les encantaba hablar de dos muchachas canturreando sobre el mismo hombre.

—Porque sí. Solo porque sí. He oído los rumores, y si la eliges a ella antes que a mí, cometes un terrible error. —Apartándose unos mechones de pelo de la cara, giró sobre sus talones y se marchó.

Ethan no sabía qué pensar, pero tenía intención de averiguarlo. Shaw se había detenido a hablar con Marcas, así que agitó una mano hacia él y se dirigió al interior en busca de Jennet. Las mujeres no estaban cerca del arroyo, así que pensó en mirar en el patio. Estaba a punto de cruzar las puertas cuando sintió un tirón en la túnica. Se dio la vuelta, esperando ver a uno de sus hermanos, pero era el joven llamado Runi, hijo del sanador Rune.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Runi lo miró fijamente, muy serio, y luego dijo:

—Es la muchacha que te gusta. Ten cuidado. Se avecinan problemas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y cómo sabes qué muchacha me gusta?

Runi tenía el pelo rojo oscuro y una sonrisa amable, pero los ojos atormentados, como si supiera algo que no podía decir. Había tenido el mismo aspecto antes.

—Te he visto con ella. La hermosa del pelo castaño con mechones dorados. Está en problemas.

—¿Ahora?

—No, pero lo estará.

Ethan se arrodilló para poder mirar al muchacho a los ojos.

—¿Y por qué estás tan seguro de esto, Runi?

—Porque puedo ver cosas. Aquí. —S señaló su cabeza—. Cuando duermo, a veces tengo sueños que se hacen realidad. Ella estaba en mi sueño. No me gustó. Papá me dijo que te avisara. Me llamó un vidente verdadero.

—¿Qué pasó en tu sueño?

—Algo con agua. Es todo lo que recuerdo. Debo volver con papá. —Con una rápida sonrisa, giró y corrió entre la multitud.

Un vidente. Su padre nunca estuvo seguro de creer en ellos, pero mucha gente lo hacía. Tara dijo que su hermana era vidente, así que tal vez debería hablar con ella. Se abrió paso entre la multitud, que ahora se dirigía al patio para el cerdo asado que se cocinaría pronto. Mientras entraba en el patio, vio grupos de personas que se detenían a mirarlo, como si fuera el jefe o llevara un jabalí sobre los hombros. ¿Por qué lo miraban?

Centrándose en las personas que se detenían a mirarlo, sin intentar siquiera ser lo más mínimo discretos, no pudo evitar preguntarse qué había hecho para que sus compañeros fueran tan descaradamente groseros. Oyó susurros y vio dedos que lo señalaban. Los susurros se referían a una muchacha. Agudizó el oído para prestar toda su atención a las malas lenguas.

Se movió lentamente, capturando cualquier conversación que pudiera.

—Él desea casarse con una de las sanadoras.

—Dicen que es una bruja.

—…mucho cerdo asado para todos.

—Dicen que ella maldecirá a todos los Milton.

—Ludan no confía en ella. Se lo diré al laird.

—¿Matheson sabe que es una bruja?

—Ella quiere vivir en Black Isle.

—…debe impedir que ella…

Solo pudo capturar fragmentos de la conversación, pero estaba seguro de una cosa. El rumor de que Jennet era una bruja estaba en todas partes, y él sabía que una vez que los rumores empezaban, eran difíciles de detener. Era como si todos hubieran estado en el bosque cuando ella les había dicho a los bandidos que era una bruja y los había amenazado con maldecirlos.

Tuvo suerte de ver a Tara por el rabillo del ojo. Estaban en el jardín, lejos de la multitud que se arremolinaba para el cerdo asado. Una valla protegía las hierbas, manteniendo a todo el mundo alejado. Se dirigió hacia ellas, haciendo todo lo posible por mantenerse al margen de las conversaciones para no alterarse demasiado, aunque era difícil.

Cuando estuvo lo bastante cerca, las llamó.

—Jennet, ¿estás bien?

—Sí —respondió, sonrojándose ligeramente—. Estaba hablando de mi padre. Me puse un poco sentimental por su estado, deseando saber con certeza cómo estaba. Pareces disgustado. ¿Qué pasa?

—¿Creéis en videntes? —En estas circunstancias, decidió ir directo al grano. Si el peligro era inminente, no había tiempo que perder. Abrió la puerta de la huerta y caminó por el sendero. Se detuvo frente al banco donde estaban sentadas Brigid y Jennet. Tara se levantó y se apoyó en un árbol.

Jennet miró a Tara y a Brigid, con los labios fruncidos y las pequeñas líneas entre las cejas cada vez más arrugadas.

Tara se metió de lleno en la conversación.

—Desde luego que sí. Mi hermana Riley es vidente. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Crees cada sueño que tiene tu hermana?

—No. A veces sus visiones vienen a ella en sus sueños, otras veces vienen mientras está despierta. Pero esas son mucho más desconcertantes. Es más probable que se trate de una persona muerta intentando hablar con alguien que dejó atrás. ¿Has conocido a algún vidente? —Tara se acercó, interesada por el tema. Las pecas de su nariz eran mucho más visibles a la luz del día. Ethan no se había fijado en ellas antes, pero Tara era bastante hermosa.

Aunque no tanto como Jennet.

Ethan continuó.

—El nuevo sanador que conocimos. Su hijo es vidente. Rune envió a su hijo a decirme que anoche soñó que Jennet iba a tener problemas.

—¿En qué sentido? —preguntó Brigid, estrujando la mano de Jennet.

—No me lo dijo. Solo que tenía algo que ver con el agua y la sanadora de los mechones dorados.

Brigid y Tara se volvieron para mirar a Jennet. Tara soltó un pequeño jadeo.

—No creo todo lo que oigo, Ethan. Podría torcerme un tobillo y considerar que Runi tiene razón. Si lo crees, no tiene por qué ser algo realmente malo —intentó racionalizar Jennet.

—Debes tener mucho cuidado, Jennet. Shaw dijo que debía advertirte. —Ethan estaba preocupado, pero no deseaba alterar a Jennet más de lo que ya estaba. Preocuparse por su padre probablemente ya era bastante agotador para ella, pero tenía que entender la situación… así como por qué él no podía dejarla sola.

—¿Sobre qué?

—Cori desea casarse conmigo, y a mis hermanos les preocupa que ella haga que Alva le diga a su hermano que se deshaga de ti. Shaw

dijo que debía advertirte porque Alva suele salirse con la suya y Cori también. Dijo que nunca deberías salir sola mientras estés aquí. Ahora que el vidente ha dicho que podrías tener problemas, creo que optaré por quedarme a tu lado el resto de la noche. Necesitas un protector.

—Ethan —suspiró ella—, no necesito un protector.

—Sí, lo necesitas —dijo Tara—. Y no cederemos en esto. —Levantó el dedo para señalar a su prima—. Cori acaba de visitarnos, Ethan, así que sabemos exactamente lo que quiere. Nos lo ha dicho.

Brigid añadió:

—Y basándome en esa visita y en el vidente, estoy de acuerdo con ambos. —Se volvió hacia Jennet—. Permite que Ethan esté a tu lado el resto de la noche. —Brigid levantó las manos como diciendo, ¿por qué resistirse?

Jennet empezó a discutir con ellos, pero entonces sus ojos captaron algo entre la multitud. Palideció frente a Ethan, y el miedo en su mirada lo hizo querer matar a alguien.

—¿Qué pasa? —le preguntó Brigid, notando lo mismo que Ethan.

Ethan se giró para ver qué le había causado semejante susto. En cuanto vio lo que Jannet había visto, la expresión de su cara coincidió con la de ella. Dos de los cuatro hombres que habían atacado a Jennet se acercaban rápidamente.

Tara cogió la mano de Jennet.

—¿Qué pasa, Jennet? Dinos. ¡Por favor!

—¿Quién es? —susurró Brigid, con la mano frotando la espalda de Jennet—. Solo dinos quién.

—Flaco y Rojo.

—¿Quiénes? —Brigid miró a la multitud.

Ethan no sabía qué hacer. ¿Debería ir tras ellos o quedarse con Jennet? Decidió hacer exactamente lo que todos querían que hiciera. Se quedaría junto a Jennet para protegerla.

—Me quedaré contigo, Jennet. No dejaré que te atrapen.

—¿Quiénes? —Tara se amasaba las manos, casi presa del pánico.

—Dos de los cuatro hombres que la atacaron. Están aquí. —Miró por encima del hombro y dijo—: O lo estaban. Ahora se han ido.

Jennet susurró:

—Han desaparecido.

19

Jennet estaba agotada. Ethan había cumplido su palabra y se había quedado a su lado durante el resto de la noche. Nadie desconocido se les había acercado, y ella no había sido molestada por nadie más. Mucho después del anochecer, gran parte de los guerreros estaban inmersos en sus copas, y ella había sorprendido a varias muchachas moviendo las faldas en un claro intento de provocar a uno u otro hombre. Pero el comportamiento había pasado de la fiesta alborotada a la mala articulación de las palabras, y muchos hombres encontraban un árbol bajo el que tumbarse y empezaban a roncar en cuanto su cabeza tocaba el suelo.

Algunos se dirigían a buscar sus tiendas en el campo que rodeaba el castillo Matheson, lo que indicaba que la noche estaba a punto de terminar. Una vez que la multitud empezó a dispersarse fuera de las puertas, Ethan le dijo:

—¿Quizá ya te has cansado de la multitud? Yo sí. Preferiría entrar en el gran salón para estar más tranquilo.

—Sí. En realidad, si no te importa, me gustaría ir a mi habitación. Estoy muy cansada y el día ha sido difícil. ¿Te importa? —Levantó la mirada hacia él, y la mirada de Ethan se clavó en la suya.

—No, no me importa. Te acompañaré a tu habitación para que estés a salvo.

Como deseaba inclinarse hacia él y pedirle que la abrazara, pero temía que no lo hiciera. Tal vez su consuelo del otro día no era más que una excepción a la regla y los viejos temores de Ethan habían vuelto. Ahora, ella no se atrevería a ponerlos a prueba.

—¿Qué te ha parecido llevar los pantalones en lugar de la tela escocesa?

—Lo prefiero así. Muchas gracias a ti. —Él le sonrió, y el corazón de Jennet lanzó cien mariposas al mundo, aunque no ocurrió nada más.

Sus deseos no eran tan extravagantes, pensó. Un beso, cogerse de la mano, un roce de su brazo.

Pero, ¿qué posibilidades tenía de entablar algún tipo de relación con un hombre al que le asustaba el contacto físico?

Ethan la acompañó a su habitación escaleras arriba. Cuando ella se dio la vuelta para darle las gracias, se dio cuenta de algo que le hizo sentir vergüenza.

—Ethan, ¿cómo está tu herida? Nunca la revisé porque estábamos muy ocupados.

—No te preocupes. Me quité la venda después de lavarme en el lago. Se está curando bien y ya no me duele. No tienes por qué preocuparte. Lo que hayas hecho lo ha arreglado.

Era la mejor noticia que ella había oído en mucho tiempo.

—Bien, me alegro. —Levantó la mirada hacia él para ver si le ofrecía un beso, pero pudo ver, por la distancia que él mantenía entre ellos, que no iba a ofrecerle nada—. Gracias, Ethan. Hasta mañana.

Ethan asintió y se marchó. Jennet entró en su habitación y cerró la puerta, con la mente puesta en un hombre de pelo largo y oscuro y ojos grises que podían ver dentro de su alma. Cómo deseaba tocarle el pecho, solo para explorar todo lo que era Ethan. Era un hombre honorable, de principios, que la protegería para siempre. Tal vez su padre tenía razón.

Pero, ¿podría casarse con un hombre al que no le gustaba ser tocado? Supuso que podría conseguir que se acostumbrara con el tiempo, pero ¿y si no podía? No habría niños sin contacto físico.

Pensó en su herida y en lo mucho que le había gustado tener la oportunidad de tocarlo sin preocuparse por su respuesta. Había tenido cuidado de mantener el pañuelo de lino sobre sus dedos para no tocar piel con piel, pero aún podía sentir su calor a través del lino… también había disfrutado de su calor a través de la tela escocesa cuando habían dormido por la noche.

Le costaba negar los impulsos que amenazaban con consumirla, y todo por un hombre que odiaba el contacto físico.

Su herida había cicatrizado más rápido que ninguna otra, y Jennet se alegraba de ello.

Se puso el camisón después de lavarse la cara y echó unos cuantos troncos más en la chimenea, ya que Tara aún no había llegado. Luego se metió en la cama, segura de que se quedaría dormida enseguida.

Unas horas más tarde, se despertó, sorprendida de haber dormido durante la llegada de Tara a la cama. Se dio la vuelta con la intención de volver a dormirse, pero no lo consiguió. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

De repente, una revelación sobre la herida de Ethan la asaltó.

Sorprendida de que se hubiera curado tan rápido, pensó en la situación, en cómo había cavado hasta encontrar el trozo de flecha rota. Ethan había dicho que era la zona que más le dolía y, sin embargo, en cuanto se lo había quitado, el dolor había cesado.

¿Podría suceder lo mismo con la herida de su padre?

Tenía que pensar un poco, pero no quería despertar a Tara, así que salió de la habitación y se dirigió al gran salón. Una vez allí, se alegró de verlo casi vacío, salvo por las brasas de la chimenea que aún

desprendían algo de calor. Se había puesto un par de zapatillas de casa para mantener los pies calientes, así que se paseó frente a la chimenea, con la mente agitada por las posibilidades. Había algunos guardias durmiendo en el suelo, pero ella ignoró sus ronquidos porque no haría nada para despertarlos.

Ella y su madre habían discutido la posibilidad de que algo siguiera alojado en la herida de su padre, pero les había costado encontrar algo tangible. Estaban familiarizadas con las flechas, pero su madre no tenía mucha más experiencia. Su madre también había admitido que la primera vez que le limpió la herida, le había quitado tierra y gravilla porque él se había caído en el bosque. Su memoria le decía que había habido mucho que limpiar.

Ella había hecho lo mismo el segundo día, y su padre aún se lo había permitido. No se había convertido en el terrible dolor hasta siete días más tarde. En ese momento, él no permitía que nadie la tocara.

¿Y si había un trozo de hoja o una piedra o algo alojado allí? ¿Podría estar experimentando algo similar a la herida de Ethan?

Su emoción al respecto la hizo desear volver a casa inmediatamente para comprobar su hipótesis. Si estaba en lo cierto, no le importaba que su padre la golpeara con tal de que él volviera a estar bien.

Se dio cuenta de que toda esta emoción en su mente le había dado ganas de hacer sus necesidades, así que primero tenía que ocuparse de eso. Se dirigió al retrete más alejado. Esperaba que no hubiera nadie porque valoraba su intimidad.

Ya había alguien allí. Se dirigió al otro, en la planta principal, y se sorprendió al ver que también estaba en uso. Cuanto más caminaba, mayor era la urgencia. Era tan fuerte que no estaba segura de poder mantenerse a sí misma sobre un orinal.

Había uno en el patio que estaba cerca de la pared, lejos de cualquier actividad. Suspiró satisfecha cuando lo encontró vacío, hizo sus necesidades y se marchó. Sin embargo, en cuanto dio cinco pasos hacia la torre, una piedra le golpeó en la cabeza.

Su mundo se volvió negro.

Ethan se despertó cuando su hermano le gritó.

—¡Ethan, levántate! —Shaw estaba de pie junto a la puerta, y Marcas estaba al final de su cama.

—¿Qué pasa? —preguntó, frotándose el sueño de los ojos.

—Jennet ha desaparecido. ¡Vístete! Vamos a enviar una patrulla a buscarla. ¿Tienes idea de quién se la ha llevado?

Ethan salió disparado de la cama, poniéndose los pantalones, la

túnica y las botas en cuestión de segundos. Dio un sorbo de agua para enjuagarse la boca, escupió y se volvió hacia su hermano, cogiendo las pocas hojas de menta que le quedaban del día anterior.

—Hay varios sospechosos.

—¿Quiénes? —preguntó Marcas.

—Cori la ha amenazado, así que supongo que ella le pediría ayuda al hermano de Alva. Aunque nunca lo he conocido, he oído que puede causar problemas.

—¿Alguien más? —preguntó Marcas, guiando el camino por la escalera. Cogió un trozo de queso de una mesa, lo partió en tres pedazos y lo repartió con sus hermanos mientras salían por la puerta en dirección a los establos. Justo antes de salir dando un portazo, Marcas gritó a los hombres que seguían tumbados en los camastros del salón—: ¡Ha salido el sol! Es hora de que salgáis del salón. ¡Marchaos todos a casa!

—Marcas, esto no me gusta. La noche anterior, vi a dos de los hombres que la abordaron en nuestro viaje hasta aquí. Pensé que eran bandidos, pero estaban dentro de las puertas anoche. Desaparecieron antes de que pudiera ir tras ellos. —Ethan tenía una sensación de inquietud en el estómago que no le gustaba. No estaba interesado en Cori. Quería a Jennet, y solo a Jennet. Tenía que encontrarla—. ¿Qué hacemos, Marcas? Tengo que encontrarla. —Su confianza disminuyó más rápido de lo que le habría gustado.

Marcas pasó junto a algunos de sus guardias y dijo:

—Nos vemos en el establo. Tenemos trabajo que hacer.

Ethan dijo:

—Necesitamos tantos hombres como podamos encontrar. Yo registraré el patio mientras tú hablas con los que ya están en el establo. —Se separaron y Ethan se movió, dando empujones con el pie a los que aún dormían. El patio estaba hecho un desastre, pero eso no le preocupaba en este momento. Necesitaba conseguir tantos hombres como fuera posible para ayudarlos a encontrar a Jennet.

Torcall se unió a ellos, con su espada a un lado.

—Estoy aquí para ayudar. Haré que todos nuestros guerreros y arqueros viajen con nosotros.

—He convocado a todos los que conozco. Nos encontraremos con Marcas en los establos. ¿Sabes de alguien más que falte?

Torcall negó con la cabeza.

—He gritado a todos. Incluso volví al salón para despertar a algunos más que apenas se movían. Pero estaremos ahí para ti, Ethan. No te preocupes.

Padraig se les unió justo cuando llegaron al establo, echando un vistazo a la reunión del clan.

—He oído que mi prima ha desaparecido. ¿Qué pasa con este lugar

en Black Isle? ¿Otro patán tras un Ramsay? Sin duda espero que el tío Logan esté cerca con su fuerza. Por supuesto, ayudaré como pueda. No soy un arquero, pero he sido entrenado por algunos de los mejores espadachines de toda la tierra.

—Bien. No sé dónde está Jennet, pero nos vendrían bien unos hombres —dijo Marcas—. Informa de lo que tienes, Shaw. Alvery ha enviado a Mundi a reunir a los guardias detrás del castillo. Nos llevaremos a todos los que podamos.

Shaw dijo:

—Ya tengo diez reunidos aquí. Para cuando Mundi traiga a los de detrás de la torre, deberíamos tener más de una veintena que nos acompañen. Llevamos más de un cuarto de hora gritando a los hombres. Pero no podemos esperar. Debemos movernos o podríamos perder el rastro. Llevaremos a los que estén en condiciones y Mundi puede traer al siguiente grupo cuando se hayan reunido. Ojalá aún tuviéramos a los arqueros Ramsay con nosotros.

—Gavin y Merewen entrenaron a varios arqueros antes de partir. Ellos nos ayudarán —dijo Marcas.

Alvery salió de los establos.

—Estamos preparando los caballos. ¿Por dónde empezamos?

Marcas miró a Ethan, quien rápidamente dijo:

—Iremos al clan Milton.

En media hora estuvieron listos para partir y el primer grupo se dirigió por la costa hacia el clan Milton.

—¿Por qué la costa, Ethan?

—Porque tengo la sensación de que ella está cerca del agua. —No quería admitir que empezaba a creer a Runi, pero no podía desestimar las advertencias que había recibido.

Shaw dijo:

—No es suficiente, Ethan. Te conozco mejor. Tienes una razón para querer seguir este camino. Si no lo sabemos todo, aún no podemos ayudarte.

—De acuerdo, pero no te gustará. Y antes de que te cuente lo que me han dicho, ayer lo descarté y ahora me estoy arrepintiendo.

Shaw acercó su caballo a Ethan y dijo:

—Creeré lo que sea.

—Un joven vidente llegó a verme en medio del festival y me dijo que Jennet iba a tener problemas. No dijo mucho más cuando le presioné, solo que tenía que ver con el agua.

Marcas dijo:

—Tenía razón sobre que ella iba a tener problemas, así que yo digo que nos quedemos cerca del agua.

Padraig preguntó:

—¿El clan Milton está cerca del agua?

—Sí, está muy cerca del estuario, pero también lo está el clan MacHeth.

—Y hacia allí nos dirigimos. Pasaremos primero por la tierra MacHeth, y luego llegaremos a la Milton antes del anochecer. —Marcas subió a su caballo, indicándole a Alvery que se marcharían.

El camino no estaba lejos de la costa y podían ver algunos botes pescando. Tardarían dos horas en llegar a tierra Milton o más allá, pero debían estar alerta durante todo el camino. Encontraron algunos que se unieron a sus fuerzas mientras viajaban, haciendo que Ethan se sintiera un poco mejor sobre sus perspectivas de luchar contra el clan Milton o contra quienquiera que hubiera robado a Jennet.

Sabía que era una muchacha fuerte, por lo que creía que estaría sana, pero después de todo lo que había pasado, incluso los más fuertes podían debilitarse. Si tan solo él se hubiera quedado del otro lado de su puerta la noche anterior.

Le había fallado.

Llegaron a la tierra MacHeth y todo estaba tranquilo. Marcas y Ethan se dirigieron a las puertas.

—¿Habéis cogido algún prisionero, MacHeth? —gritó Marcas.

El guardia miró desde la cortina.

—No tenemos prisioneros. La mayor parte de nuestro clan está en vuestro festival, nunca regresaron. ¿A quién buscáis?

Marcas dijo:

—Se han llevado a una joven de nuestra torre.

El guardia resopló cuando el jefe del clan se le unió.

—Matheson, estoy seguro de que hay muchas muchachas desaparecidas. Ya sabes cómo son los festivales. He oído que fue un buen festival, con buena comida y muchos vendedores. ¿Por qué estás tan preocupado? No es tan inusual después de un festival. Tal vez fue la llamada de alguien para robar una novia —soltó una risita.

Marcas no se reía.

—La muchacha es prima de mi esposa. Sobrina de Logan Ramsay, y él está en camino.

—Mierda —dijo el jefe—. Enviaremos una docena con vosotros, pero la mayoría no son capaces de luchar todavía. Ramsay la encontrará, estoy seguro.

Otro guardia se acercó al muro y habló con su jefe.

Ethan deseó saber lo que dijo, pero el hombre mantuvo la voz baja. Cuando la conversación terminó, el jefe se volvió hacia Marcas y le dijo:

—Tienes que dirigirte a la tierra Milton. Se dice que había un grupo reunido en torno a una muchacha y algo de brujería. ¿Podría ser tu muchacha?

Marcas maldijo en voz baja.

—Sí, gracias. Si ves guerreros Ramsay, envíalos a la tierra Milton.

—Lo haré. Buena suerte, Matheson. Tengo un puñado que enviaré detrás de ti.

Marcas se volvió hacia su hermano, indicándole que debían seguir adelante.

—Llegaremos antes de que anochezca, Ethan. No te preocupes.

Estaban casi en tierra Milton cuando se oyeron fuertes ruidos procedentes del estuario. La patrulla se dispersó, moviéndose en silencio con la esperanza de oír algo. Así fue.

Estaban casi sobre el sonido cuando una extraña luz que se reflejaba sobre el agua llamó la atención de Ethan.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia el horizonte.

—No lo sé. —Marcas los acercó, indicándoles que debían hacer el menor ruido posible.

Shaw susurró:

—Oigo algo.

Desmontaron y ataron sus caballos a un grupo de arbustos, luego se acercaron sigilosamente al clan Milton. La luz provenía del agua, lejos del castillo.

—Silencio —susurró Shaw, levantando la mano.

Padraig dijo:

—¡Mierda!

Marcas preguntó:

—¿Qué es?

Padraig llevó su caballo a un terreno más elevado para tener una mejor vista.

—Veo el problema, y espero equivocarme. Son un grupo de antorchas sobre el agua, aunque aún no ha anochecido del todo.

—¿Qué son esos sonidos? —preguntó Mundi.

Padraig negó con la cabeza.

—Algo que no puedo distinguir.

—Yo lo sé —dijo Ethan, con el corazón cayéndole al estómago—. Están cantando.

Todos se callaron para escuchar de nuevo, luego se miraron unos a otros.

Varios negaron con la cabeza, incapaces de entender las palabras, pero Ethan por fin las comprendió. Asintió con la cabeza y una sensación de malestar se apoderó de todo su cuerpo, tanto que se sintió inclinado a correr en la otra dirección y no parar nunca. Pero, por supuesto, nunca podría dejar a Jennet.

—¿Qué, Ethan? —insistió Marcas.

—Solo puedo distinguir una palabra con seguridad, pero puedo adivinar las otra —dijo, deseando estar equivocado.

—¡Dinos!

—«Bruja. Matad a la bruja».

20

Jennet se despertó con dolor de cabeza, y el olor del mar la invadió. ¿Dónde estaba? Tenía las manos y los pies atados.

—¡Está despierta! —Dos hombres se pusieron a cada lado de ella y la levantaron de un tirón.

Filas y filas de rostros crueles e implacables la miraban fijamente, muchos con antorchas en la mano, con un olor casi tan fuerte como el del agua. Su mente se agitó intentando determinar qué demonios querían de ella.

Llevaban la misma tela escocesa… pensó que podrían ser telas escocesas Milton, pero no estaba segura de ello. Obviamente, le habían golpeado en la cabeza, capturado y robado. El festival había desempeñado un papel importante en el plan para alejarla del clan Matheson. Como las puertas fueron dejadas abiertas, la gente entraba y salía libremente en medio del caos sin notar nada que pudiera estar fuera de lugar.

Ella había cometido un gran error al salir a usar un retrete en lugar de esperar a usar el del interior. Después de las amenazas que había oído durante el día, debería haberse quedado dentro.

—¡Matad a la bruja! ¡Matad a la bruja!

La multitud coreaba mientras dos hombres la levantaban por los brazos y la empujaban hacia el agua. Ella luchó contra ellos, pero con las manos y los pies atados, cualquier movimiento era difícil. Una gran plataforma flotaba sobre el agua. La arrastraron hasta la orilla y sus zapatillas de casa se rasgaron contra las rocas. El agua había abierto un camino en la maleza que conducía a la plataforma. Era de madera y se adentraba mucho en el agua.

Se oyó una voz detrás de ella.

—Ponedle esto.

Se dio la vuelta y miró fijamente a los ojos de una mujer enfadada.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te he hecho?

—Te dijimos que dejaras en paz a Ethan. Él pertenece a Cori, pero eso es solo una ofensa. Practicas brujería, seduciéndolo cuando él ama a mi queridísima amiga Cori. No volverás a distraerlo. —Los hombres la obligaron a ponerse una prenda de arpillera. La multitud se hacía más ruidosa con los cánticos y sus temperamentos se volvían furiosos y más agitados a medida que pasaba el tiempo. Jennet miró a los ojos de uno de ellos y no vio más que odio y una furia como nunca antes

había experimentado. No eran en absoluto amables con ella, la empujaban, le arañaban la piel, la prenda era tan áspera en su piel que supuso que sangraría antes de librarse de ella.

—¡Matad a la bruja! ¡Matad a la bruja!

Otros gritaban:

—¡Ahogadla, ahogadla, ahogadla! —La multitud estaba formada en su mayoría por hombres, pero percibió alguna que otra muchacha, una con el puño en alto y gritando con los hombres.

¿Qué le había hecho a esa mujer? Paralizada por el miedo, no tenía nada que decir a ninguno de sus acusadores. La arpillera le desgarraba la piel y la sangre le chorreaba por el brazo a través de los agujeros.

Tal vez esa era la intención. Si sangraba, atraería más peces al agua. La prenda tenía varios bolsillos peculiares cosidos a la cintura, aunque Jennet no tenía ni idea de para qué servían esos extraños compartimentos.

—¡Basta de hablar con la prisionera! —gritó una voz masculina a la multitud, silenciándola de inmediato. La voz le resultó extrañamente familiar, pero sonaba bastante lejana, por lo que la identidad no le vino a la mente.

—Ludan, te dije que tendría voz y voto sobre ella.

—Cerrarás la boca y te mantendrás al margen, Alva. —El hombre caminó hacia ellos, empujando a los demás.

—Hermano, fui yo quien te dijo que ella estaba aquí. Nunca lo habrías sabido si no fuera por mí, así que tendré voz y voto en su trato.

La multitud se separó y dos hombres se acercaron; a dos de ellos los reconoció.

Rojo y Flaco, cuyo verdadero nombre era Harry.

Rojo, o Ludan, como ella sabía ahora, se le acercó y le pasó el dedo por la mejilla.

—Tu tiempo es limitado, muchacha que habla con lengua viperina. Aunque me hubiera gustado probarte, hacerte comprender cómo deben actuar las mujeres, no me entretengo con brujas.

—¡Abofetéala, Ludan! Hazle entender quién manda.

Ludan dijo:

—Cierra la boca, Alva. Este es un asunto que debe ser manejado por hombres. Ella pudo haberte ofendido, pero eso no me importa. Ella nos amenazó con una maldición perversa, y debe morir antes de que la termine.

—También amenazó con maldecir a Cori. Amenazó con hacer que se le cayera todo el pelo. No permitas que me haga eso. Mamá dijo que te encargaras de cualquiera que me amenazara, Ludan. Dile a Harry que me deje participar en esto. —Su voz tenía el tono de una niña malcriada.

Ludan se dirigió al extremo de la plataforma de agua y ató una cuerda a un poste que anclaba la plataforma. Había cuatro ladrillos atados al extremo de cuatro tramos de cuerda ya colocados en la superficie.

Un pinchazo recorrió la espina dorsal de Jennet cuando miró la cuerda y los ladrillos y empezó a atar cabos.

Era algo que podían atarle y mantenerla bajo el agua. Los ladrillos eran casi del tamaño exacto de los bolsillos de su ropa.

Cerró los ojos, rezó una oración rápida y pensó: *Ethan, ¿dónde estás?* Alguien notaría pronto su ausencia. Deseó que Tara se despertara y descubriera su desaparición, deseó que bajara la escalera, que la buscara.

Alguien tenía que estar buscándola.

Pero, por el momento, tenía que depender de su propia mente para escapar.

¡Piensa, piensa!

Cori entró en la refriega y dijo:

—Quizá esto esté yendo demasiado lejos, Ludan. —Luego susurró como si Jennet no pudiera oírla—: Solo asústala. Así dejará a Ethan para mí.

Ludan dijo:

—¡No! Ella pagará por lo que ha hecho, y otras mujeres Ramsay. He oído hablar de la que disparan a los hombres en las pelotas. Esa también debe ser detenida. Escúchame, y te diré todos los cargos contra la muchacha.

Ludan estaba de pie sobre una roca cerca del agua, pomposo y listo para hacer un anuncio a la multitud, si Jennet tenía que adivinar.

—Escuchad todos. Este es el juicio de una tal Jennet Ramsay. Una vez que los cargos hayan sido proclamados ante un grupo de sus pares en su totalidad, ella tendrá una prueba que superar para demostrar que no es una bruja. Si falla, será empujada de un bote con ladrillos atados a su cintura para que no se la vuelva a ver.

—Pero si es una bruja, podrá liberarse.

—No, tenemos la piedra blanca marcada con el signo de la cruz que impedirá su brujería. La llevará hasta el fondo del estuario. Quemará su carne en el camino. Y también tenemos otra forma de protección. —Entonces Harry gritó—: ¡Traedla!

Tres hombres acercaron una cruz blanca de madera y la clavaron en el suelo junto a la plataforma.

—Pero, ¿y si nos maldice a todos? —gritó otra voz.

—La cruz blanca nos protegerá.

—Pues adelante. Metedla en el agua antes de que intente hacer algo. —Un coro de voces coincidió con esta persona, uniéndose finalmente en otro cántico—. ¡Matad a la bruja, matad a la bruja…!

El hombre llamado Ludan hizo un gesto con los brazos para calmar a la multitud.

—Para acabar con esto, primero debemos declarar todos sus crímenes.

—¡Adelante! —expresaron varios mientras el resto se callaba.

—Jennet Ramsay, se te acusa de haber usado la brujería muchas veces en tu corta vida. Por cada uno de los hechos siguientes, recibirás un ladrillo en tu vestimenta. Primero, por amenazar a cuatro hombres inocentes con una serpiente viperina en mitad de la noche. Segundo, por hechizar a Ethan Matheson para que te eligiera como esposa en vez de a su prometida, Cori Milton. Tercero, por amenazar con un hechizo a Cori Milton para que se le cayera el pelo. Cuarto, por un hecho presenciado por muchos hace varios años, haciendo que un hombre se desmayara por orden tuya.

Habían oído hablar de Bearchun.

—¿Qué decís, gente justa del clan Milton?

—¡Culpable, culpable, culpable!

Jennet hizo lo único que se le ocurrió hacer: comenzó a cantar. Usó sus propias palabras inventadas que había estado practicando desde que era joven. De vez en cuando añadía algo que los demás pudieran entender.

—Serpiente viperina.

—Pierda su pelo, mechón a mechón.

Ella continuó, su propia voz pequeña en comparación con la de la multitud, pero finalmente la oyeron. Cori gritó:

—¡Detenla, Ludan!

La multitud se inquietó y se produjo un nuevo alboroto.

De repente, sonó otro rugido, procedente de detrás de la reunión.

Ethan. Su amado Ethan se acercó. Sus ojos se clavaron en los de ella para reconfortarla, para hacerle saber que estaba aquí por ella y que todo acabaría pronto. La multitud se separó, permitiendo que Ethan, Marcas y Shaw se acercaran hasta la orilla del agua.

La cara de Cori se iluminó y dijo:

—¡Ethan! Has venido a por mí.

—Déjala ir y me casaré contigo, Cori.

—No, Ethan. No necesitas hacer eso. Por favor. —La oleada de euforia que Jennet había sentido se convirtió instantáneamente en horror al procesar lo que Ethan acababa de decir. No quería su libertad en esos términos.

Un hombre que se unió a Cori y que tenía una estructura ósea similar, avanzó y dijo:

—Todos vosotros sois testigos de que este hombre ha accedido a casarse con mi hermana.

—Cori, ¿por qué haces esto? Egan —dijo Marcas al hombre que

estaba a su lado—. No hay razón para forzar un matrimonio. Ya había estado casada antes. Y toda esta situación no tiene nada que ver con Jennet. Ella no le ha hecho nada. Ethan no deseaba casarse contigo y a ti no te importó. Vuestro pasado habla bastante alto sobre vuestra relación.

—Sí, nos habríamos casado de no haber sido por las tontas travesuras de Alva y Dunn. He cambiado de opinión desde entonces. Ahora es un buen hombre y deseo reclamarlo como esposo.

Alva gritó:

—¡Deja de culparme de tus problemas! De hecho, así es como preferiríamos demostrar que es una bruja.

—¿De qué estás hablando, Alva? No es una bruja. —Ethan se acercó, pero Ludan se puso delante de ella.

—Sí, lo es, Ethan. Ella es la que te hechizó. He oído que hacía hechizos por todas partes cuando era más joven. Ella es la que te hechizó hace años, impidiendo que permitieras que alguien te tocara. Todo es culpa suya, y puedo demostrarlo.

—Te has vuelto loca, Alva. Ahora libérala o te arrojaré al agua. —Se acercó un paso más a Jennet, de modo que casi se tocaban.

Jennet no sabía lo que estaba pasando. Rodeada por los hombres Milton a sus lados, Cori y Alva estaban detrás de ella. Ethan, Marcas y Shaw miraban de frente a Ludan y sus hombres, luchando por liberarla, pero solo eran tres hombres. Si Jennet supiera lo que estaba a punto de ocurrir, posiblemente podría idear una escapatoria, pero no tenía ni idea de qué prueba tenían planeada para ella. A su entender, los juicios por brujería en el pasado siempre habían sido tareas imposibles. Estaban diseñadas para fracasar, garantizaban la muerte de la bruja. Era el único resultado que satisfaría a la multitud.

—¡Aléjate de mi hermana! Pero si estás tan seguro de ti mismo, pon a la bruja a prueba con Alva. Verás la prueba de sus entrañas. Es una bruja, y no puedes cambiarla.

—Bien. Jennet pasará la prueba. No es una bruja. ¿Cuál es la prueba y cuál es la evidencia de que la prueba es real?

Alva avanzó a zancadas, con los brazos cruzados, hasta detenerse frente a los dos.

—Te contaré la prueba con mucho gusto, Ethan. Todo el mundo sabe que, si una bruja te hechiza, su toque quemará a esa persona. Un hechizo te convierte en intocable, así que vamos a ver si la bruja puede tocarte, Ethan.

Jennet miró a Ethan, con el estómago dando vuelcos más grandes de los que ya había estado dando. Ahora estaba girando de tal manera que deseaba vomitar hacia un lado.

Ethan comprendió la trampa en la que acababa de caer. No podía tolerar el contacto de Jennet, así que si realizaban la prueba de Alva y

Ethan la apartaba, eso significaba que Jennet era una bruja que lo había hechizado.

Y sería condenada a muerte.

—Quítate la camiseta, Ethan —dijo Alva. Cori se acercó a su lado, con los ojos muy abiertos anticipando la prueba. Todos en ambos clanes sabían que Ethan no podía tolerar el contacto de una mujer. Todos esperaban que fracasara.

¿Lo haría? Jennet lo miró mientras él se quitaba la camisa, dispuesto a someterse a sí mismo y a ella a esta prueba.

Alva miró de su pecho a Jennet.

—Ahora, bruja. Debes tocarle el pecho con la mano, ponerla plana contra él, y si se estremece o te aparta, entonces tu destino está sellado. Te sacarán en el bote con los ladrillos en los bolsillos y te tirarán por la borda.

Marcas estrujó el hombro de su hermano como un acto de aliento.

—Puedes hacerlo, Ethan.

—Un respingo, Ethan. De tu pecho, de tu cara, cualquier movimiento dirá la verdad.

Ludan cogió una de las muñecas de Jennet y soltó la cuerda para liberar su mano.

—Adelante, bruja. Tócalo. Y debes mantenerla ahí durante dos minutos.

Jennet miró a Ethan y dio un pequeño paso adelante. Se miraron y ella sintió una oleada de confianza. Confiaba en él y la ayudaría a salir de esta situación, aunque se estremeciera. Jennet luchó contra las lágrimas que querían brotar de sus ojos, negándose a permitir que Alva o Cori tuvieran esa satisfacción. Levantó la mano y se estremeció ante el repentino grito de la multitud.

—¡Tócalo, tócalo, tócalo! —Supuso que la multitud probablemente superaba el centenar de personas, más de las que el clan Matheson podía combatir, por lo que esta era, de hecho, la única salida.

Jennet levantó la mano, dispuesta a posar sus dedos ligeramente sobre el pecho de Ethan, pero en el último momento, Ludan cogió su mano y la estrelló contra su piel.

Prácticamente le garantizó que se estremecería.

21

Aunque el hermano de Alva lo pilló por sorpresa, Ethan hizo todo lo posible por no inmutarse.

Y así fue. Los dedos de Jennet tocaron el vello grueso de su pecho y él pensó que querría apartarse, pero su suave piel tiró de él hacia adelante. Tenía la palma de la mano húmeda de sudor, pero su mirada se había clavado en la de él y no romperían su trance.

Miró fijamente sus ojos marrones y, de repente, comprendió qué era el amor. Era una mujer a la que amaba con todo su corazón. Le había confiado el único miedo que lo había paralizado durante tanto tiempo, y ahora sabía que ella nunca le haría daño ni lo avergonzaría. Nunca utilizaría sus defectos en su contra.

Mientras permanecían de pie ante el griterío de la multitud, se dio cuenta de otra cosa. Había estado esperando a Jennet Ramsay toda su vida. Era cierto que siempre había sido un poco diferente, pero su madre le había dicho a menudo que había una muchacha para él. Solo tenían que encontrarse, y ahora lo habían hecho.

El amor que vio en sus ojos también le calentó.

Amaba tanto a Jennet que haría cualquier cosa para garantizar su seguridad. Se casaría con Cori si eso significaba que Jennet podía irse en paz.

Lo consideraba un pequeño sacrificio después del placer que había experimentado al formar parte de su vida, aunque solo fuera por un corto tiempo.

Amaba a Jennet, así que se casaría con Cori.

Alva gritó:

—¡Estremécete, bastardo! ¡Ella tiene que morir!

Entonces se desató el caos. Una flecha surcó el aire, alcanzando a Alva en el pecho, seguida de otra a Flaco, dándole justo entre los ojos. Ethan cogió a Jennet y tiró de ella, pero una turba de diez hombres se abalanzó sobre él. Intentó no soltarla, pero fue arrancada de sus manos en medio de la locura.

Sus ojos escudriñaron la zona, pero lo único que vio fueron hombres golpeando a cualquiera que llevara una tela escocesa Matheson. Se dispararon más flechas, pero no las suficientes.

¿Dónde estaba Jennet? ¿A dónde diablos había ido?

Entonces la vio. Ludan la había cogido y la arrastraba por la plataforma hacia el bote. Otro hombre la sujetaba mientras Ludan le

ataba las manos y le metía ladrillos en los bolsillos. Mordió al hombre que la sujetaba y pateó con fuerza a Ludan, pero con las manos y los pies atados, poco podía hacer para liberarse. La arrojaron a la barca y Ludan partió mientras el otro hombre se quedaba atrás.

—¡Mata a la bruja! —gritó mientras empujaba el pequeño bote hacia el estuario.

—Lucha, Jennet. ¡Iré a por ti!

Luchó y luchó, recibiendo golpe tras golpe solo porque no era capaz de alcanzar su daga. Pero entonces ocurrió algo milagroso. El aire se llenó de flecha tras flecha, deslizándose por el aire nocturno, con silbidos ahogados por gritos y aullidos cuando las armas encontraban sus objetivos.

Una voz fuerte que Ethan reconoció se elevó por encima de la multitud que se retiraba.

—¡Cómo te atreves a tocar a mi sobrina! —Logan Ramsay había llegado con sus arqueros.

Ethan estampó su puño contra dos rostros, otros dos fueron alcanzados por las flechas Ramsay, y los cuatro o cinco restantes huyeron a toda prisa.

Ethan se dirigió directamente al estuario. Se lanzó en picado desde el extremo del muelle y se dirigió hacia Jennet. Ludan remaba furiosamente el bote, como si tuviera cien botes detrás. Ethan nadó con más fuerza de la que había nadado nunca, sus brazos surcando el agua, rivalizando con la habilidad para remar de Ludan.

Cuando se acercó, Ludan por fin lo oyó y le gritó:

—Ella caerá ahora. Es demasiado tarde, Matheson.

Jennet gritó todos los nombres que pudo. *Ethan, Gavin, tío Logan, Marcas.*

Ethan estaba casi sobre ellos cuando ocurrió lo peor. Aunque Jennet pateó y luchó lo mejor que pudo, Ludan la empujó por la borda. Ethan fue tras ella a las profundidades, con los brazos agarrándose a todo lo que podía, con la esperanza de encontrarla. Incluso con los ojos abiertos, apenas veía. Entonces, sintió el roce de un pelo contra él, así que se aferró a este, pero el peso de Jennet lo atrapó, tirando de él hacia abajo con ella.

Demasiados ladrillos.

La rodeó con los brazos por detrás para que no pudiera cogerlo. Sintió el movimiento de sus piernas, pero ella no podía hacer nada contra la cuerda. Ethan se obligó a ir más despacio y a alcanzar los ladrillos.

Los encontró uno a uno y los arrojó hasta que la liberó. Casi sin aire, pateó furiosamente hacia la superficie del estuario, con un fuerte agarre mientras tiraba de Jennet con todas sus fuerzas. Se dio cuenta de que estaba luchando solo y, de repente, recordó las cuerdas de las

piernas de Jennet, así que se detuvo para inclinarse y desatarlas. Ahora Jennet pateaba junto a Ethan hacia la superficie, ambos esforzándose hasta el límite, y luego más allá.

Ethan salió, jadeando ferozmente mientras tiraba de Jennet junto a él. Rodó sobre su espalda para sostenerla mientras tiraba de las cuerdas sueltas de sus manos.

Mirando a su alrededor, vio el bote a poca distancia. Ayudó a Jennet mientras nadaban hacia él y se aferraban a la borda, todavía jadeando. Le quitó las algas del pelo y se sonrieron, agradecidos por haber sobrevivido. Ethan se inclinó hacia ella y le besó el pelo, le estrujó el hombro y tiró de ella para abrazarla. Ya no tenía que temer tocar a Jennet. Luego la subió al bote y ella chilló antes de darse cuenta de que Ludan estaba muerto con una flecha enviada directa al corazón. Ethan oyó la voz de su hermano procedente de otro bote no muy lejano.

Ethan consiguió subir a la barca sin volcarla, gracias al peso de Ludan y, en cuanto se sentó, tiró de Jennet hacia su regazo y la abrazó por detrás.

—Deseo no dejar de tocarte nunca, muchacha.

Ella lo miró primero, luego le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—No puedo creer lo rápido que esos ladrillos me arrastraron bajo el agua. Muchas gracias a ti, Ethan, por venir a por mí.

—Ha sido un placer, muchacha —dijo él, devolviéndole el abrazo y apoyando la barbilla en su cabeza—. Temí estremecerme, pero no lo hice. Ya sé por qué. Eres la persona que mi madre siempre decía que algún día conocería. A la que no le importarían mis pequeñas rarezas y tendría las suyas propias. —Otra barca vino tras ellos mientras se sentaban estancados en el agua, los remos habían flotado lejos—. Creo que Marcas ya viene.

Jennet levantó la cabeza, pero permaneció pegada a él. Ethan podía sentir sus ligeros temblores.

No estaba dispuesto a dejarla marchar.

Marcas se acercó a la barca y dijo:

—¿Estáis los dos sanos? ¿Jennet? Tu tío está gritando como un salvaje.

—Estoy bien, gracias a Ethan.

—Aquí, atad esta cuerda y yo tiraré de vosotros.

Cuando llegaron a la orilla, todos los guerreros Ramsay y Matheson vitorearon. Brigid y Tara acababan de llegar y estaban en la parte de atrás, aún sobre sus caballos. Padraig se reunió primero con Jennet.

—Al tío Logan casi le provocas otro de sus ataques cuando oyó los cánticos. ¿Qué demonios ha pasado para que piensen que eres una bruja?

Logan se acercó a ellos una vez que volvieron a la orilla. Ethan cogió a Jennet de la mano y la llevó de vuelta a un lugar seguro, abriéndose paso entre los guerreros, revisando a los muertos y heridos. Los guerreros Matheson y Ramsay se ocupaban de sus heridos y ataban a los enemigos, cargándolos en carretas para llevarlos al castillo Milton. Logan le tendió una tela escocesa Ramsay. Ethan la cogió y se la puso alrededor de los hombros. Ella lo detuvo y le dijo:

—Espera, por favor. Primero quiero que me quites esta prenda espantosa y gruesa.

Ethan la ayudó a desprenderse de la arpillera y ella la arrojó hacia el fiordo.

—Hay que quemarla para evitar que vuelva a ser usada.

Logan arqueó una ceja y preguntó:

—¿Una bruja? ¿De verdad? Sé que el idiota de Bearchun pensaba eso, pero ¿cómo convenciste a esta gente de que eras una bruja?

—No quiero hablar de eso ahora, tío, pero muchas gracias por venir a rescatarme. —Se estremeció y se recostó contra Ethan—. Solo deseo volver al castillo Matheson. No tienes malas noticias sobre papá, ¿verdad?

—No, solo que está igual y que se siente horrible por cómo te trató. Hablaremos mañana. Tienes que acercarte a una chimenea. —Entonces, al notar a otro hombre en el grupo, se detuvo un momento—. Grant, ¿qué demonios haces aquí?

Padraig se encogió de hombros.

—Estaba vagando y encontré a mi prima viajando con un hombre extraño. Pensé en echar un vistazo. —Luego se rio, extendiendo los brazos—. Y aquí estoy. Nunca me fui.

Logan murmuró:

—Deambulando. ¿Qué diablos significa eso? Aún no estoy preparado para oír toda la historia. Más tarde. Pero si sigues aquí, debe de haber una muchacha que te ha llamado la atención.

Padraig dijo:

—Tal vez la haya.

Ethan acomodó a Jennet en su caballo y subió detrás de ella. Una vez que partieron hacia la tierra Matheson, ella se recostó contra él, y se sintió bastante satisfecho.

Intentó apartar la realidad de su amor, porque significaba también aceptar el hecho de que no se le permitiría casarse con ella.

Una vez que regresaron al castillo Matheson, el grupo celebró en el gran salón. Los hombres Ramsay y los Matheson se felicitaron mutuamente por el éxito de la misión, mientras las sirvientas se

apresuraban a repartir tartas de carne y copas de ale a todos los presentes. Jennet se encontraba temblando junto a la chimenea, envuelta en una gran piel, con la mirada clavada en Ethan mientras este se abría paso entre la multitud. Todos lo felicitaban por haber salvado a Jennet, pero él se concentraba en asegurarse de que ella estuviera bien, así que volvía una y otra vez para ver cómo estaba. Lo único que ella podía hacer era asentir con la cabeza porque le castañeteaban mucho los dientes.

Brigid se sentó a su lado y dijo:

—Ethan se preocupa por ti. Nadie haría lo que hizo si no sintiera algo por ti. Tengo que admitir que me asusté mucho por ti, pero sabía en el fondo que te ayudarían. Tengo que decir que cuando oí la voz de mi padre, me sentí mejor. Los números se igualaron con la adición de los guerreros Ramsay.

Tara se paró frente a ella.

—Debiste de asustarte mucho cuando caíste por la borda.

Jennet solo pudo asentir. Prefería no pensar en ello porque el recuerdo le evocaba el miedo que había sentido, el dolor de estar bajo el agua y desesperada por respirar.

Tara dijo:

—Pobrecita. Estás temblando. Te traeré un poco del caldo de hierbas de Jinny para calentarte por dentro.

Asintiendo de nuevo, Jennet esperó poder sostener la taza lo bastante firme como para tragar.

Su tío se acercó cuando ya había bebido suficiente caldo para frenar sus temblores.

—Jennet, eso ha sido una tontería por tu parte. Siempre has sido tú la que ha actuado con sensatez. ¿Por qué saliste sola y cómo hiciste todo el camino hasta aquí por tu cuenta?

—No voy a discutir contigo porque tienes razón. Siento haberte arrastrado lejos de la tierra Ramsay otra vez, pero no estuviste allí. Papá casi me golpea, y habría sido un golpe lo suficientemente fuerte como para tirarme al suelo. Y había mucho odio en su mirada…

—No odio, sino furia. A sus ojos, lo negaste. Te dijo que no lo hicieras y continuaste sin su permiso. Recuerdas que él era el jefe del clan antes de Torrian. Los líderes están acostumbrados a que se cumplan sus órdenes y no se cuestionen.

—Cierto, no lo había visto de esa manera. ¿Él se siente mal por ello? —El peso de esa experiencia se disipó un poco con esta nueva perspectiva.

—Sí, así es. —Entonces su tío preguntó—: ¿Te quedarás aquí?

—No, tengo una nueva teoría, así que me gustaría volver a casa, pero no hasta dentro de un día o dos. No podría soportarlo hasta que descanse. Ya casi amanece. No puedo irme hoy. ¿Me esperarás otro

día, tío?

El tío Logan se inclinó y le besó la frente.

—Por supuesto que lo haré. Estoy feliz de pasar otro día con Brigid. Un día o dos, no más.

Alguien a quien ella no reconoció entró para hablar con Ethan. Él siguió al desconocido fuera del salón, sin mirarla siquiera, con el rostro serio. La mirada de Jennet recorrió la sala abarrotada. Ethan se había ido, Brigid charlaba con su padre, Tara estaba enfrascada en una conversación con Shaw.

Otra vez sola. Así era su vida en Black Isle. No había razón para quedarse en el salón. Estaba lleno de guerreros Ramsay y guardias Matheson, todos hablando de la batalla, como parecían hacerlo todos los hombres cuando salían victoriosos del enemigo. Jennet deseó compartir su sentimiento.

El cansancio se apoderó de ella y decidió ir a su habitación a dormir. Tal vez todo iría mejor por la mañana.

Ahora mismo, lo único que importaba era descansar.

Subiendo las escaleras, nadie la notó, como si se hubiera fundido con la pared. Cuando por fin empujó la gruesa puerta de su habitación, dejó escapar un pesado suspiro que casi la llevó a las lágrimas, pero las contuvo. La cabeza se le llenaría de líquido y no podría dormir si cedía a ello.

Se desnudó y se puso un camisón de noche limpio, se enjuagó la boca y bebió unos tragos de una botella de vino que había en el baúl cercano, y luego se tumbó en la cama.

Echaba de menos a Bethia y a su madre. Un ligero golpe la sorprendió mientras bostezaba y murmuró:

—Adelante.

La puerta se abrió y un rayo de luz de la antorcha del pasillo iluminó la recámara lo suficiente para que viera quién era.

Brigid. Cerró la puerta suavemente y se acercó sigilosamente a las camas, depositando una vela sobre el baúl que había cargado consigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jennet.

—Nada. —Brigid dejó caer el vestido al suelo y se puso un camisón de noche que llevaba bajo el brazo, luego empujó la cama de Tara contra la de Jennet—. Si las juntamos, las tres podremos dormir aquí esta noche.

Jennet no tenía ni idea de qué le había pasado a su prima, pero estaba demasiado agotada para preguntar. Dejó que Brigid continuara, murmurando como solía hacer cuando estaba disgustada. Jennet se callaba cuando estaba afligida mientras Brigid divagaba sin parar.

Brigid parloteó:

—Jennet, lo siento mucho. Por favor, perdóname. Cuando te vi allí de pie con ladrillos en los bolsillos cerca del estuario, casi vomito

sobre mi pobre caballo. ¿Qué he traído sobre nosotras? De acuerdo, no nos secuestré a las tres, pero me enamoré de Marcas y nos quedamos, y ahora Ethan y tú estáis juntos, y Shaw y Tara se quieren. ¿Nos he traído a un mal lugar en Black Isle?

—No —consiguió decir Jennet—. Eres feliz y yo me alegro por ti.

Brigid se tumbó de cara a Jennet, cubriéndose la parte inferior del cuerpo con la colcha. Le tendió una mano a su prima y le dijo:

—Deseo dormir como solíamos hacerlo. Por favor.

Jennet sonrió.

—¿Y tu marido lo aprueba?

—Sí, lo aprueba. Le dije que necesitaba pasar la noche con mi prima favorita, la que siempre me protegió antes de que llegara Marcas, en la que confiaba más que en ninguna otra, la que me escuchaba y me apoyaba. La que amaba y con la que siempre podía contar para hacerme sonreír. La que nos hizo pasar muchos sustos mientras crecíamos, la que se quedó a mi lado pasara lo que pasara.

Brigid resopló y dijo:

—Perdóname por no haber estado a tu lado cuando me necesitaste.

Jennet se sorprendió, pero se sintió reconfortada por sus palabras. Su relación había sido especial, más especial de lo que ella podía describir.

Brigid le tendió el dedo meñique a Jennet con una sonrisa.

—¿Por favor?

—¿Estás segura de que Marcas lo aprueba?

—Marcas estará despierto casi toda la noche hablando de su victoria de esta tarde. Le dije que necesitaba estar con mi amiga especial. Estuvo de acuerdo. —Señaló su dedo con la cabeza.

Jennet extendió la mano y enganchó su meñique con el de Brigid, de la misma forma que solían dormirse juntas todas las noches. Jennet había pensado en ello como una protección para evitar que alguna de las dos fuera robada de su cama. Cuando el villano se llevara a una, la otra lo sabría.

—Te amo, Jennet.

—Te amo, Brigid.

Tal vez las cosas saldrían bien después de todo.

Jennet tomó la decisión de volver a casa a la mañana siguiente y abrazó a sus primas una vez.

—Perdonadme por irme tan rápido, pero debo ver a mi padre, ver si puedo ayudarlo.

El tío Logan seguía gritándole a Marcas.

—Dos veces hemos tenido que venir aquí para salvar el culo de tu

clan cerca del estuario. Tal vez deje diez guerreros aquí esta vez para ayudarte a entrenar. No quiero tener que empezar mi próxima visita a Black Isle en el estuario como hice esta vez, Matheson.

—Sabes que agradeceríamos unos cuantos guerreros hasta que podamos construir nuestro clan de nuevo. Nuestros almacenes de comida son abundantes y tenemos mucha ale, así que podemos alimentarlos bien —dijo Marcas.

—Tendré una charla con Maule y él podrá elegir quién se queda. —Se acercó de nuevo a los guerreros—. Media hora, Jennet, luego nos vamos.

Ethan llegó a verla y le dijo:

—¿Puedo hablar contigo antes de tu partida, Jennet?

Agradecida de que él hubiera venido, ella dijo a sus primas:

—Os veré pronto, estoy segura.

Ethan la guio hasta unos árboles alejados de los establos, donde podrían hablar en privado. Ella cojeaba un poco debido a una herida en un pie, pero se las arregló. Ethan no tenía mucho mejor aspecto. La noche anterior habían tenido pocas oportunidades de hablar en privado desde el comienzo de los festejos en el salón, pero, de todos modos, había estado demasiado agotada para mantener una conversación.

A decir verdad, después del evento, no deseaba ir muy lejos. Ya había tenido suficiente de estar cautiva. Se había enterado por su tío de que Cori seguía en la tierra Milton, Alva aferrándose a la vida y maldiciendo por haber perdido a su hermano. Nada había salido como habían esperado.

Ethan respiró hondo y a Jennet no le gustó cómo la miraba ahora. Antes sus ojos habían estado llenos de amor, y ella creía que seguirían así, ahora que estaban fuera de peligro. Pero tal vez estaba pasando algo por alto, porque Ethan no era la viva imagen del vertiginoso amor juvenil en este momento.

—Sabes que tengo sentimientos muy profundos por ti, pero han salido cosas a la luz después de la situación, y ya no puedo ignorarlas. Comprende que cuando decidí perseguirte, una de las promesas que hice a mis hermanos fue protegerte. Por desgracia, en este momento solo hay una forma de que cumpla mi palabra al respecto.

A Jennet no le gustó esto en absoluto, y un extraño presentimiento le dijo que corriera ya porque sus palabras no iban a ser agradables.

—El jefe del clan Milton envió un mensajero ayer por la noche para hacerme saber que espera que cumpla lo que prometí anoche. Quiere que me case con Cori dentro de siete días.

—¿Qué? —preguntó Jennet, confundida.

—¿Recuerdas cuando llegué a la multitud anoche? Dije que, si te dejaban ir, aceptaría casarme con Cori. Esperan que mantenga esa

oferta. Te han liberado, así que esperan que haga lo que ofrecí.

—Es ridículo, Ethan. Ellos no me liberaron. Intentaron matarme, y si no fuera por ti, estaría muerta. No pueden esperar que te aferres a eso. —Esto explicaba el hombre extraño que Jennet había visto escoltándolo fuera del salón la noche anterior. Era alguien del clan Milton.

—Pero mi promesa siempre ha sido protegerte. La mejor manera de hacerlo, para evitar que esto vuelva a suceder, es que me case con Cori. No creo que el jefe Milton o Alva dejen pasar esto. Han perdido a Ludan y a Harry, entre otros, y están bastante disgustados. Te culpan a ti.

Estaba tan aturdida que no podía hablar, pero no estaba en condiciones de discutir con él. Tenía que llevarle esta noticia a su padre, y tenía que usar lo que había aprendido de la herida de Ethan para curarlo de la misma manera.

—Si es lo que deseas hacer, Ethan, lo acepto. —No deseaba aceptarlo, pero ¿cómo podía pedirle que se casara con ella? Así no se hacían las cosas. El hombre elegía a su esposa, y Ethan había elegido a la suya. Los sentimientos de Jennet eran intrascendentes, como siempre.

Entonces, la sorprendió dando un paso adelante y estrechándola entre sus brazos. Le dolía sentir su calor, sabiendo que le sería arrebatado. Quiso apartarlo, pero solo se inclinó hacia él, apoyando la frente en su pecho. Lo echaría mucho de menos.

—Quiero que sepas que te amo, Jennet. Esta situación me ha hecho darme cuenta de ello, aunque me resulta difícil explicarlo. Que sepas que siempre te estaré agradecido por haberte tenido en mi vida durante muy poco tiempo. —Luego la hizo retroceder, le puso el dedo bajo la barbilla y la besó. Fue incómodo pero dulce, y ella lo recordaría siempre.

Lo recordaría a *él* para siempre.

—Adiós, Ethan. —Tenía más cosas que decir, pero no pudo pronunciarlas.

Yo también te amo.

22

Jennet estaba más confundida que nunca en su vida, pero sabía que su tarea más importante ahora era intentar salvar la vida de su padre.

Hicieron una parada de camino a casa, y el tío Logan la sentó en un tronco para hablar con ella.

—Jennet, ahora que has descansado, me gustaría tener una explicación por tus acciones. Nunca antes habías sido tan descuidada o tonta. ¿Por qué dejaste la tierra Ramsay por tu cuenta?

Él se había asegurado de que estuvieran solos. Kyle, el segundo del hermano de Jennet, tenía a los hombres cocinando su comida en una zona diferente, un buen faisán que uno de los hombres había abatido.

—Tío Logan, intenté curar a mi padre. Todos estaban allí para ayudarme, pero no pude, y cuando lo intenté, él levantó su mano en un amplio arco para golpearme. No habría sido un golpe ligero. Mi padre es un hombre grande. Me habría tirado al suelo y magullado durante quince días.

—Era su dolor que hablaba. Tienes que olvidarlo. Me envió porque está muy molesto por haber hecho eso. Apenas lo recuerda, pero sabe que eso te obligó a irte por tu cuenta. Él y yo sabemos que no es un pequeño milagro que no te atacaran los bandidos. Ethan debió haber regresado por ti. Dijeron que llegó contigo.

—Lo hizo, pero los bandidos *sí que* me atacaron. Ha sido una experiencia que no quiero volver a vivir, y Ethan me salvó. Pude ahuyentar a tres con mis trucos de brujería, pero el cuarto no se dejó engañar. Ethan me salvó. Desafortunadamente, mis trucos de brujería también jugaron un papel en las acusaciones que enfrenté cerca del estuario. Estoy agradecida de que vinieras, tío.

—Ahora tiene sentido. ¿Y la parte de la que se te acusó en esa farsa de juicio por brujería era por tus trucos?

—Sí, uno de los hombres que intentó atacarme era el hermano de Alva. El de la barca. Deseaba acabar conmigo porque temía mis hechizos. Y uno de sus amigos era el otro hombre que murió con él. Se llamaba Harry, pero yo lo llamaba Flaco.

—¿Y los otros dos? ¿Dónde están? —preguntó el tío Logan, sin apartar su mirada de la de ella.

—Uno está muerto. No sé dónde está el otro.

—Bien. Ethan ha matado al que se atrevió a tocarte, supongo. Debería estar muerto.

—Lo está.

—Así que huiste, pero estabas más que dispuesta a volver conmigo. Pensé que tendría que arrastrarte de vuelta.

—Ethan recibió una flecha y estalló en una fiebre muy parecida a la de mi padre. No fue sino hasta unos días después de que lo hirieran que pude detener su fiebre. Planeo hacer exactamente lo mismo con mi padre. Sé que volverá a gritarme, a amenazarme con pegarme, pero esta vez no me detendré. Seguiré adelante hasta que encuentre lo que busco.

—¿Qué estás buscando?

—Algo ha quedado dentro de su herida. Estoy segura de ello. Una astilla de madera, un diminuto trozo de roca, un trozo de palo. Podría ser cualquier cosa, pero tiene algo extraño dentro y su cuerpo sigue luchando contra ello. Tengo que sacarlo.

—Jennet —dijo él, levantándole la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Lo que necesites que haga, lo haré. Iré contigo y evitaré que tu padre te golpee. Creo en ti, en tus habilidades, así que te apoyaré. Sé que tu padre te lo agradecerá después. ¿Me buscarás cuando hagas esto?

—Sí, tío Logan. Te buscaré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Su tío continuó:

—Y esta vez, le daré un poco de nuestro mejor líquido ámbar, *uisge beatha.*

Esto le levantó el ánimo a Jennet, porque el agua de la vida era un poderoso tónico que sin duda aliviaría el dolor de su padre. Sabía que solo se sacaba con fines especiales, y el tío Logan había decidido que esta era una de esas ocasiones.

—Me encantaría que lo hicieras, y estoy segura de que a Pa también.

Comieron en silencio, los hombres hablando de alguna otra disputa en las Highlands de la que habían oído hablar y de la batalla que tuvo lugar. ¿Por qué las peleas eran un tema tan popular entre ellos? No lo sabía, pero su mente divagaba en otras cosas. Le molestaba la decisión final de Ethan de casarse con Cori.

Tal vez era una bendición. Aunque había tenido éxito tocándola, Jennet sabía que seguiría siéndole difícil porque mantener a la gente a distancia era algo natural en él. Habría tenido que lidiar con esto constantemente como su esposa. Podría haber fracasado por completo, y eso le dolería más que nada. Cierto, tal vez una mujer más experimentada en los hombres sería algo bueno para él. Descubrió que la felicidad de Ethan significaba más para ella que la suya propia.

Cumplir sus promesas era importante para él, Jennet lo entendía.

Él no torcía las reglas para adaptarlas a sus necesidades. Las seguía al pie de la letra.

—¿Estás molesta por Ethan?

No podía mentirle a su tío.

—Un poco. Me sorprendió que eligiera a Cori en vez de a mí, y tengo que admitir que me duele.

Estaba a punto de irse a dormir cuando su tío le susurró:

—No te preocupes. Nunca se casará con ella. Sus hermanos no lo permitirán. Pero antes la verá como lo que ella realmente es.

—¿En qué me ayuda eso ahora? —preguntó en voz baja.

—Cuando venga a por ti; y lo hará, no tendrá dudas, y tú tampoco. Ahora vete a dormir. Debes curar a mi hermano por la mañana. Ethan y tú tenéis tiempo de sobra.

Un día después de la partida de Jennet, Ethan estaba en el salón comiendo sus gachas matinales cuando Shaw irrumpió con una expresión de rabia en el rostro.

—Dime que no has hecho una tontería, Ethan.

Ethan observó el rostro contorsionado de su hermano y se dio cuenta de que el grado de enrojecimiento indicaba a menudo lo alterado que estaba. Shaw estaba realmente furioso en este momento.

—¿Qué crees que he hecho?

—¿Le has dicho a Jennet que te ibas a casar con Cori?

Marcas entró en el salón y gritó:

—¡Fuera todo el mundo! Necesito hablar con mi hermano a solas.

Brigid y Tara abrieron la puerta de la recámara de curación. Brigid preguntó:

—¿Qué pasa, Marcas?

—Lo que pasa es que mi hermano es un tonto. Un gran tonto. ¿En qué estabas pensando, Ethan?

Ambos hermanos se pararon frente a él, cada uno con las manos en la cadera. Tara estaba cerca de Shaw, Brigid junto a su marido, mientras el resto en el salón salía corriendo por una puerta u otra.

Ethan esperó a que todos se marcharan para explicarles exactamente lo sucedido. Era evidente que su hermano se estaba dejando llevar por sus emociones. A Ethan tampoco le entusiasmaba la perspectiva de casarse con Cori, pero ya no había escapatoria. Siempre cumplía su palabra. ¿Qué más había en esta historia?

Shaw dijo:

—¿Has aceptado casarte con Cori y se lo has dicho a Jennet antes de que se fuera? —Su tono se había calmado un poco, pero la furia seguía visible en las venas de su cara. Ethan tuvo que preguntarse si

alguna vez se le habían salido así las venas.

—Para liberar a Jennet de las garras de los Milton, en particular de Ludan y Harry, les dije que me casaría con Cori. Se lo dije cuando llegamos. Tú estabas detrás de mí y viste la situación. Había demasiados hombres para que lucháramos, así que tuve que pensar en otra cosa.

Marcas dijo:

—Pero que te hayas ofrecido no significa que tengas que casarte con ella. No la dejaron libre cuando dijiste eso.

—Sí, debo hacerlo. Di mi palabra de que me casaría con Cori si liberaban a Jennet. Aunque no la liberaron inmediatamente, Jennet ahora es libre. Por lo tanto, debo casarme con Cori.

Brigid emitió un pequeño gemido.

—Ethan, ¿le dijiste esto a Jennet antes de que se fuera?

Él asintió:

—Ella lo entendió.

—¿Le dijiste algo más? —preguntó Tara.

—Sí, le dije que la amaba pero que tenía que casarme con Cori. Le expliqué por qué y lo entendió.

Cuatro voces gritaron:

—¡No, no lo entendió!

Se quedó tan sorprendido por los gritos de los cuatro que se levantó y retrocedió dos pasos.

—Pero ella dijo que lo entendía.

Brigid estrujó el brazo de Marcas y dijo:

—Si ella dijo eso fue solo porque aceptó tu decreto. También tenía prisa por volver con su padre para ver si podía curarlo. Así que no discutiría contigo hasta que su padre estuviera curado.

—Yo creía que ya había intentado curarlo y había fracasado. No entiendo por qué volvería.

Tara habló con voz tranquila, algo que a los demás les costaba, así que Ethan le prestó toda su atención.

—Ella cree que la situación de su padre es la misma que la tuya. ¿No recuerdas cómo sacó ese trozo de flecha y cómo te alivió el dolor? Y luego te curó con su cataplasma. Cree que su padre tiene el mismo problema, aunque necesitará a alguien más fuerte para sujetarlo. Como su herida ha estado tanto tiempo en la misma situación, el dolor y la zona inflamada son mucho peores que los tuyos.

—Eso tiene mucho sentido. Espero que tenga éxito. —Apartó su silla y volvió a sentarse, dando otro bocado a sus gachas. La conversación había terminado. Notó que Brigid le hacía algún tipo de señal a Marcas, así que Marcas se sentó a su lado.

—No puedes casarte con Cori.

—Pero he dado mi palabra.

—¿La amas?
—No, en absoluto.
—¿Crees que tendrás una vida feliz con ella? —preguntó Marcas.
—No lo había pensado, pero probablemente no si debo vivir en la tierra Milton.
Marcas se frotó la barbilla, su barba estaba un poco desaliñada, por lo que el sonido era bastante extraño.
—Sé que has dado tu palabra, pero no tienes por qué cumplirla en este caso.
—Papá nos enseñó que siempre debemos cumplir nuestra palabra.
—Pero tú no —dijo Marcas, con voz tranquila. Los tendones de su cuello adquirieron un aspecto extraño, un poco como el de Shaw hacía un momento.
—¿Por qué no?
—¡Porque hiciste ese compromiso bajo presión! —bramó Shaw, moviendo los brazos sobre su cabeza.
Ethan se apartó de la mesa.
—No entiendo qué significa eso.
Tara se paró delante de Shaw y entrelazó sus dedos con los de él.
—Él no quiere gritarte. Solo hiciste esa promesa porque los Milton te presionaron. Pensaste que, si no te casabas con Cori, Jennet moriría. ¿No estoy en lo cierto?
—Sí, eso es correcto.
—Entonces, si no hubieras pensado que Jennet corría peligro, ¿le habrías hecho la misma promesa a Cori?
Ethan pensó un momento, intentando seguir su razonamiento.
—No, no lo habría hecho. Creo que estáis diciendo que no debería haber prometido casarme con Cori.
Shaw se dio una fuerte palmada en la frente y soltó la mano de Tara para comenzar a pasearse.
—En realidad no importa lo que hayas dicho —explicó Tara—, porque tenían cautiva a Jennet. Eso estaba mal e iba en contra de la ley escocesa, así que cualquier cosa que dijeras o prometieras en relación con eso sería nula. No pueden obligarte a cumplir esa promesa. Ellos estaban infringiendo la ley.
—¿Así que no estoy prometido a Cori?
—No. No lo permitiré —anunció Marcas, con el rostro como una piedra—. Tú perteneces a Jennet, y me complace que reconozcas que la amas.
—Pero Jennet se ha ido.
—Entonces irás tras ella —susurró Marcas—. Es una orden de tu jefe.

23

Una vez que llegaron, el tío Logan condujo a Jennet directamente a la recámara de curación de su madre. Llamó a la puerta y su madre respondió, chillando de alegría en cuanto puso los ojos en ella.

—Gracias, Logan, por traerla a casa. —La envolvió en un fuerte abrazo y Jennet estuvo a punto de soltar las lágrimas, pero tenía que mantenerse fuerte para curar a su padre.

—Brenna, tenemos trabajo que hacer. ¿Cómo está Quade?

Sus ojos se empañaron mientras susurraba:

—Está peor, Logan. Su pierna se está volviendo de un rojo que no me gusta. Temo que tendré que amputársela para salvarlo, pero sabes que yo odiaría hacerlo.

—Entonces lo curaremos. Jennet cree que sabe qué hay que hacer, así que voy a ayudarla. —Torrian entró por la puerta desde el gran salón, y tío Logan lo llamó—. Torrian, trae aquí a MacAdam, Gregor y Maule. Trae también a tus hermanas. Nos vemos aquí en diez minutos.

—¿Puedo verlo? —preguntó Jennet.

—Sí, pero rara vez se despierta. Espero que lo haga por ti porque se siente muy culpable por haberte gritado.

Jennet entró en la habitación, sorprendida al ver una antorcha encendida. Su padre estaba acurrucado bajo las sábanas. Levantó la cabeza para ver quién había llegado y luego dijo:

—¿Jennet?

—Sí, papá. Estoy en casa otra vez.

Hizo lo posible por incorporarse, pero el tío Logan tuvo que ayudarlo a ponerse cómodo.

—Jennet, mis disculpas por gritarte. No debería haberlo hecho. Sé que solo intentabas hacer lo mejor. Y gracias al Señor por Torrian, que evitó que te golpeara. No me di cuenta de lo que estaba haciendo. Sabes que nunca te golpearía si mi mente estuviera sana, ¿verdad?

—Lo sé, papá. Pero voy a curarte. Estoy bastante segura de que algo que he experimentado en los últimos siete días resultará ser finalmente la cura. Puede doler.

—En cualquier parte menos en ese lugar.

Jennet lo pensó bien, decidiendo que no iba a mentirle directamente a su padre, así que lo evadió con una pregunta.

—Papá, ¿te sientes mejor? —Después de todo, ese era exactamente el lugar al que tenía que dirigirse.

—No. La fiebre continúa. No tengo ganas de comer, tu madre me obliga, y paso gran parte del tiempo durmiendo. ¿Qué pasa en el mundo, Logan?

—Nada que deba preocuparte, así que bebe esto, por favor. —Logan le ofreció la copa del agua de la vida.

Su padre la miró y dijo:

—Con mucho gusto. Muchas gracias.

Complacida de que su atención se desviara de ella, Jennet decidió reunir las provisiones necesarias mientras los hermanos charlaban, dando tiempo al *uisge beatha* para trabajar. Dos palanganas, varias tiras de lino, pañuelos de lino, la cataplasma de su madre para vendar la herida después y jabón. Y necesitaba una herramienta especial para sacar algo diminuto de la herida. Encontró dos posibilidades y las colocó sobre el baúl cercano. Afortunadamente, mucha gente entraba y salía, y la distracción volvió a alejar de ella los pensamientos de su padre.

Por favor, Dios, que esto funcione.

Una vez que todos estuvieron dentro, el tío Logan dijo:

—¿Estás lista, Jennet? MacAdam, sujeta la pierna en la que está trabajando. Kyle, la otra. Gregor, tú al otro lado de él. Sujétale el brazo para que no la golpee. Torrian, tú intervendrás donde se te necesite. Todos tenemos que sujetarlo mientras Jennet hace su trabajo.

Su madre miró de uno a otro y luego de nuevo a Jennet.

—¿Qué harás exactamente, Jennet?

—Mamá —respondió ella, bajando la voz—, lo mismo que antes, pero no voy a parar hasta que encuentre lo que hay en su herida. Hay algo ahí, estoy segura.

—Muchacha, él nunca lo permitirá. Lo he intentado muchas veces. He fregado y fregado ese mismo lugar, especialmente cuando fue herido por primera vez.

—Pero renunciaste como yo lo hice. No voy a renunciar esta vez.

El tío Logan ladró:

—Jennet, ¿estás lista? ¡Lily, Bethia, llevad a vuestra madre fuera!

—Logan, me quedo.

—No, no lo harás. Distraerás a tu hija.

Su madre se acercó a su padre y puso su cara junto a la de él.

—No, me quedo con él.

—Bethia, saca a tu madre de aquí.

—¡No, me quedo! —alzó la voz.

Su padre preguntó:

—¿Qué está pasando? No entiendo por qué Brenna no puede quedarse. ¿Qué está haciendo Jennet? No he podido oír la conversación.

Su madre se volvió hacia ella y capturó sus muñecas.

—Jennet, no le hagas daño. Por favor. Lo amo demasiado. No puedo perderlo todavía.

El tío Logan gritó:

—¡Fuera! Brenna, Bethia, Lily, Sorcha. ¡Fuera, todas! Sacad a Brenna y no dejéis que vuelva a entrar. Y no abráis la puerta hasta que hayamos terminado.

Bethia cogió el brazo de su madre y Lily el otro.

—Sal, mamá. Todos los niños están aquí afuera. Podemos hacerles unos pastelillos. Deja que Jennet haga lo que deba. Sé que confías en ella.

Cuando se fueron, Jennet acercó una silla al sitio donde la necesitaba y echó la colcha hacia atrás. Luego levantó la tela escocesa de su padre para poder ver la herida de su pierna.

—Papá, perdóname, pero debo hacer esto. Creo que funcionará. Toléralo unos minutos y creo que habremos terminado.

—Adelante, Jennet. Deprisa. —Se recostó en la cama, miró con odio a su hermano y se preparó para permitir que ella comenzara su trabajo. Al menos por ahora.

El tío Logan asintió a los otros hombres justo cuando Sorcha volvió a entrar.

—Te ayudaré, Jennet, si necesitas algo.

—Perdóname, papá. —Jennet perforó la herida, drenando el fluido purulento de la herida, colores rojo, blanco, amarillo, verde, todos mezclándose mientras caía sobre cuadrados de lino y en la palangana. Una vez que terminó de drenar, lo secó con golpecitos y luego cogió su pañuelo de lino y otra herramienta para ayudarla a hurgar en la herida. Realizó su primer fregado en el punto más doloroso y su padre bramó, pero esta vez a su hermano.

—¡Logan, déjame en paz! Déjame en paz. Todos fuera. ¿Dónde está Brenna? Quiero a mi mujer. ¡Suficiente, Jennet! El dolor es demasiado. ¡Brenna!

La diatriba continuó, pero Jennet lo ignoró. Por el rabillo del ojo, pudo ver cómo los cuatro hombres luchaban por sujetarlo, aunque el líquido había empezado a hacer efecto porque sus movimientos se ralentizaban. Los bramidos de su padre continuaron, pero su tío dijo:

—Ignóralo y haz lo que debas, Jennet. No te detengas por nada.

Ella limpió hasta el fondo de la herida, sin ver nada que pudiera estar causándole dolor, así que restregó una vez más y esta vez el lino se enganchó en algo. Metió la mano y sintió el pinchazo de algo. Cogiendo su herramienta, se calmó tras una oleada de emoción por haber encontrado la causa. Palpó la herida en la zona donde había sentido el pinchazo y finalmente encontró algo duro. Sujetándolo con la herramienta, tiró, haciendo que más sangre inundara la zona. Los gritos de su padre eran más fuertes que nunca, pero ella volvió a

intentarlo.

—Sorcha, otro lino para absorber esta sangre. Ayudaría que pudieras seguir empapándolo.

Sorcha obedeció y las dos continuaron, ignorando los sollozos que podía oír de su madre en el gran salón.

—Creo que lo tengo. —Sorcha empapó cerca de su herramienta y Jennet pellizcó y tiró. Se movió despacio, sabiendo que, si había algo dentro, tenía que coger la pieza entera y no romperla. Por fin, tiró con cuidado y liberó el objeto—. Listo. Ya está. Sorcha, absorbe la sangre hasta que se detenga, luego ve a buscar a mi madre.

Levantó el objeto para que lo vieran el tío Logan y su padre.

—Podéis soltarle ahora. No lo lastimaré de nuevo. Papá, lo he encontrado. Es lo que ha causado todo tu dolor. —Examinó al vil culpable más de cerca y su sonrisa se ensanchó de alivio.

Torrian preguntó:

—¿Qué demonios es, Jennet?

—Una astilla de madera. Algo que le atravesó la piel, como la punta de una espada. Está muy afilada, papá, así que supongo que cada vez que te movías, se clavaba más profundamente.

Su padre miró el objeto, frotándose las muñecas por donde lo habían sujetado.

—Jennet, el dolor ya casi ha desaparecido. Todavía hay un poco, pero el dolor agudo se ha ido.

—¿En serio, papá? —preguntó Gregor—. Jennet, acabas de hacer un milagro.

La puerta se abrió de golpe y su madre apareció, sollozando, con la cara empapada en lágrimas.

—¡Mamá, mira, lo he encontrado! —Jennet levantó la astilla, larga como el dedo gordo del pie, para que su madre la viera. Su madre se acercó a ella, la estudió y la abrazó.

—Gracias a Dios que has vuelto.

—Mamá, ¿quieres terminar? ¿Le pones la cataplasma y la vendas? Tengo que salir un momento.

—Por supuesto. Ve a hacer lo que tengas que hacer.

La puerta se abrió y sus hermanas y primos entraron a empujones, todos ansiosos por ver qué ocurría. Jennet se dirigió a la puerta, pero lo último que oyó fue al tío Logan gritando:

—¡No vuelvas a dejar la tierra Ramsay!

Ella sonrió y le gritó:

—¡Esta vez no, tío!

Jennet atravesó el salón, ignorando todas las preguntas, la gente seguía entrando para ver qué pasaba con su viejo líder. Las noticias siempre corrían rápido en la tierra Ramsay.

—¿Cómo está, Jennet?

—¿Lo has curado?

—Debes curarlo. No podemos perder a nuestro jefe todavía.

Ignoró a todos sus compañeros de clan y primos porque esto era algo que necesitaba hacer por sí misma, así que siguió su camino y se dirigió al exterior, hacia el hermoso jardín de su madre. En cuanto se sentó, sus lágrimas brotaron y sus hombros cayeron de alivio por haber encontrado exactamente lo que necesitaba. Rezó por haber sacado toda la pieza y que no hubiera más dentro.

Bethia se acercó y se sentó a su lado, cogiéndole la mano.

—Bien hecho, hermana. Ahora serás la heroína de papá. ¿Crees que esa era la causa? ¿Cómo lo has descubierto?

—Ethan. Cuando volvíamos, recibió una flecha en el hombro y la sacó de un tirón. Nunca se dio cuenta de que había dejado un trozo de la flecha dentro. Le dio fiebre, luego un dolor terrible, y decidí buscar la punta de la flecha. Cuando la encontré, su dolor desapareció rápidamente. Y le dolía más en el lugar exacto donde encontré la punta de la flecha. Pensé que podía pasar lo mismo con papá, aunque como el objeto llevaba más tiempo ahí, la situación era mucho peor. Más fiebre, más dolor, más drenaje.

—Una brillante idea. —Bethia le dio un abrazo rápido, y luego dijo las palabras que Jennet estaba temiendo—. Ahora háblame de Ethan.

No iba a esconderse de la verdad.

—No hay nada que contar. Se va a casar con otra.

Bethia dijo:

—¡Oh, Jennet! Lo siento mucho. Estoy segura de que estás dolida por eso.

No podía expresar con palabras lo dolida que estaba.

—Lo estoy, pero todo dentro de mí se está agitando. Luego te lo contaré todo, pero también he sido acusada de ser una bruja. —Le contó a su hermana los detalles más breves del viaje de regreso a Black Isle, incluidos los bandidos, la brujería y el hecho de que la arrojaran al estuario.

Bethia, con una expresión de asombro en el rostro, dijo:

—No sé si reír o llorar. La amenaza que hiciste a los bandidos fue brillante, hermana querida. Pero que luego te convirtiera en objetivo es horrible. Debes estar llena de emociones en este momento. Necesitas un poco de calma y paz. Me alegro de que estés en casa, y creo que has curado a papá. ¿Te gustaría venir y quedarte conmigo unos días?

—Eso me encantaría.

—Haré que te olvides de Ethan. Deberías ver la nueva camada de cachorros que tenemos.

—No puedo esperar. —Iría con su hermana porque sabía que sería bueno para ella.

Pero no había ninguna posibilidad de que pudiera olvidar a Ethan.



24

Tres días después, Jennet entró en el gran salón y se dirigió a la habitación de su padre. Era hora de revisar su herida y ver si el hallazgo de ese afilado trozo de madera enterrado profundamente en su carne había sido la causa de todos sus problemas. Dejó su manto en la puerta, esperando que su madre también estuviera aquí.

Al volver al salón, se detuvo en seco. Allí, junto a la chimenea, estaba su padre jugando con Lise, Liliana y Kyler. Lily y Kyle estaban rompiendo el ayuno en una mesa cercana.

Se detuvo solo para mirar, y tuvo que contener las lágrimas porque el sonido de la risa de su padre le produjo más placer que cualquier otra cosa. Bueno, casi.

—¡Jennet! —Su padre se puso de pie con el bastón y, aunque estaba un poco delgado, seguía siendo alto y muy apuesto.

—Papá. ¡Te has levantado! —Corrió hacia él y le dio un ligero abrazo.

Él la sostuvo a un brazo de distancia para hablar.

—Te debo mucho, Jennet. Gracias por curarme y disculpas por mi horrendo comportamiento. Aún no puedo creer que hiciera lo que hice. Espero que puedas perdonarme.

Su madre salió de la cocina con una bandeja de tartas de fruta recién salidas del horno. El aroma era celestial, pero Jennet vio algo mejor que no había visto en mucho tiempo.

Su madre tenía una amplia sonrisa en la cara.

—Mirad, mis pequeñas dulzuras. Tengo más tartas de fruta para vosotras.

Lise y Liliana corrieron hacia la mesa donde estaban sentados sus padres. Kyle dijo:

—Brenna, las gemelas no necesitan otra tarta de frutas. Ya han tenido bastante. —Lise se sentó a un lado de Kyle y Liliana al otro.

Liliana empezó:

—Pero papá…

—Solo tuvimos… —añadió Lise.

—Una cada una. Y es un…

—Un día especial porque…

—El abuelo está aquí…

—Con nosotros.

Kyle se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—Sabéis que no me gusta que hagáis esto conmigo. Una a cada lado para que tenga que girar la cabeza. Lily, ¿por qué no las paras cuando hacen esto? Y ya han comido suficientes dulces, las dos.

Lily se rio, y las gemelas continuaron su asalto.

—La abuela ha dicho que esto…

—Es un momento raro…

—Porque las bayas son…

—Muy abundantes y…

Él volvió a levantar los brazos y dijo:

—Bien. Comed todo lo que queráis.

Las gemelas besaron una mejilla cada una y dijeron:

—Te amamos…

—Papá —y se fueron tras su tarta de frutas.

—Lily…

Su madre dijo:

—Jennet, estoy muy contenta de que estés aquí. Mira la mejoría de tu padre, gracias a ti. Ven a comer gachas y una tarta de frutas.

—Si las gemelas te dejan algo, Jennet. —Kyle se levantó de la mesa y le hizo un gesto a Kyler para que lo siguiera.

Jennet cogió una tarta y le dio dos mordiscos a la dulce tarta. Estaba dando otro bocado dulce cuando la puerta se abrió. Gavin estaba allí con una amplia sonrisa en la cara.

—Alguien quiere verte, Jennet.

Se apartó de la puerta y Ethan entró. Iba vestido con una túnica oscura y pantalones, su tela escocesa Matheson por encima, y llevaba un gran ramo de flores.

Él miró a Gavin, quien señaló hacia la sala de estar.

—El hombre alto que está cerca de la chimenea.

Ethan asintió primero a Jennet y dijo:

—Encantado de verte, Jennet. He traído esto para ti. —Le tendió las flores.

Con una tarta de frutas en una mano, ella aceptó las flores, pero no pudo hablar porque seguía aturdida.

—Pero he venido a hablar con tu padre. —Se acercó para colocarse delante de su padre.

Lily se acercó y susurró al oído de Jennet.

—Cierra la boca. Sigue abierta y no se mueve. Yo me ocuparé de las flores por ti.

Todos se habían callado al instante, incluso las gemelas, mientras Ethan se preparaba para hacer sus anuncios. Todos los ojos estaban puestos en él, curiosos por oír lo que tenía que decir. La puerta se abrió y Marcas entró con Brigid, Shaw y Tara detrás de ellos, seguidos por Gisela con Padraig.

Nadie dijo una palabra.

—Milord —dijo a su padre—. Me llamo Ethan Matheson. He pasado mucho tiempo con su hija y me he enamorado de ella por muchas razones. Tiene una sabiduría superior a la de su edad, una mente ágil, un corazón cálido, y me gustaría tener su permiso para cortejarla, si me lo permite. Juro protegerla siempre y actuar con honor en todo momento.

Su padre la miró con una amplia sonrisa, luego volvió su atención a Ethan y dijo:

—Puesto que, según mi hermano, eres el hombre que la salvó de un juicio de brujería y de una pila de ladrillos que llevarían a una muerte segura, te daré el permiso que solicitas y os deseo a ambos mucha felicidad. Por favor, únete a nosotros para una breve pausa.

El salón estalló en vítores cuando Ethan se acercó a Jennet, la rodeó con los brazos y la besó rápidamente en los labios.

Jennet estaba sin palabras.

EPÍLOGO

Jennet rodó sobre su espalda, mirando fijamente el techo de paja sobre su cabeza. Saciada y feliz, nunca había estado en un estado tan relajado en su vida.

—¿No tuviste muchos problemas con Cori y su familia? Estaba empeñada en casarse contigo, y su hermano también.

—No, Marcas y Shaw dejaron claro que eso no iba a suceder. Yo mismo hablé con Cori y le expliqué que sentía algo por ti. Ella no discutió.

Todo había estado a punto de salir perfecto. Su madre le diría que deberían haberse casado primero, pero la ceremonia de unión de manos servía a muchos en su clan.

—¿No te arrepientes de nada? —preguntó Ethan, trazando la fina línea que recorría el centro de su vientre.

—No, de nada. —Soltó una risita cuando su suave toque le hizo cosquillas.

Ethan frunció el ceño y preguntó:

—¿De no convertirte en mi esposa primero o de otra cosa?

Ella sonrió y dijo:

—No me arrepiento de nada. —Mirándolo, le pasó la mano por la mandíbula porque le encantaba tocarlo.

—¿No te arrepientes de haber perdido tu doncellez antes de casarte conmigo? —Ethan le besó las puntas de los dedos.

—No, hemos hecho la ceremonia de unión de manos, como tantos otros en mi familia. La tía Jennie, Lily, la lista es interminable. Mi padre no te reprochará nada. Y sé que cuando esté lista, cuando estemos listos, nos casaremos.

—¿No te arrepientes de haber vuelto a Black Isle conmigo?

Estuvo a punto de resoplar, pero se contuvo.

—No. No me atrevería a estar tumbada aquí contigo si mi tío Logan estuviera en la misma tierra. Es más fácil para mí si no tengo que mirar a mi madre a los ojos en cuanto salgamos. Para cuando la vuelva a ver, estaremos casados o preparándonos para casarnos. —Suspiró complacida—. No, éste es el lugar perfecto, una casa de campo lo bastante alejada del castillo Matheson como para que nadie sepa que estamos aquí, o no les importe.

Levantó la mirada hacia su ceño fruncido, preguntándose repentinamente lo mismo sobre él.

—¿Te arrepientes, Ethan?

—No, nunca.

—¿Te sientes lo bastante cómodo con mi contacto como para que pueda tocarte en cualquier lugar y en cualquier momento? —Levantó la cabeza, pensativo, y ella aprovechó el momento para saborear lo liberador que era para los dos estar tumbados juntos sin ropa, experimentando, tocándose, simplemente disfrutando el uno del otro.

—Sí, te permitiré que me toques cuando quieras. —Él se inclinó para besarle un pezón y luego levantó la cabeza con una sonrisa—. Nuestro tiempo juntos me complace mucho.

—Pero no podemos hablar de ello. Ya lo sabes. Debemos guardar nuestro secreto o mis primas nos casarán en un día.

—Puedo guardar un secreto a menos que me lo pregunten directamente. No puedo mentir a mis hermanos.

—Me parece justo. Deberíamos vestirnos.

—No, por favor, quédate un poco más.

—¿Por qué?

—Porque me gusta verte feliz.

Jennet era feliz, más feliz de lo que jamás había creído posible. Echó un vistazo a la cabaña y observó todos los objetos que la hacían especial. Las flores secas que colgaban del techo, las velas cuidadosamente dispuestas sobre la chimenea, la cesta llena de pieles calientes junto al fuego, un cuenco de piñas aromáticas sobre la mesa cercana. Todo ello se combinaba para darles un consuelo que hacía tiempo que no tenían. Habían sido empujados a un mundo de villanos y crueldad, de amenazas y peligros que ocupaban gran parte de su tiempo, pero habían sobrevivido.

Juntos.

—Te amo, Ethan. No hace falta que lo digas también. Estoy dispuesta a esperar.

—No hay razón para esperar. Ya sé que te amo.

—¿Cómo?

—Porque solo podría hacer esto con una mujer en la que confío. Con la confianza viene el amor. Deseo tenerte siempre a mi lado. Es amor, ¿no?

—Sí, creo que tienes razón. —Jennet volvió a sonreír, esa sonrisa incesante que no la abandonaba. Le empezaban a doler las mejillas—. Tengo que decir que mi queridísima prima Brigid tenía razón en algo.

—¿En qué?

—Yo no sonreía lo suficiente. Dijo que quería volver a verme feliz.

—Ahora sonríes con frecuencia.

—Solo gracias a ti, Ethan. Mi prima ha conseguido su deseo. Y yo también.

En el exterior, dos personas se dirigían con cuidado hacia la puerta. En el último momento, Padraig extendió la mano para detener a Gisela.

—Hay alguien en nuestra cabaña.

Los ojos de Gisela se abrieron de par en par y tiró frenéticamente de él hacia atrás. La siguió, preguntándose qué la había alterado tanto.

Habían recorrido bastante distancia antes de que él tirara de ella para detener su avance.

—Gisela, ¿qué te pasa? Probablemente se trate de otra pareja de jóvenes amantes. Podemos volver.

Gisela rompió a llorar.

—No lo comprendes. No pueden atraparme aquí. Tenemos que separarnos antes de que alguien nos vea. ¿Y si están a punto de salir?

—¿Por qué estás tan frenética? Nunca te he visto así. Si alguien nos encuentra y nos obligan a casarnos, lo haremos. Fin del problema. —Su mirada buscó en el rostro de ella alguna pista de por qué tenía tanto pánico.

—Porque, Padraig, estoy prometida. —Ella le cogió la mano con fuerza como si temiera que saliera corriendo.

—¿Qué? Nunca me lo habías dicho. ¿Por qué me lo has ocultado? Tienes que ponerle fin. Te casarás conmigo y con nadie más.

Las lágrimas brotaron, empapando su rostro.

—Porque mi prometido es un bastardo horrible. Lo odio y, lo que es peor, temo que te mate.

Padraig puso los ojos en blanco.

—No me matará. Puedo vencerlo, de una forma u otra. Sécate las lágrimas. ¿Quién es? Lo buscaré.

—No, no puedes. No te diré su nombre. Sería demasiado peligroso.

Padraig se detuvo y cogió sus mejillas, besando sus lágrimas.

—Su nombre, solo dime su nombre y no haré otra pregunta.

Ella sollozó, lo miró fijamente y susurró.

—Lo llaman el azote de Black Isle.

FIN

www.keiramontclair.com

POSTFACIO

Querido lector,

Gracias por leer la historia de Jennet y Ethan. Naturalmente eran una pareja diferente, y tengo que admitir que, para mí, fue uno los libros más difíciles de escribir. Probablemente te preguntarás por qué no hay escenas de sexo. No me pareció bien entrometerme en su intimidad.

No puedo explicarlo, pero eso es lo que dijo mi musa.

Ese NO será el caso de Padraig y Gisela, mi próxima historia de la serie.

¡Feliz lectura!

Keira Montclair

www.keiramontclair.com

ACERCA DEL AUTOR

Keira Montclair es el seudónimo de una autora que reside en Carolina del Sur con su marido. Escribe vertiginosos romances históricos, a menudo con niños como personajes secundarios.

Cuando no está escribiendo, prefiere pasar tiempo con sus nietos. Ha trabajado como profesora de matemáticas en un instituto, como enfermera titulada y como gerente de oficina. Le encanta el ballet, las matemáticas, los rompecabezas, aprender cualquier cosa nueva y crear nuevos personajes para que sus lectores se enamoren de ellos.

Considera que su trabajo está bien hecho desde el momento en que sus lectores derraman lágrimas con sus historias, ¡pero siempre hay un final feliz!

 

OTRAS OBRAS DE KEIRA MONTCLAIR

Clan Grant

#1- RESCATADA POR UN HIGHLANDER - Alex y Maddie
#2 - CURANDO EL CORAZÓN DE UN HIGHLANDER - Brenna y Quade
#3 - CARTAS DE AMOR DESDE LARGS - Brodie y Celestina
#4 - VIAJE A LAS HIGHLANDS - Robbie y Caralyn
#5 - CHISPAS EN LAS HIGHLANDS - Logan y Gwyneth
#6 - MI HIGHLANDER DESESPERADO- Micheil y Diana
#7 - LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE DE LAS HIGHLANDS -Jennie y Aedan
#8 – ARMONÍA EN LAS HIGHLANDS - Avelina y Drew

El Clan de las Highlands

Loki
Torrian
Lily
Jake
Ashlyn
Molly
Jamie & Gracie
Sorcha
Kyla
Bethia
Historia de Navidad de Loki

LA BANDA DE PRIMOS

Venganza en las Highlands
Secuestro en las Highlands
Castigo en las Highlands
Mentiras en las Highlands
Fortaleza en las Highlands
Resiliencia en las Highlands
Devoción en las Highlands
Fuerza en las Highlands

Magia Navideña en las Highlands

ESPADAS DE LAS HIGHLANDS

La Traición del Escocés

La Espía del Escocés

La Persecución del Escocés

La Búsqueda del Escocés

La Decepción del Escocés

El ángel del Escoces

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

La Maldición de Black Isle

La Bruja de Black Isle

El Azote de Black Isle

El Fantasma de Black Isle

El Regalo de Black Isle

Huida de las Highlands

El Highlander Desesterrato